



# **SOMBRAS PERDIDAS**

**MARGARITA SOTO SOTO**

**sOMBRAS**  
**PERDIDAS**

**MARGARITA SOTO SOTO**

Copyright © 2019 Margarita Soto Soto.  
**Todos los derechos reservados.**

Este libro está dedicado a todas aquellas buenas personas que están a mi lado, especialmente a mi padre que sigue acompañándome; a mi madre que se merece lo mejor y es la mejor; a mi hija Ariadna, gracias por el aire fresco que me das cada día y por la maravillosa revolución que trajiste a mi vida cuando naciste; y a Josep María, como dice la canción, “my love, my life”, gracias por soportarme cuando soy insoportable, por reír y llorar conmigo y sobretodo por acompañarme en esta gran aventura que es la vida.

gRacias a josep MARÍA Y a ARIADNA POR sus fotografías y sobretodo por su apoyo.

©JOSEP MARÍA BONET SIMÓ

©ARIADNA BONET SOTO



# **PRIMERA PARTE**

# PRÓLOGO

Soñé con sus ojos y pude ver en ellos como el mundo se paraba y un silencio mortal nos envolvía. Todo se había vuelto gris, los días no tenían sol y la luna no acompañaba a las noches, el cielo estaba cubierto por una capa de ceniza que nos oprimía y que cada vez estaba más cerca de nosotros. Sin tener noción del tiempo que transcurría porque carecíamos de ninguna referencia, caminábamos sin rumbo fijo y no nos conocíamos entre nosotros. Cada hombre, mujer, niño, niña deambulaban solos sin destino alguno. Los padres y madres iban al lado de sus hijos sin reconocerlos y los que ni tan sólo tenían edad para caminar permanecían sentados o estirados allí donde los habían dejado. Todos nosotros habíamos sucumbido y ya no podíamos considerarnos personas, no éramos más que seres de carne y hueso que habíamos perdido la conciencia y los sentimientos que hasta entonces formaban nuestra esencia. No teníamos ningún lugar a donde ir ni al que regresar. Nos habíamos convertido en despojos, en sombras de las personas que habíamos sido.

El color había desaparecido incluso de nuestros rostros que ahora también eran grises y el peso de nuestras espaldas hacía que camináramos curvados. Llevábamos una carga desconocida y con ella íbamos a ningún lugar y no había nadie que nos esperara. Ése será nuestro final, el final de todos nosotros será convertirnos en sombras. Existiremos, pero no viviremos, tampoco estaremos muertos, caminaremos sin fin hacia la nada donde el vacío de la eternidad nos espera.

*El teléfono no para de sonar y Alejandra se niega a contestar; no quiere saber nada de los periodistas, la única persona con la que ha hablado en los últimos días ha sido con el editor de su hijo para recriminarle que filtrara la noticia. Le había dejado bien claro que no era la persona indicada para comunicar que estaba ingresado y que el asunto no iba a quedar así, se encargaría de hablar lo antes posible con un abogado para que tomara las medidas oportunas.*

*En las redes sociales no se habla de otra cosa y a ella le subleva, sobre todo cuando piensa en lo discreto que ha sido Eduardo desde la publicación de su primer libro. Siempre ha intentado mantener su vida privada al margen de todo y ahora nadie lo respeta, todo son especulaciones y se ha convertido en carnaza fresca para tiburones. ¿Dónde está el respeto a su privacidad?, piensa. ¿Qué diferencia hay entre hacer bien tu trabajo y vivir de él a los personajillos que venden sus miserias por cinco minutos de gloria?*

*No recuerda la última vez que había estado tan indignada, y lo que es peor, la sensación de indefensión, de no poder hacer nada para detener los comentarios.*

*Sin darse cuenta está delante de la casa, debe concentrarse, con el coche va para aquí y para allá y al final tendrá un accidente. Decide dejarlo aparcado fuera, prefiere no maniobrar para entrarlo en el garaje.*

*Introduce la llave en la cerradura mientras mentalmente repasa el código de la alarma y una vez más la tristeza y la angustia la invaden. Abre la puerta y entra, sus pasos resuenan en el silencio que habita la casa, la luz se filtra por los grandes ventanales de las paredes y el techo. Nunca le ha gustado el diseño del interior, demasiado moderno para su gusto, pero siempre se ha guardado su opinión. Mira las escaleras que dan al piso de arriba, el dormitorio está allí, pero ahora no le interesa, la ropa puede esperar. Su idea es encontrar algo en el despacho, algún escrito. Abre la puerta y el reflejo del sol cae sobre la mesa de trabajo perfectamente ordenada, da un vistazo general a toda la estancia y confirma que a simple vista está bien. Los libros colocados según un orden que solo él entiende, sobre la mesa auxiliar reposan las revistas de viajes y de cine y en la silla de mimbre hay colgada una chaqueta, se acerca y la coge. Se abraza a ella y rompe a llorar al sentir el olor que todavía conserva. Sin soltarla se dirige al escritorio, todo está colocado milimétricamente. Abre uno de los cajones y ve el cuaderno negro en el que escribía las ideas que luego plasmaba en el ordenador; lo abre.*

*En las primeras páginas no encuentra nada nuevo, las pasa rápido, en las últimas hay anotaciones de ideas, pero nada que parezca relevante. Sigue buscando y bajo un montón de folios en blanco encuentra una fina libreta de color rojo llena de dibujos. En la primera página ve el rostro de una mujer, está hecho a lápiz, con sombras. Le sorprende que su hijo haya sido capaz de hacer algo así y sin dudarlo un momento pasa a la siguiente hoja. Le cuesta descifrar lo que pone, su letra ha ido empeorando con el tiempo, la perfecta caligrafía de aquel niño pequeño que escribía cuentos fantásticos se ha transformado en garabatos indescifrables.*

*Decide encender el ordenador; nunca se habría atrevido a adentrarse en la intimidad de su hijo, pero ahora tiene que hacerlo. No tiene problema con la contraseña, la sabe de siempre porque entre ellos no hay secretos. En el escritorio hay una carpeta justo en el centro que pone KAVLA, clica sobre el archivo.*

## PRIMER ENCUENTRO

Cuando Daniel vio a Eduardo entrar en el bar tenía un aspecto deplorable, nada que ver con aquel hombre elegante y de modales impecables que últimamente se dejaba ver más que los meses anteriores. Entró cabizbajo, con aspecto triste, y tras sentarse permaneció un rato apoyado en la barra dejando pasar unos minutos hasta pedir su consumición. La luz del techo hacía que su cara pareciera aún más blanca de lo que era y el pelo despeinado le daba un aire fantasmagórico, el traje arrugado sugería que algo extraño le había ocurrido, pero no preguntó nada, había aprendido a ser discreto detrás de la barra. Estaba acostumbrado a verlo todas las noches con aquellos trajes caros y elegantes que tanta envidia le daban, pero desde hacía un par de semanas la elegancia y el porte natural que tenía se había ido perdiendo hasta llegar al estado de dejadez en el que se encontraba hoy.

Cogió de lo alto de una estantería la botella de whisky que siempre le pedía, la abrió lentamente mientras lo seguía observando y dejó caer la cara bebida en un vaso con hielo. Al servirle, Eduardo lo agarró fuertemente de la muñeca.

— ¿Crees en las brujas? — preguntó.

— No.

— Ingenuo.

— Debo volver al trabajo— le dijo separándose.

Pensó que estaba borracho, alguna cosa en sus ojos le produjo una gran desazón, intentó evitar la conversación, pero él insistió. Al apartarle la mano se fijó en el puño de la camisa, el blanco se había vuelto grisáceo y el borde estaba desgastado.

— Huye de ellas, aún estás a tiempo.

— Será mejor que vuelva a casa y descanse.

Apoyó la cara en la barra y puso las manos sobre la cabeza, se le notaba angustiado y nervioso. Empezó a tocarse el pelo, despeinándose aún más y haciendo que no quedara rastro del fijador que normalmente llevaba.

— No estoy borracho ¿sabes? Estoy enfermo.

— Vaya, lo siento— dijo con un tono al que Eduardo reaccionó de mala manera.

— ¡No lo sientas! — gritó. ¿Me tomas a cachondeo? ¿Crees que estoy loco? ¡Pues sí estoy loco, me ha vuelto loco, esa hija de puta me ha matado!

Rompió a llorar y Daniel salió de la barra, se acercó para consolarlo, pero lo apartó bruscamente haciendo que se tambaleara y que casi cayera al suelo.

— Esa hija de puta me ha matado. Estoy muerto— sollozó.

— Mire yo no sé qué hacer ni qué decirle. No tiene familia o a algún amigo a quien llamar. Venga, por favor deje de beber y dígame a quien puedo avisar para que venga a buscarlo.

— A nadie, ¿conoces a alguien que quiera venir a buscar a un muerto?

— ¡Deje de decir tonterías! Usted está vivo, ahora mismo está hablando conmigo. Si estuviera muerto no lo haría, los muertos no hablan.

Rompió a reír y lo que salió de su boca no fue el sonido de una risa normal, era un ruido que helaba la sangre. Daniel se apartó, no quería recibir otro empujón, el estado de ánimo de aquel hombre no era bueno y su fuerza exagerada, parecía que de un momento a otro pudiera perder el control.

— Algún día vendrá a por ti y entonces te acordarás de esta conversación. ¿Recuerdas una mujer con la que alguna vez había venido? Pelo rubio, ondulado, muy guapa.

— Sí, pensaba que era su mujer.

— Mi mujer... Ella estaba en casa esperándome, engañada como una boba.

Volvió a llorar desconsoladamente mientras le explicaba lo feliz que había sido con ella. Se levantó del taburete y cogió a Daniel del hombro llevándolo hacia una de las mesas para sentarse allí. Él sin ningunas ganas y con una sensación desagradable que no podía quitarse de encima esperó a que llegara la hora de cerrar mientras escuchaba su historia.

— Es la mejor persona que he conocido nunca, mi compañera, mi vida, todo. Y la he perdido. Siempre habíamos estado juntos, desde que nos conocimos de pequeños, apoyándonos en los malos momentos y disfrutando de los buenos.

Eduardo siguió con su historia, una historia larga que iba desde su infancia hasta la actualidad, con lo que él denominaba un final trágico digno de una novela de terror.

— Tranquilícese, ahora lo ve todo negro, pero las cosas por la mañana se ven mejor.

— Tengo dos hijas preciosas, las adoro y ahora no puedo acercarme a ellas, no sé si pueden verme, todo se está alterando, igual que el sabor de este whisky que apenas puedo notar.

— Escúcheme por fav...

— ¿Cómo te llamas? — le interrumpió una vez más.

— Daniel.

— ¿Y cuántos años tienes, Daniel?

— Veintitrés

— ¿Veintitrés ?

— Sí, veintitrés— repitió.

— ¿Sabes lo que daría por volver a tener tu edad? No, no lo sabes. Con veinte años no te lo planteas, pero cuando llegas a los cuarenta las cosas cambian.

— Es hora de cerrar, ¿seguro que no hay nadie que pueda venir a recogerlo? — lo interrumpió. Estaba cansado, tenía ganas de regresar a casa y no sabía cómo cortar aquella conversación que ya se alargaba demasiado. Por un lado sentía lástima y pensaba que toda aquella historia era una invención producida por el abuso del alcohol y otras sustancias, pero su aspecto y su desesperación le hacían sentir un poco de miedo.

— No, no hay nadie.

— Puedo pedirle un taxi.

— ¿Y para qué quiero un taxi? le preguntó extrañado.

— Para ir a su casa— contestó nervioso al ver de nuevo esa cosa extraña en sus ojos.

— No has entendido nada ¿verdad? Estoy muerto chaval y los muertos no tienen casa ni necesitan taxi.

Daniel saltó de la silla como si lo hubieran pinchado con algo, no soportaba más aquella conversación y además tenía la sensación de que el aspecto de Eduardo iba variando por segundos, el color de su piel, su extraña mirada, el pelo de sus manos parecía rígido.

— ¡Mire, ya está bien! ¡No me gustan los cuentos ni de brujas ni de muertos! Lo he escuchado, pero más no puedo hacer, yo sí tengo una casa y una vida. Haga lo que quiera, ya se apañará con el encargado. Con la mierda que me pagan no voy a seguir aguantándolo— gritó. Daniel estaba nervioso y cansado, tenía ganas de llegar a casa y nunca le habían gustado las historias para no dormir.

— ¿Te pagan una mierda? Dentro de poco no te hará falta el dinero— murmuró riéndose.

— Mire usted, se llame como se llame...

— Eduardo, me llamo o me llamaba Eduardo— esa fue la primera vez que oyó su nombre.

— Pues bien, Eduardo, yo me voy.

Daniel se dirigió a los vestuarios donde se encontró con el encargado que estaba cambiándose el esmoquin por ropa más cómoda para recoger antes de cerrar.

—¿Qué le pasa a ese hombre?

— Está loco o borracho perdido, dice que lo han matado.

— ¡Pues no tiene mal aspecto para estar muerto! Lo que hay que ver en este trabajo.

—Me voy, no queda mucho por limpiar. Encárgate de él, a mí me ha puesto muy nervioso, lo siento tengo que salir de aquí.

—Ve tranquilo, yo me encargo del regalito que me dejas fuera— le dijo sonriendo.

El encargado se dirigió a la barra donde se quedó observando a Eduardo que seguía sentado en una de las mesas, lo miraba detenidamente mientras él escondía la cara entre sus manos. Estuvo en silencio unos segundos hasta que se levantó.

—Tú sabes de que hablo, ¿verdad? — preguntó.

— Yo no sé nada— contestó a la vez que limpiaba el ya reluciente mostrador.

— Sí, sí lo sabes, lo veo en tus ojos. Ya conocías a esa mujer ¿no es cierto?

— Hágase un favor a usted y a nosotros y váyase a dormir la mona. Mañana será otro día.

— Sabes que no puedo dormir, que ya nunca más voy a hacerlo. Dime ¿dónde la habías visto antes?

— No sé de qué mujer me habl...

— La que me ha estado acompañando las últimas noches. Puedo recordar cómo te miraba, como si te conociera.

— Ya le he dicho que no se de quien me habla. ¡Váyase!

— Me voy, pero tened claro que volverá a por vosotros.

—¡Que se vaya, le he dicho!

Salió del bar sin decir nada más, caminando encogido como si fuera a fundirse con el suelo de un momento a otro.

Mientras Daniel se cambiaba recordaba lo sucedido y pasó de sentir pena a una sensación de miedo a algo desconocido que lo irritaba porque le parecía absurdo e infantil. Cuando salió ya no estaba y se alegró. Volvió a despedirse del encargado.

— Venga chico, no hagas caso. Ya sabes que hay que aguantar mucho detrás de una barra. ¡Hasta mañana!

— ¡Hasta mañana!

Juan, el encargado del bar desde hacía más de diez años, se encontró a sí mismo limpiando una y otra vez el mostrador. Se había quedado ensimismado, intentando recordar si conocía a aquella mujer y así pasó más de una hora cuando pensaba que sólo habían pasado unos minutos. Tenía la cabeza a punto de estallar como si una fuerza extraña se la presionara cada vez más, así que se sentó en una de las mesas y se quedó dormido sobre ella sin poder evitarlo.

Daniel regresó caminando a casa, tenía un buen trozo, pero así hacía algo de ejercicio. Toda la mañana en clase sentado y luego en el trabajo de pie estaban convirtiéndolo en un sedentario por obligación. Se empezaba a notar la llegada del otoño, el verano con sus largas y calurosas noches quedaba atrás y parecía que el pequeño mundo de su ciudad recobraba la normalidad.

Durante el trayecto intentó no pensar en aquel hombre y su extraño comportamiento, pero era difícil no hacerlo. Recordaba verlo por el bar desde que trabajaba allí y de eso hacía más de dos años, pero apenas unas semanas desde que apareció acompañado de aquella bella mujer. Se fijó en ella porque era realmente guapa y su manera de vestir y de moverse le recordaba a las actrices de las viejas películas en blanco y negro y Daniel, que era un devorador de ese tipo de cine, pensó que aquella mujer parecía sacada de una de ellas.

Cuando la puerta del bar se abría y entraba era como si él se convirtiera en un figurante de la película en la que la gran actriz protagonista ocupa toda la pantalla y todos los ojos la observan. Rio para sí mismo porque eso era lo que también pensaba de la chica con la que cada día coincidía en el mismo tren. Siempre se proponía decirle alguna cosa, pero era tan tímido que cada mañana se quedaba callado mirándola en la distancia hasta que el agotamiento se apoderaba de él y caía dormido dando por finalizado el momento cinematográfico.

Cuando faltaban pocos metros para llegar a casa le sorprendió ver a Eduardo en el portal, “¡joder!” pensó, “¿cómo diablos saben dónde vivo?” Mantuvo la distancia porque desconfiaba y le preguntó porque le había seguido.

— Yo no te he seguido, no sé cómo hemos llegado al mismo sitio.

— ¡Váyase a la mierda! No me siga o llamaré a la policía— le contestó nervioso mientras sacaba las llaves de la mochila que se le cayó varias veces al suelo.

— La policía no va a ayudarte. Te he avisado antes y lo vuelvo a hacer ahora. Sé que vas a ser su próxima víctima. No te fíes de ella.

— ¡Está loco! — le gritó mientras entraba deprisa en el edificio.

— ¡No lo estoy! ¡Vendrá a por ti y a por todos! ¡Da igual que te escondas, no hay lugar seguro!  
— gritó mientras Daniel entraba en el portal.

Los cuatro pisos de escaleras se le hicieron eternos, la segunda planta era como la primera, la tercera como la segunda. Se apoyó en su puerta, le costaba respirar y el techo blanco lo amenazaba desde la altura al acercarse cada vez más. Las paredes que en cada planta tenían diferentes detalles que las diferenciaban, como plantas o pequeños cuadros, habían desaparecido. Sacó de la mochila unas pastillas y se tomó una, antes de entrar en casa permaneció sentado en el suelo con los ojos cerrados intentando calmarse.

A la mañana siguiente se levantó agotado e inquieto, los acontecimientos de la noche anterior lo habían alterado tanto que no tuvo ánimos de ir a la universidad. Se quedó un rato en la cama después de haberse tomado más tranquilizantes y prefirió adelantar el proyecto en el que estaba trabajando a perder el tiempo haciendo ver que escuchaba al profesor de turno. Las clases se hacían eternas, llegaba al aula, se sentaba e intentaba escuchar mientras las palabras se perdían antes de llegar a su cerebro por la gigantesca clase de paredes blancas que le hacían sentir insignificante. Los planos que estaba dibujando hacía días que seguían igual, cuando encendía el ordenador era incapaz de poner orden en aquel lío de líneas y más líneas y la fecha de entrega ya se acercaba.

Desayunó con calma y a su mente regresaba constantemente la imagen de la bella mujer sin nombre que acompañaba a Eduardo las últimas semanas. Cómo podía decir que era una bruja, tan mal había terminado con ella para hablar así. Pensó que si ese era el rostro de una bruja qué daría por ver el de un ángel, quizás ese ángel era la chica del vagón de tren, al recordarla se sintió aliviado y le pareció que ya no le costaba tanto respirar.

Mientras Daniel estaba en casa intentando trabajar, Eduardo caminaba por la ciudad ajeno a todo y a todos. Se acercó hasta el puerto y allí se sentó, el mar antes le gustaba, disfrutaba cuando el fin de semana salía con su mujer a navegar en la pequeña embarcación que habían comprado. A ella no le pareció una buena idea, pero él estaba tan ilusionado que no pudo negarse. Esa fue una de las cosas que le explicó la noche anterior, también le dijo que estaban juntos desde niños y que la amistad que les unía pasó a convertirse en una historia de amor que a ojos de todos y de ellos mismos era imposible de romper, pero todo aquello había terminado. Ahora no era más que una sombra y su vida había quedado atrás.

Las primeras veces que Eduardo estuvo con Emma no notó nada, pero desde el último día que

se vieron su físico empezó a tener cambios extraños, la barba dejó de crecer, su apetito poco a poco desapareció, el sueño también y pudo observar como mucha gente que pasaba por su lado no lo veía. Se había convertido en lo más parecido a un fantasma. Al pasar por delante de los escaparates a veces no aparecía reflejada su imagen, pero continuaba existiendo físicamente, podía tocar las cosas e incluso podía rozar a la gente que se cruzaba con él.

El paso de las horas le era indiferente y la angustia del principio se convirtió en algo difícil de explicar. Los primeros días el solo recuerdo de su familia le dolía tanto que no podía dejar de llorar, pero poco a poco las lágrimas desaparecieron y el dolor de su pérdida quedo atrapado en su interior y era incapaz de desahogarse, no podía llorar, ni gritar, sus emociones habían quedado atrapadas, era imposible exteriorizarlas y el sufrimiento era insoportable. La respiración también era diferente, la realizaba de una manera inconsciente, mecánica, pero si dejaba de hacerlo no pasaba nada, su cuerpo no se sentía afectado. Bebía agua de las fuentes como si de un ritual se tratara, pero no tenía sed.

Daniel no tuvo más noticias de él y aunque por un lado sentía curiosidad su instinto de supervivencia le decía que era mejor así. Además, por mucho que hubiera querido no lo podía localizar, aparte de su nombre y de su historia no sabía nada más.

Continuó con su rutina diaria y sus correspondientes idas y venidas en tren, clases y trabajo. Todas las mañanas se repetía la misma escena, tras esperar unos breves pero eternos minutos y rodeado de una multitud en la estación, subía al tren y ella ya estaba sentada en el lugar de siempre, no hablaba con nadie y como el cansancio podía con él se dormía antes de ver en qué parada bajaba.

Estaba en un momento de su vida en que todo lo sobrepasaba, se sentía cansado y agobiado, tenía tanto trabajo que no sabía por dónde empezar y no podía dejar el bar porque necesitaba el dinero. Daniel no tenía familia y había tenido que espabilarse para poder estudiar, sus padres murieron y la cruda realidad era que se quedó sin nada y sin nadie, las amistades interesadas que revoloteaban alrededor desaparecieron.

Una mañana más volvió a subir al tren y allí estaba ella de nuevo, su ángel salvador, pero esa vez aguantó despierto y esperó a que llegara su parada. Se sentó a pocos metros y la observó, era de esas personas que parecen vivir encerradas en sí mismas, aisladas de todo lo que las rodea. El sueño lo vencía, pero aguantó lo suficiente para ver como se levantaba y se dirigía a la puerta y allí justo en el momento en que ésta se abrió, desapareció delante de sus ojos. Se levantó enseguida para comprobar que estaba equivocado y estaba en el andén, pero había desaparecido. Las puertas del tren se cerraron con Daniel apoyado en ellas y descolocado por lo que acababa de ver. De nuevo la oscuridad del túnel lo envolvió y regresó a su asiento.

Recordó a Eduardo y sus cuentos de brujas y pensó que se estaba volviendo loco, nadie se desvanece en el aire.

A la mañana siguiente volvió a subir al tren y por primera vez en muchos días no estaba sentada en su silla, era mejor así se dijo, pero cuando llegó a la estación donde el día anterior había desaparecido, una extraña fuerza lo levantó acercándolo a la puerta. A través del cristal pudo ver el andén lleno de viajeros, pero enseguida desaparecieron y dieron paso a una extraña luz amarilla. Los oídos empezaron a dolerle y todo le dio vueltas, tuvo que taparse los ojos porque el resplandor era insoportable. No supo cuánto tiempo estuvo en aquel torbellino, después sólo recordaba que la sensación de mareo dio paso a un sinfín de emociones diferentes, alegría, tristeza, rabia, odio... Finalmente se encontró sentado sobre un césped verde y húmedo desde el que se veía una elegante casa. Allí permaneció durante un rato, intentando recuperarse de lo que había sucedido. El cuerpo le dolía tanto como si le hubieran dado una paliza, al intentar levantarse

las piernas no soportaban su peso y los brazos le pesaban como si llevara kilos colgados de ellos.  
Miró al cielo y lo vio de un color azul como nunca lo había visto.

*“Así que esto es en lo que estabas trabajando, tú y tus malditos mundos de fantasía y siempre poniendo tu nombre a uno de los personajes. Así has terminado, encerrado, sin reconocer a nadie, negándote a comer, y sólo pronunciando ese nombre de mujer.”*

*Coge de nuevo la libreta y mira con atención el rostro dibujado, “tú debes ser esa mujer”.  
Deja la página abierta y continúa leyendo.*

*ENCUENTRO CON ENRIQUE (repasar título, éste y los siguientes. ¿Podrían cambiarse simplemente por capítulos numerados?)*

Cuando Emma decidió regresar ya habían pasado centenares de años de su última visita, y el agradable recuerdo que tenía seguía presente cada día. Aquel valle rodeado de montañas la había acompañado durante todos esos años junto con las poquísimas casas que formaban la pequeña aldea. Allí había sido una más al lado de los otros niños y lo más importante, había sido feliz y se había sentido libre.

Todos los avisos y represalias que había recibido tiempo atrás no habían sido suficientes para convencerla de que no debía regresar porque esos viajes eran un peligro para la armonía y la existencia de Kavla. Su curiosidad y la admiración que sentía hacia aquella forma de vida eran más fuertes que cualquier amenaza o represalia.

Regresó al que ella consideraba su otro hogar atravesando el mismo paso que las otras veces, pero ahora convertida en una bella mujer. Era muy alta comparada con el resto de las que allí vivían, su pelo rubio y ondulado brillaba cuando el sol se reflejaba en él y su forma de caminar segura y elegante hacía que todo el mundo la admirara e igual que la vez anterior, nadie preguntó nada. Para los lugareños su presencia no era extraña porque sólo al mirarlos fijamente con sus ojos verdes quedaban atrapados en un hechizo.

El pueblo había cambiado mucho, era más grande y con muchísimos más habitantes y la forma de vivir que tenían había evolucionado. La última vez que lo visitó apenas había unas cuantas casas dispersas las unas de las otras, ahora paseó por calles desconocidas y distribuidas de una forma que la sorprendió porque nunca hubiera imaginado que fuera de su hogar existiera tal orden. Observó detenidamente todo lo que sucedía a su alrededor, se entretuvo mirando a unos niños que jugaban en el barro, después los acompañó al riachuelo que bordeaba el pueblo donde ellos se bañaron. Siempre la habían sorprendido, su alegría, su risa y despreocupación eran algo desconocido para Emma, ella no recordaba su niñez así, simplemente estaba allí, existía en aquel mundo tan perfecto que tanto aburría y odiaba. No había sido como aquellos niños ni había tenido unos padres que fueran a recogerla a ningún río ni a ningún otro lugar para luego llevarla a casa. El primer recuerdo que tenía era la visión de su padre, uno de los tres Dexius que regían Kavla, con su madre había pasado sus mejores momentos y cada día luchaba para que estos vencieran al horrible instante en que murió. Nunca podría olvidar el último día que fue a visitarla y la encontró enroscada sobre sí misma bajo aquel gigantesco y milenarío árbol, el brillo de su cara había desaparecido y el color de su piel era blanco y apagado, se estaba marchitando igual que una flor. Después de su desaparición no encontró ningún consuelo en su padre y nunca se resignó a aceptar que agonizara de aquella forma entre sus brazos sin poder hacer nada para evitarlo.

—Su vida a veces es muy breve —dijo su padre.

—Pero ¿por qué?

—Es así, ellas tienes una vida breve y vosotras sois eternas. Su sacrificio es vuestra inmortalidad.

—Duele —dijo Emma con un hilo de voz.

—¿El que duele?

—Que no esté, que haya desaparecido y no poder verla. Me duele mucho aquí, en el pecho.

Emma recordaba claramente la cara del Dexius al oír aquellas palabras, su respuesta fue excesivamente dura. No podía sentir aquel dolor, ella era una Aetherna, los sentimientos no

formaban parte de su esencia. ¿Dónde estaba el padre que necesitaba que la consolara? Allí sólo había un ser de inmenso poder ajeno a su tristeza y sus necesidades cuyo único interés era que la Fortaleza de Cristal siguiera inexpugnable incluso para el resto de los habitantes de Kavla.

—He visto a otros niños llorar.

—¿Qué estás diciendo? —gritó enfurecido—¿Dónde?

—Los que viven al otro lado.

La ira de su padre la asustó, nunca lo había visto así. Si los sentimientos no formaban parte de su esencia, si ella no podía mostrar tristeza por qué él poseía aquella ira. Enseguida reunió a los otros Dexius para explicarles lo que sucedía y decidieron que a partir de ese momento se controlarían todos los pasos y se vigilaría de cerca a Emma. No podían arriesgarse a que la profecía se cumpliera. Cuando vio a su padre al lado de Heloc y Miltoc fue consciente de que no la iba a apoyar, nunca los traicionaría porque las consecuencias serían terribles. Recordaba perfectamente que antes eran siete y que cuatro de ellos habían desaparecido.

Acordaron tenerla vigilada, era un riesgo que pudiera pasar al otro lado cuando le viniera en gana. Heloc fue el más inflexible de todos y le recordó la responsabilidad que tenían todos los habitantes de Kavla, sobre todo los que vivían en el interior de la Fortaleza y ella aún más por su condición de ser la Elegida. Su nacimiento había coincidido con un momento astronómico que no se repetiría nunca más y eso era lo que la marcaba como la líder que un día debería protegerlos. Fueron muy duros con ella, supo que lo mejor era hacer caso y que el tiempo aplacaría los ánimos, entonces regresaría.

Su vida estuvo controlada desde ese momento, sus hermanos los Absis la sometían a un riguroso control y el único alivio que sentía era cuando podía estar a solas con una de sus hermanas. Cristel se convirtió en su mayor apoyo y le contó todos los secretos relacionados con sus escapadas. Las Aethernas eran separadas de sus otras hermanas Moerthes desde su nacimiento y sólo se relacionaban con los Dexius y los Absis. El resto de los habitantes de Kavla no podían acercarse a la Fortaleza de Cristal. Cada ser de aquel mundo tenía su cometido y todos sabían que llegado el día en que la profecía se cumpliera, al frente de todos estaría Emma. Los Absis con su imponente presencia eran los guerreros perfectos para enfrentarse a cualquier enemigo, su única debilidad era que en cualquier momento podían envejecer rápidamente y morir, pero hasta entonces eran máquinas perfectas de matar. Con las Moerthes no contaba nadie, no eran más que niñas condenadas a desaparecer, ni el sacrificio de las hadas podía hacerlas vivir más que un breve periodo de tiempo y esa era una de las cosas que Emma ni entendía ni aceptaba. Luchaba contra el trato que les daban, no quería que las consideraran inútiles y prescindibles. Reclamaba una oportunidad para ellas.

La impresionante Fortaleza donde vivían nacía desde las entrañas de la tierra, sus cimientos eran raíces de piedras sin pulir que al salir al exterior se convertían en una hermosa estructura de diferentes colores, transparente desde el interior, pero inaccesible a la vista desde el exterior. Los poderes de aquel material al que ellos llamaban “El Elemento” permitían que la armonía de aquel lugar fuera el pilar de una sociedad jerarquizada encabezada por los tres Dexius. Este material se conseguía en las canteras de Kavla, para sustraerlo era necesario un gran esfuerzo y a ello se dedicaban la mayoría de los habitantes que vivían fuera de la Fortaleza. En aquel lugar inhóspito trabajaban duramente y eran conscientes de que muchos de ellos perderían allí sus vidas, por agotamiento o porque algún Absis se encargaría de ello.

Las formas irregulares de sus prismas la hacían un lugar por el que era imposible moverse si no se había estado allí desde siempre, y era inaccesible por todos sus lados e indestructible. Pero si un día, en su estructura apareciera una pequeña grieta, eso significaría que uno de los pasos se

habría abierto y podría suponer un peligro por la llegada de algo desconocido del exterior. Y esas pequeñas grietas estaban apareciendo desde que Emma visitaba el otro lado. Los esfuerzos para recomponer esas fisuras era tarea imposible y la única forma de que se cerraran era que Emma dejara de pasar de su mundo al otro.

A pesar del control al que estaba sometida, cuando todo se calmó Emma regresó y continuó con sus visitas. La gente aceptó enseguida su presencia, sabía cómo nadie ganarse el aprecio de los demás e inventaba historias que todos aceptaban, siempre había sido así. Desde su primera visita conseguía sin ningún esfuerzo que la gente confiara en ella, era suficiente con mirarlos a los ojos.

Una mañana se acercó al mercado y de lejos vio un joven que vendía frutas y hortalizas en su carro. Mientras iba acercándose un sentimiento desconocido la invadió. Observó su manera de moverse, sus manos fuertes colocando la mercancía en los sacos y cajas que los vecinos querían llenar con sus productos. Enrique en un principio era ajeno a aquella mirada furtiva que de lejos lo observaba. Apenas tenía veinte años, era muy atractivo, alto y fuerte, vivía en una cabaña apartada del pueblo y subsistía vendiendo en el pequeño mercado lo que cultivaba. Esa mañana como tantas otras cogió su género, lo cargó en el pequeño carro y se dirigió al pueblo. Por la situación geográfica en la que se encontraba era lugar de paso y comerciantes de los alrededores y de más lejos se desplazaban hasta allí para hacer negocio. Él no era más que un pobre campesino que aspiraba a sobrevivir, no sabía lo que eran los lujos y tampoco le preocupaba nada que no fuera el día a día. Cada mañana se levantaba y atendía sus obligaciones, era feliz viviendo apartado en su casa porque era lo único que conocía y al pueblo sólo iba para vender y comprar alguna cosa que necesitaba.

Aquella mañana montó su parada una vez más y como siempre en pocos minutos se rodeó de vecinos que querían comprar lo que ofrecía. A quien no tenía mucho dinero para pagar le fiaba y con otros realizaba intercambios. Emma se le acercó con la excusa de ver la fruta tan buena que tenía y enseguida apareció una química entre ellos difícil de disimular.

—Buenos días —dijo Emma sonriente.

—Buenos días ¿qué necesita?

—No sé, lo cierto es que todo tiene un aspecto exquisito. No sé con qué quedarme.

— Permítame que le ofrezca unas moras, son muy buenas y las recogí ayer mismo en el bosque.

—Gracias.

Las probó ante la mirada curiosa del joven que tan prendado estaba no sé había dado cuenta que lo estaban reclamando para comprar. El resto de la mañana se lo pasaron hablando mientras él intentaba seguir con su trabajo alargando la conversación para que no se fuera. Nunca había visto una mujer así y ni en sus mejores sueños hubiera imaginado que se le acercara para hablarle. Enrique desconocía que todos sus esfuerzos para retenerla eran innecesarios, Emma ya había decidido quedarse con él, en aquel lugar que tanto le gustaba.

—No es de por aquí, ¿verdad? No la había visto antes.

—No, sólo estoy de paso. Es la primera vez que vengo.

—Eso quiere decir que el próximo día ya no la veré —y mientras pronunciaba estas palabras se sorprendió a sí mismo de haber sido capaz de decirlas y pensó que era lo peor que podía haber dicho

—Todo es posible. Soy imprevisible, puede que sí puede que no— dijo entre risas.

—Pues espero que sí —Sus mejillas se sonrojaron, y ya no creyó que lo dicho fuera una tontería. Estaba claro que le había gustado.

—Por cierto, me llamo Emma, tanto hablar y no nos hemos presentado— le extendió la mano y al sujetar la de él vio imágenes de una infancia triste llena de soledad y dolor.

—Yo soy Enrique— le devolvió el saludo y al tocarla sintió que todo su cuerpo temblaba. Era la primera vez que le daba la mano a una mujer exceptuando su madre.

Antes de despedirse quedaron en verse la semana siguiente, Emma se marchó tan misteriosamente como había aparecido y Enrique se quedó recogiendo sus cosas sin poder dejar de pensar en ella.

Durante esos días continuó trabajando sus tierras y ella regresó a Kavla, y aquel lugar que era su casa se convirtió en una cárcel, vivir allí cada día se le hacía más insoportable. Su único consuelo era los momentos que podía estar con su hermana, en ella podía confiar y contarle sus secretos. Le habló de Enrique, de sus planes de volver a verse en pocos días, de la decisión de no regresar nunca más.

—¿Cómo puedes dejarnos para ir a vivir con ellos? Son seres simples, básicos y lo que es peor, no son de fiar. Si algún día descubrieran uno de los pasos intentarían que desapareciéramos ¿Cuántas historias me has contado de cómo luchan entre ellos? Si son capaces de matarse entre sí qué no harían con nosotros.

—También saben amar, cuidan de sus hijos, juegan con ellos y esos niños lloran y ríen. ¿Alguna vez has visto llorar o reír a alguno de nosotros? Yo lloré una vez, cuando mi madre desapareció y fui castigada por ello, por tener sentimientos, emociones que se supone no podemos sentir.

—Es como debe ser, nosotros somos así, por eso este mundo es posible, por eso existe la armonía y el orden en el que vivimos. En el otro lado se dejan llevar por las pasiones, por los sentimientos, nosotros hace siglos que superamos ese estado, por eso todo funciona bien.

—¿Funcionar bien? ¿Qué es funcionar bien? Vivir encerrados en esta jaula a la que el resto de los habitantes no pueden acercarse. Puedes asegurarme de que no lo hacen porque es lo correcto o porque los Absis se encargarían de ellos con el puñal de hielo.

—Es nuestra forma de vida.

—Una forma de vida que yo no he elegido. Y no evites la pregunta ¿Qué crees que hacen con él? ¿Conoces sus poderes?

—Claro que los conozco, todos sabemos que significa, pero es necesario.

—No lo creo tan necesario. ¿Puedes imaginar el horror de estar atrapado de esa forma?

Había visto infinidad de veces la enorme sala blanca donde eran encerradas las víctimas del puñal de hielo. Se paseaba entre ellas y veía el horror en sus ojos, la desesperación de ser consciente de estar allí, de verlo y oírlo todo, pero no poder mover ni un solo músculo. Esa situación podía durar años y cuando se les permitía regresar a su estado normal apenas duraban unos días porque les era imposible recuperar su vida. ¿Por qué ese castigo? Porque debía ser así, esa era la respuesta que recibía siempre que se atrevía a hacer la pregunta.

Tenía decidido que no quería ser la líder de aquel mundo tan perfecto pero cruel, porque la realidad era que el orden y la perfección se habían conseguido con miedo. Cuando paseaba fuera de la Fortaleza lo veía en los ojos de todos aquellos que allí vivían. Debía proteger Kavla, pero a veces pensaba que antes que protegerla de un enemigo exterior debería empezar por ellos mismos.

De pequeña fue instruida por ser la Elegida, pero nunca se había encontrado a gusto en ese papel, mientras el resto de sus seis hermanas tenían más libertad ella debía estar al lado de los Dexius y desde el principio se rebeló. Sus escapadas para ver a su madre, para pasear por las calles y rincones maravillosos que se escondían en su mundo ya eran una muestra de que sus planes no coincidían con lo que estaba previsto para ella.

Regresó al mercado para ver a Enrique y durante varias semanas repitieron esos encuentros y en ellos hablaban hasta que el día llegaba a su fin. Ella inventó una historia convincente, a él, simple e inocente, nada le resultaba extraño y se dejó envolver por los encantos de Emma.

Ninguno quería dejar pasar más tiempo para estar juntos, así que decidieron casarse.

A la vieja iglesia no acudieron nada más que ellos y el sacerdote que celebró la ceremonia. Mientras decía en voz alta las palabras que los convertirían en marido y mujer pudo observar algo extraño en Emma, pero ella parecía dominarlo de tal manera que fue incapaz de impedir aquel matrimonio imposible.

Cuando terminó se sentó exhausto en uno de los bancos y Emma se le acercó.

—¿Quién eres? —le preguntó el sacerdote.

—Alguien a quien no has de temer.

—Llevas al demonio dentro.

—El demonio no existe —sentenció con una sonrisa.

Tras aquel día el anciano sacerdote no volvió a ser nunca más el mismo, dejó de ser la persona afable y comunicativa que siempre se preocupaba por sus vecinos y en pocas semanas murió. El ayudante que lo acompañó en sus últimos momentos afirmaba que el miedo lo había consumido, pero la gente del pueblo no hizo caso a pesar de las muchas supersticiones que en aquel tiempo existían. Los días después de la boda los pasó encerrado en su habitación, voces extrañas lo avisaban de la llegada de seres de otro lugar y horribles visiones lo atormentaban día y noche. Cuando las pesadillas aparecieron intentó dormir lo menos posible pero incluso despierto las imágenes de lo que iba a suceder lo acompañaban sin dejarle un segundo de tranquilidad. Todo era gris, el sol había desaparecido y las personas estaban en la calle, abandonadas, perdidas, solas. Veía a una mujer que lo devoraba todo, su rostro blanco mortecino contrastaba con el color oscuro de su pelo, extraños hombres altos y fuertes arrasaban todo lo que encontraban y en medio de todo aquello un niño lloraba y llamaba desesperado a su familia. Una mañana tras dar un grito inhumano que despertó al joven ayudante, quedó paralizado, el cuerpo agarrotado y los ojos abiertos. Al llegar a la habitación el chico se lo encontró sentado sobre la cama y se vio incapaz de cerrarle los ojos y colocarlo estirado por la rigidez que lo dominaba.

Enrique no había sido tan feliz en toda su vida y Emma se sintió completa. El vacío que sintió al perder a su madre parecía que iba quedando en un recuerdo sino menos doloroso, más llevadero, pero eso era un secreto que no podía compartir con el hombre que había escogido para empezar su nueva vida.

Por su parte Enrique poco a poco fue sacando el dolor de todos aquellos años de soledad que había vivido. Emma se había convertido en su salvación, descubrió que la felicidad existía y nada ni nadie que no fuera ella le importaba. Atrás habían quedado los malos tiempos, la desolación que durante meses lo acompañó cuando con tan solo doce años sus padres murieron con pocas semanas de diferencia. Él sí que podía explicar su historia, ella sólo podía escuchar y recordar la suya en silencio, y eso es lo que hacía día a día para no olvidar. En su larga vida las visitas que había hecho a su madre habían sido los mejores momentos de su existencia, dentro de aquel mundo en el que para Emma todo era gris, su madre era luz, color, el ser más maravilloso que habitaba Kavla. Su pelo oscuro, sus ojos tan claros que podía verse reflejada en ellos, con solo mirar al cielo conseguía que saliera el arcoíris y cuando se movía destellos de luz salían de su cuerpo iluminando todo lo que estaba a su alrededor. Siempre que la iba a ver surgía elegante de las profundidades del lago en el que pasaba la mayor parte del tiempo y entonces el pequeño bosque escondido se llenaba de vida. Cada día intentaba pensar en ella para no olvidar ningún detalle, a veces su imagen se difuminaba y entonces luchaba para que regresara. Cuando podía se escapaba y se acercaba a verla, entonces por el camino observaba a los habitantes de Kavla que no eran bien recibidos dentro de la Fortaleza y se preguntaba cuál era la causa. Al principio la miraban atemorizados por ser la Elegida, pero con el tiempo el miedo se convirtió en respeto y

admiración. Fue consciente desde el primer momento que cuando aparecía alguno de los Absis el terror asomaba en el rostro de aquellos seres. Emma odiaba aquella situación, la avergonzaba, se sentía tan mal que al regresar a la que era su casa sólo sentía un enorme vacío al vivir dentro de aquella inmensa construcción. Lo que para ella era su hogar, para los de fuera era el símbolo del miedo.

— ¿Qué hiciste cuando murieron tus padres? — preguntó mientras ponía su brazo sobre su pecho. Los dos estaban estirados en la sencilla cama que para Emma era mucho mejor que todos los lujos a los que estaba acostumbrada.

— Trabajar sin descanso, la tierra no da tregua y tenía que comer. Enterré a mi madre al lado de mi padre y durante días dormí tendido al lado de ellos.

— ¿No tenías a nadie más?

— No. Tuve que espabilarme solo, sabía trabajar, mi padre me enseñó. Apenas empecé a caminar lo ayudé trabajando en la tierra y a mi madre también con las cosas de la casa. Recuerdo que me encantaba preparar el pan, aún puedo verla haciendo la masa. Los tres nos ayudábamos mucho, y un día sin más ya no estaban, me quedé solo.

— ¿Y la gente del pueblo?

— Mis padres no solían ir, apenas tuve relación con esa gente hasta que empecé a ir para vender lo que cultivaba. Podía haber subsistido con lo que recogía de la tierra y cazando a algún animal, pero necesitaba hablar con alguien o hubiera acabado volviéndome loco.

— Nunca más estarás solo, lo sabes, ¿verdad?

— Lo sé— le contestó mientras la besaba.

Durante el día trabajaban incansables y por las noches se dejaban llevar por un deseo que los enloquecía. Los meses pasaron y no se quedaba embarazada y aunque su marido intentaba tranquilizarla y le decía que no se preocupara empezó a alejarse inconscientemente de ella. Emma nunca se planteó una situación así, tampoco que el tiempo pasara de diferente forma para los dos. Sus ganas de vivir allí, de estar con él pudieron más que plantearse cualquiera de los problemas que el tiempo podría traer. Los meses se convirtieron en años y aquel joven alto y fuerte empezó a envejecer, el pelo se volvió canoso y escaso, las arrugas eran implacables en su rostro siempre expuesto al sol y a la lluvia, y su cuerpo ya no se movía con la agilidad de años atrás. Ella, al contrario, aumentaba su belleza y misterio cada día más. Emma sentía como el amor de su marido se había convertido primero en indiferencia y luego en ira, empezó a mostrarse violento, sólo le hablaba para gritarle y en más de una ocasión había intentado pegarle, pero algo lo frenaba en el último momento.

Mientras todo esto sucedía, una joven de apariencia dulce y tan bella como Emma observaba sin ser vista y esperaba pacientemente, sabía que la felicidad de aquella pareja no iba a ser eterna y que llegaría el momento en que aquel amor idealizado se vendría abajo. Era imposible que durara mucho porque el paso del tiempo no tardaría en traer consecuencias. Cristel recordaba con claridad las palabras de su hermana, y sabía que con su actitud se estaba convirtiendo en un riesgo, por eso los Dexius le ordenaron que se convirtiera en su sombra. Lenta pero inexorablemente las grietas se abrían paso en la Fortaleza y debían hacer alguna cosa.

Con mucha paciencia ideó un plan para acabar con el peligro que suponían los humanos, sería un trabajo muy lento, pero el resultado final garantizaría para siempre la seguridad de Kavla. El resto de las Aethernas estaban preparadas, solo faltaba que Emma reaccionara y se diera cuenta que aquellos seres del otro lado a los que tanto admiraba debían ser eliminados y de no ser así, no tendría ningún problema en eliminarla a ella también.

Enrique no soportaba más aquella situación, al mirarse al espejo veía a un anciano, el duro trabajo lo había castigado con crueldad y aunque apenas tenía cincuenta años aparentaba muchos más. Detrás de su reflejo podía ver el de Emma, joven, bella y deseada por todos. Los días de mercado en el pueblo se habían convertido en un infierno, tal era la rabia que sentía que le prohibió ir. La obligaba a permanecer en casa y no quería que viera a nadie, los celos se apoderaron de él.

Y el día que Emma temía llegó, pero ni en la peor de sus pesadillas podía haber imaginado hasta donde iba a llegar aquel hombre que había pasado de ser el amor de su vida a un desconocido. La forzó y no pudo hacer nada para evitarlo, tenía la fuerza de un animal salvaje y todo el amor y deseo que sentía se convirtió en unos segundos en asco, sus besos le parecían vomitivos y todo su cuerpo le repelía. Atada como estaba de pies y manos no pudo hacer nada, sólo llorar. La golpeó, la ató, la envolvió en una manta y la arrastró hacia el bosque.

—¡Maldita bruja, no eres más que una bruja! ¡Hija del diablo!

Emma intentaba hablar, pero le había tapado la boca con un pañuelo, quería defenderse, pero se ahogaba en su propio llanto mientras su cuerpo recibía los golpes de piedras y ramas caídas del camino. Dentro de aquella manta no había más que la oscuridad y los gritos de su marido.

—¡Te mandaré al infierno, ese es tu lugar! ¡Has arruinado mi vida, bruja, hija del diablo!

Mientras cavaba un agujero en el suelo rezaba y pedía a Dios que no lo condenara por haber estado con ella. No era más que la víctima de un engaño, de un hechizo. Entonces recordó la muerte del sacerdote y los motivos que dio su ayudante, el miedo lo había matado o ¿había sido ella? Cuando el agujero fue lo suficientemente profundo la tiró como si de un saco se tratara. Emma sintió el dolor en todo su cuerpo al chocar con el suelo, pero no era nada comparado con la tristeza y rabia que sentía. Enrique empezó a tapar la anónima tumba mientras ella sentía caer sobre sí misma cada pequeño trozo de tierra y piedra que le tiraba, y no sabía que le dolía más si todo aquel peso sobre su cuerpo o lo que escuchaba decir del que hasta entonces había sido el hombre al que quería. Cada gramo de polvo, cada palabra convertía su amor y su admiración hacia él en un odio que la iría transformando en un ser frío y vengativo.

A no mucha distancia de donde todo esto sucedía, alguien observaba y una vez más esperaba.

En aquel agujero no había luz ni aire que respirar. Emma lloraba y Cristel, que hasta entonces se había mantenido en la distancia, se acercó hasta donde su hermana había sido enterrada mientras sonreía sabiendo que aquel momento era el fin de una época. Tras pasar unos breves minutos delante de la tumba se alejó a través del bosque y a pesar de la distancia podía oír los gritos de desesperación, gritos que le producían una satisfacción como nunca había sentido. A su paso las hojas de los árboles caían y los pequeños animales huían aterrorizados ante la presencia de aquel ser de apariencia humana que desprendía olor a muerte.

Emma permaneció un tiempo indescifrable sin moverse en aquel agujero, su única compañía era el ruido de sus sollozos. A su mente venían las voces de los Dexius explicando la profecía, una y otra vez. Eso era lo primero que les enseñaban.

“De las puertas por las que los dos mundos se comunican entrarán los destructores de Kavla. Seres llenos de odio destruirán el orden de nuestro hogar. La muerte violenta lo llenará todo y una lucha sangrienta hará que todos nuestros habitantes se vean implicados, dará igual que estén preparados o no, no tendrán otra alternativa que defenderse. Apoyados por la fuerza de los Absis, la inteligencia de los Dexius y sus hijas Aethernas, todos deberemos hacer frente a la gran amenaza externa. Será una lucha larga y de la cual no se ha escrito el final. Nuestro destino está en el aire y sólo dependerá de nosotros mismos y de nuestro valor. ¿Cuándo llegará esta amenaza? ¿Quién abrirá esas puertas dando paso al mortal enemigo? Todos debemos observar y estar

pendientes de que nadie se salte las normas, el orden no debe romperse, una pequeña grieta daría paso al final.”

Con esas palabras más presentes y con más sentido que nunca se sintió culpable por ser quien había abierto los pasos. Cada segundo que transcurría su odio se hacía más fuerte, una rabia incontrolable se apoderó de ella y sin saber cómo consiguió soltarse las manos, después los pies y finalmente pudo quitarse el pañuelo que tapaba su boca. Se sentía humillada, abandonada y traicionada. En ese momento lo tuvo todo claro, la amenaza era real, los humanos eran vengativos y crueles y en eso se convertiría ella. Les daría lo mismo que había recibido, pero con creces y poco a poco los haría desaparecer.

Luchó con todas sus fuerzas para salir de su entierro, la rabia y el dolor que sentía la hacían más fuerte, rasgó la vieja manta y empezó a golpear la tierra, daba patadas, gritaba, maldecía y pedía venganza y así el espacio existente entre el agujero y el aire libre cada vez se hizo más pequeño. Los dedos de una de sus manos no tardaron en aparecer, luego un brazo, y lentamente su pelo sucio asomó entre la tierra.

Emma sintió que renacía, gritó y su voz se perdió en la inmensidad del lugar. Su cuerpo apaleado y lleno de heridas fue cicatrizando en pocos segundos y sus preciosos ojos verdes se oscurecieron hasta volverse negros. Se adentró en el bosque y todos los animales que habían regresado, esta vez no pudieron escapar. El miedo al verla los paralizó, las flores y los árboles se secaron y unas oscuras nubes aparecieron de repente tapando la luna llena que alumbraba la noche. Al igual que sus heridas se habían curado sus raídas ropas se convirtieron en un vestido blanco y elegante, y su pelo volvió a lucir unas ondas rubias y brillantes. Una escarcha blanca cubría el suelo por donde pisaba y sin parar de caminar llegó hasta su casa. El tiempo pareció pararse en aquel lugar para siempre. Hasta ese momento nunca había sabido el poder que albergaba, y entendió porque era la preferida de los Dexius y la elegida para proteger su mundo.

A distancia era observada, la invisible espectadora sabía lo que iba a suceder y que después se iban a convertir en las aliadas perfectas para llevar a cabo su venganza.

Se acercó a una de las ventanas del que había sido su hogar y vio como su marido estaba sentado delante de la mesa, lloraba y no dejaba de pronunciar su nombre.

—Emma, Emma...

Durante unos minutos lo observó fijamente, allí seguía con la cabeza entre las manos arrepentido por lo que había hecho. Lo que podía ver de la casa estaba todo destrozado, como si al regresar en un ataque de ira lo hubiera roto todo.

—¿Qué he hecho, Dios mío? —suplicaba. Yo la quería, la quería como no se puede querer a nadie. ¡Pero era una bruja!

Vio como se incorporaba y hacía intención de acercarse a la ventana abierta desde la que estaba mirando, se apartó para no ser descubierta.

—¿Por qué hace tanto frío? —miró y vio como la escarcha lo había cubierto todo.

—¿Qué...qué está sucediendo? ¿Cómo puede estar todo helado, como si estuviéramos en invierno?

Emma permanecía a la espera mientras lo seguía observando de lejos.

—¿Quién anda ahí? ¿Hay alguien? ¡Voy a volverme loco, esa mujer me ha vuelto loco! —gritó.

Ella se acercó lentamente hasta la puerta de madera y la golpeó con los nudillos.

—¿Quién es?

Volvió a llamar una vez más mientras sus ojos recuperaban su color verde.

—¿Quién es? Sea quien sea conteste, por favor.

Una llamada más.

—¡Maldita sea! No me gustan las bromas, no soy más que un pobre viejo ¿quién es?

—Soy yo.

—¡No puede ser! ¡Estás muerta!

—Abre, por favor.

Mientras esperaba Emma preparó la mejor se sus sonrisas, sabía que debía hacer. Era como si su plan hubiera estado todo este tiempo hibernando, esperando a salir en caso de que fuera necesario.

—Te perdono, ábreme por favor. Tenemos que hablar.

Temblando se dirigió a la puerta, esperó unos segundos antes de abrirla y cuando finalmente lo hizo, volvió a caer rendido ante la mujer a la que tanto había amado y hacía unas horas había intentado matar.

—¿Eres un fantasma? — suspiró casi sin voz.

—No amor mío, soy yo. Abrázame.

Se abalanzó sobre ella sujetándola con toda la fuerza que podía entre sus cansados brazos.

— Lo siento, me he vuelto loco. No sabía lo que hacía. Perdóname, ¡te lo suplico! —sollozaba, sólo deseaba abrazarla y estar con ella.

—Ya está mi vida, ya está. Te dije hace mucho que nunca más estarías solo.

—¿Cómo has podido salir de allí? El agujero era profundo, no entiendo cómo has podido salir de allí. ¿Quién eres?

—Como puedo hacer otras cosas que ni tú ni nadie podéis imaginar.

—¿Qué quieres decir? ¡Contéstame! ¿Quién eres?

—¿Todavía me quieres?

— Estoy loco por ti, siempre lo he estado. ¿Por qué siempre estás igual? No entiendo nada de lo que ha sucedido. Un día apareciste en mi vida, llegaste de la nada y yo no le di importancia porque te quería. Han pasado los años y yo casi soy un viejo y tú... tú sigues siendo tan joven y bella, ¡es una locura!

—No digas nada y bésame.

—Todo el daño que te he hecho en los últimos tiempos, te he intentado matar y aun así todavía me quieres.

—Bésame— insistió.

Y aquel hombre al que el paso de los años había tratado con tanta crueldad besó a su esposa como nunca antes lo había hecho y sintió que sus labios quedaban prisioneros de los de ella. Notó como las manos de Emma acariciaban suave y lentamente la espalda, como lo atraía cada vez con más fuerza. Pudo sentir su pecho de nuevo, su piel, volvió a sentir el olor tan especial que desprendía y volvió a desearla como el primer día que la vio en el mercado. Fue entonces cuando por un momento abrió los ojos y vio los suyos, unos ojos negros y vacíos, aterrorizado se dio cuenta de que estaba atrapado y que no podía soltarse, la fuerza con que lo sujetaba no era humana. Ella separó los labios de los suyos y los acercó suavemente al oído.

—Te quiero—le susurró dulcemente.

La vida de Enrique pasó delante de él a gran velocidad mientras sentía que alguna cosa salía expulsada de su cuerpo dejando un inmenso vacío en su interior, pero su corazón seguía latiendo. Ella lo soltó y cayó sentado al suelo. Allí estuvo durante unos segundos que se le hicieron eternos mientras contemplaba en todo su esplendor la belleza de su mujer. Su vestido blanco, su melena rubia y su sonrisa de triunfo la acompañaban, sus ojos volvían a ser del color verde que durante tantos años había adorado, pero había algo diferente en ellos.

—¿Qué me has hecho? —le imploró.

—Te he quitado tu bien máspreciado, lo que te hacía diferente.

—¿Estoy muerto? — preguntó entre sollozos a la vez que se abrazaba a sí mismo.

—No—dijo con frialdad. Ahora no tendrás ni vida ni muerte.

—¿Qué estás diciendo? ¡Estás loca! Debería haberte matado antes de enterrarte.

—Te quería, te quería como nunca nadie podrá querer a nadie. Renuncié a todo por ti y me traicionaste.

—¡Maldita bruja!

—No soy ninguna bruja, soy mucho más poderosa. Quisiste dejarme sin nada, intentaste matarme, pero nunca nadie lo logrará.

—¡Estás loca! —gritó llorando.

—Vagarás hasta el fin de los tiempos. Y estarás solo, la soledad será tu única compañera y cada día suplicarás morir, pero ese día no llegará.

—¡Dios, ayúdame!

—¿Qué dios? ¡¿A qué dios le suplicas, a tu dios?! Ya no eres nada, sólo un despojo humano y así acabaréis todos.

Tendido en el suelo la observaba sin poderse mover, el miedo lo tenía paralizado. Aquella mujer a la que tanto había querido permanecía de pie frente a él, se la veía fuerte y poderosa. Se le acercó de nuevo.

— No te acerques— sollozó intentando apartarse sin éxito.

—Mírame, mírame a los ojos y dime que ves.

—¡No quiero mirarte, me das miedo, déjame! ¡No sé, no sé qué me has hecho, me siento extraño, como si ya no fuera yo!

—Mírame a los ojos te digo.

No quería hacerlo, luchaba contra lo que le pedía, pero una fuerza extraña lo obligó a mirarla.

—Mírame y dime que ves.

La miró fijamente y un grito de horror invadió la casa y todo lo que la rodeaba.

*Alejandra cierra el ordenador, se sienta en la butaca que está delante del gran ventanal. “Emma, Emma, ...” Observa fijamente el dibujo de la libreta, no tiene ninguna duda de que es ella y siente curiosidad por saber quién lo ha hecho. Eduardo dibuja fatal y el ilustrador que colaboraba con él en algunas ocasiones no ha sido seguro, porque la llamó hace pocos días y le comentó que no hablaban desde hacía mucho tiempo. Al ver la noticia del ingreso confirmó las sospechas de que algo le sucedía y se puso en contacto con ella, pero no pudo darle ninguna información más. De todos los amigos y conocidos el único que notó algo raro fue él, nada concreto le dijo, pero sus llamadas y mensajes de repente se habían interrumpido y no había forma de que contestara a los suyos.*

*Se entretiene un rato buscando algo que ni ella misma sabe entre los libros de la enorme biblioteca, libros leídos, pendientes de leer, inacabados, antiguas ediciones, cómics de historias extrañas, desagradables, violentas y de mal gusto para ella. Nada, no encuentra nada que llame la atención.*

*Decide ir a su piso para recoger algo de ropa y después ir a comprar comida para instalarse en casa de su hijo durante una temporada. Quiere leer detenidamente lo que estaba escribiendo, revisar sus notas, encontrar alguna cosa que le dé una pista sobre cómo ha podido caer enfermo de esta manera.*

*No tarda mucho en llegar y preparar una pequeña maleta, se asegura de cerrar bien todas las luces, el gas, el agua, conecta la alarma, tan metódica como siempre. Tiene que ser todo en un orden determinado, todo controlado, y cuanto más vieja peor, piensa, mientras sube de nuevo al coche. Vuelve a aparcar delante de la casa y va caminando hasta el supermercado, por el camino sigue dándole vueltas al diagnóstico que le han dado, esquizofrenia paranoide. Una rabia interna se apodera de ella, se siente culpable por no haberse dado cuenta de nada, pero qué podía hacer; sus hábitos no habían cambiado en ningún momento, no había sucedido nada extraño que pudiera hacer sospechar un desenlace como aquél. ¿Y a su edad? Estaba convencida de que los primeros síntomas se daban en edades más jóvenes y nunca hasta ahora se había comportado de un modo que diera lugar a pensar que estaba enfermo. Sin darse cuenta se salta el súper, rectifica su paso y entra. Hace la compra como un autómata, cuando tiene el carro casi lleno se da cuenta de que ha cogido cosas que sólo come Eduardo. No piensa devolverlas, con paso lento, cansado y reprimiendo las lágrimas pasa por una de las cajas a pagar.*

*—El pin y ok— le dice la cajera, pero no reacciona, tiene la mirada perdida.*

*—Señora por favor, puede poner el pin.*

*—Perdón.*

*Carga con las bolsas y sale.*

*Coloca todas las cosas en la cocina respetando la distribución existente, quizás ese orden establecido ya indica que algo no iba bien. En el estudio no hay nada destacable, pero los armarios de la cocina están tan ordenados, todo tan milimétricamente colocado que no es normal. Las cajas y latas bien alineadas, las botellas de la nevera con las etiquetas mirando todas en una misma dirección. Todo es tan perfecto que pone los pelos de punta, incluso a una persona tan cuadrículada como ella. Sube a la habitación y en el armario se repite lo mismo, las chaquetas, las camisas, los zapatos, la ropa de deporte...Eduardo era perfeccionista y ordenado, pero no hasta ese extremo.*

*Llama por teléfono al psiquiatra, en estos momentos se encuentra visitando y no puede atenderla, su ayudante le dice que no se preocupe, cuando termine la consulta la llamará.*

*Sale a la terraza y riega las plantas mientras piensa si debe tomar medidas legales contra el editor, contra los periódicos o quizás es mejor dejar que el tiempo pase y se olviden de él. Sólo hace falta una nueva noticia que llame más la atención.*

*Se gira y la puerta corredera de la terraza está casi cerrada, está convencida de haberla dejado totalmente abierta, vuelve a abrirla y mientras poda el rosal, de reojo, la va mirando. El silencio que la acompaña es sepulcral, un barrio demasiado tranquilo, pero ideal para aislarse del mundo. Empieza a notarse la bajada de la temperatura, en pocos días y con el cambio de hora llegará para ella la peor parte del año, las tardes largas, tristes y oscuras, la niebla de primera hora de la mañana y la soledad rota sólo por las visitas a casa de Eduardo o las que él le hacía, pero ahora ya ni eso le queda.*

*Regresa a la cocina y se prepara una cena ligera, un poco de pan de molde con queso y jamón. Se acomoda de nuevo en el estudio y sigue leyendo.*

## *EDUARDO*

Eduardo provenía de una familia rica y era hijo único, su infancia fue feliz hasta que su madre enfermó. Aunque tenía todos los caprichos y sus padres lo mimaban también tenía mucha disciplina. El trabajo tenía recompensa y no se admitía ningún tipo de tontería, si había una cosa que su padre no toleraba era la vagancia. Aficionado a la lectura desde bien pequeño pasaba muchas horas en su habitación devorando todos los libros que caían en sus manos, la biblioteca familiar era uno de sus lugares favoritos y el ideal para perderse. Las noches tumbado en su cama leyendo se le hacían cortas y las alargaba hasta que le llamaban la atención. Esconderse entre las sábanas con una pequeña linterna era su secreto y una de esas noches tardó demasiado en apagarla. Nunca antes había oído gritos en casa, ni una mala palabra, pero hacía tiempo que su madre no se encontraba bien y las discusiones con su padre iban a más. Ella decía que no estaba enferma y que no necesitaba a ningún médico, insistía en que aquella mujer que quería llevarse a su hijo era real y su marido ya no podía permitir que aquella situación se alargara más y hacer ver que no pasaba nada. Eduardo pasó la noche en vela, nunca había oído tratarse así a sus padres y el comportamiento de ella durante los últimos días lo desconcertaba. Siempre había sido una mujer fuerte, sin miedo a nada, pero ahora era todo lo contrario. Vivía dominada por la angustia y apenas lo dejaba solo, lo controlaba en todo momento incluso cuando estaba en su habitación.

Tras aquella noche su madre pasó unos días en su dormitorio, no quería ver a nadie excepto a Eduardo. Se tumbaba en la cama a su lado y lo abrazaba y le hacía prometer que nunca la abandonaría.

Su padre entraba y salía de casa incontables veces, su comportamiento era extraño y lo único que le decía era que no tenía de que preocuparse, pronto todo iba a volver a la normalidad, y esa normalidad fue ingresar a su madre en una prestigiosa clínica y a él trasladarlo a la casa de la playa a cargo del servicio. Su vida se había vuelto algo horrible, apenas lo dejaban ir a verla y las visitas cada vez se distanciaron más. Sólo cuando fue lo suficientemente mayor para desplazarse y no tener que dar ningún tipo de explicación regresó con más asiduidad, pero con el transcurso del tiempo su madre se fue perdiendo en un mundo totalmente ajeno al real y aquellas visitas se convirtieron en momentos duros de llevar.

Introverso de por sí, las circunstancias personales lo convirtieron en un niño más cerrado, y allí, en la casa de verano fue donde conoció a la que después se convertiría en su esposa y su tabla de salvación. Los juegos de niños y confianzas inocentes, con el paso del tiempo se convirtieron en una relación sólida que a ojos de todo el mundo nada ni nadie sería capaz de romper.

La primera vez que Eduardo vio a Emma fue con apenas diez años y a su madre poco le faltaba para enfermar. Mientras esperaba que algún pez se decidiera a morder el anzuelo la vio pasear por la orilla, llevaba un vestido blanco, gafas oscuras y una pámela. La siguió durante un rato con la vista hasta que finalmente ella se dio cuenta, se quitó las gafas y le sonrió. Le hubiera gustado ver su pelo del que sólo podía apreciar la parte ondulada y rubia que tapaba su cuello, pero allí acabó todo, ella desapareció y él siguió sujetando pacientemente su caña de pescar.

Ese día Emma paseaba buscando una nueva víctima y aquel niño no tardaría en ser adulto.

Eduardo siempre pensó que no había sido más que un sueño que había tenido mientras se quedó adormilado bajo el sol y de ello terminó convenciéndose tras soñar varias veces con ella. Aquella mujer no existía, era un producto de su mente que lo siguió acompañando durante su vida.

Su madre empeoró y ya no salió de la residencia, ahora aún permanece ingresada, ajena a todo

lo que le ha sucedido a su hijo al cual ya hace años que no reconoce. Ahora sus días pasan sentada en una silla de ruedas mirando sin ver nada de lo que sucede, apenas habla y cuando lo hace grita diciendo que hay gente extraña a su alrededor y que una mujer pronto vendrá para llevarse a su pequeño.

Eduardo creció, estudió y se puso al frente de los negocios de la familia, se casó y tuvo dos hijas. Algunas mañanas se despertaba recordando a la mujer de la playa porque había regresado en sueños y se preguntaba el porqué. Y así día a día hasta que aquella maldita mañana que nunca tenía que haber llegado la volvió a ver.

Fue como la primera vez, la imagen de su niñez y la de sus sueños se repetía y de nuevo lo miró y sonrió, pero él esta vez pudo contestar, no se quedó sin saber que decir como cuando era un niño y tampoco se trataba de ningún sueño. Hablaron durante un rato, no mucho, y en poco tiempo fue arrastrado a la habitación de aquel hotel que Daniel ahora puede ver como si hubiera estado allí. Eduardo acaricia a Emma una y otra vez y Daniel siente esas caricias en sus manos, la suave piel bajo las yemas de sus dedos mientras se ve reflejado en sus ojos.

Emma susurra al oído de Eduardo que lo quiere como a nadie en el mundo y que lo desea tanto que lleva esperando toda una eternidad. Daniel oye esas palabras en sus propios oídos y Eduardo llevado por el placer que siente no ve los ojos de Emma, esos preciosos ojos verdes que se oscurecen mientras lo dejan vacío.

Daniel puede ver todo lo que sucedió después, las citas que siguieron al primer encuentro, las mentiras a la familia para poder verla, el descuido en el trabajo y el lento deterioro físico y psicológico de Eduardo. Su mujer no le bastaba, las niñas le sobraban y el trabajo era un peso imposible de llevar. Lo que sentía cuando estaba con su esposa no se podía comparar con lo que sentía con Emma, los besos, las caricias, todo lo que hasta ese momento le parecía el paraíso se habían convertido en un juego de niños al lado del placer que ella le daba.

No era consciente de lo que sucedía, de que ya no era él. Daniel lo tiene todo grabado en su mente como si hubiera sido testigo de aquellos días. Los ve juntos y unos fuertes latidos golpean su cabeza, una y otra vez, cada vez más fuerte. No hay medicina que lo cure, está atrapado en una tela de araña y no consigue poner a salvo su mente de Cristel, lo domina y hace con él lo que quiere. Los fantasmas lo acompañan constantemente en su día a día. Nota esa presencia extraña tras su espalda, esa sensación de no estar solo en la habitación, aunque no haya nadie más. Cada día que pasa le cuesta más seguir adelante, le dicen los médicos que desvaría mucho y confunde la realidad con lo que no lo es. Puede que dentro de poco no se reconozca al mirarse al espejo.

Encerrado donde está, a veces piensa que quizás todo sea producto de su imaginación y nada haya sucedido, que todos ellos solamente están en su cerebro, pero no es así, sabe que es cierto, que todo es real.

“Vendrán, y nos matarán a todos. No va a quedar nadie, nadie, nadie. ¡Ojalá hubiera una catástrofe que nos aniquilara, todo sería más fácil y rápido! Estoy atrapado en un cerebro que ya no es el mío, en un cuerpo inalterable al tiempo. Quiero morirme, no quiero ver el final que nos espera.

No me creen, esos jodidos médicos me han encerrado y no me dejan salir. Tengo que convencerlos de que estoy mejor y que no soy un riesgo para nadie ni siquiera para mí mismo y poder salir de aquí.”

## ¿LA FELICIDAD? (Título!!!!)

Un cielo azul y limpio contrastaba con el verde de la hierba y las flores de infinidad de colores que reposaban sobre ella. Al fondo una casa aislada esperaba a Daniel. Era grande y un largo pasillo lleno de estatuas le daban la bienvenida mientras pasaba delante de ellas. La sensación de caminar por allí era similar a la de estar en un museo al aire libre.

Sintió mucha paz, la sorpresa y el abatimiento del primer momento dieron paso a un estado de felicidad imposible de describir. Si alguien le hubiera preguntado que era la felicidad, respondería sin ninguna duda que ese momento. Todos sus miedos desaparecieron, la tristeza y la añoranza que sentía desde la pérdida de sus padres dejaron paso a una sensación de tranquilidad cuando un susurro en el oído le devolvió sus voces.

Mientras se acercaba a la casa vio a la chica del tren que salía y se sentaba en el balancín que había en el porche. Vestía igual que siempre y no entendió que a lo largo de los trayectos que habían hecho juntos nadie, ni él mismo, se hubieran extrañado, porque un vestido así tenía que haber llamado la atención por ser de otra época. Allí estaba ella esperando a que llegara, y él sólo deseaba abrazarla y besarla. No le importaba dónde estaba, ni en qué momento, podía respirar hondo sin ahogarse por primera vez desde hacía tiempo. Su sonrisa lo iluminaba todo y su pelo oscuro contrastaba con su piel blanca. La abrazó, y al hacerlo fue como si la conociera de toda la vida, sintió ganas de llorar de alegría y por fin su mente y su cuerpo descansaron. No quería nada más, sólo deseaba que ese momento fuera eterno.

—Cristel— Daniel pronunció su nombre sin saber cómo.

Allí, en ese lugar y en ese momento empezó a perder su futuro y se inició el largo camino que lo llevaría a la situación en que se encuentra ahora. Cómo podía imaginar que la felicidad que sentía acabaría convirtiéndose en angustia y miedo. Eso es lo que siente ahora, despierto siente miedo, los pocos ratos que duerme las pesadillas lo aterrorizan. No hay medicamento alguno que pueda curar el miedo, lo lleva dentro, circula por sus venas y cuando llega al corazón estalla, lo ahoga y su cerebro se bloquea. El miedo es frío, lo paraliza y huele a desesperación y muerte.

Sabe que lo vigila, lo controla, no puede verla, pero la siente, quiere morir y descansar para siempre, pero hasta duda que la muerte pueda separarlo definitivamente de ella.

Entró en la casa cogido de su mano, dejándose llevar por ella que le enseñó todos los rincones. Estaba tan hipnotizado que no le dio importancia a que nadie más viviera allí, ni siquiera un servicio que mantuviera todo aquello en unas condiciones tan perfectas. Tras el largo recorrido se sentaron en un sofá que había en la enorme biblioteca, todas las paredes estaban forradas de estanterías llenas de libros, días después descubrió que había manuscritos de épocas muy antiguas y no hizo caso, pero con el paso de los días ese y otros pequeños detalles lo hicieron poco a poco ir saliendo del estado en el que se encontraba y pasar del cielo al infierno.

Se estiró apoyando la cabeza sobre sus piernas, ella lo acariciaba con sus manos mientras su olor lo envolvía.

—Conmigo no debes tener miedo, ni preocuparte de nada.

—Estoy muy cansado— susurró sin apenas fuerza.

—Descansa mi vida, descansa. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Daniel se durmió mientras ella le susurraba una canción cuya letra no entendía y tras muchos meses por fin no tuvo pesadillas.

Al despertar un succulento banquete lo estaba esperando, una cantidad indecente de comida

sobre una mesa excelentemente preparada y una anfitriona deseosa de empezar su trabajo. Comió como nunca lo había hecho, disfrutó de su compañía, de sus historias y así pasó un día que parecía no tener fin. Llegada la noche lo llevó a su habitación y allí sucedió lo que ni en el mejor de sus sueños podía imaginar. Se volvió loco, hizo que sintieran tal placer que sólo quería más y más.

La desnudó lentamente, su piel blanca y suave lo hizo estremecer como nunca lo habían hecho. Acarició y besó todo su cuerpo y ella hizo lo mismo con él. Estaba como drogado, nunca era suficiente y a Cristel parecía no importarle sino todo lo contrario. Se abrazaban, se besaban, recorrían todos los rincones de sus cuerpos buscando sensaciones indescriptibles. Era el sexo perfecto con la pareja perfecta.

A la mañana siguiente se sentía como nunca, sólo deseaba más y más, pero ella no estaba a su lado. Se quedó un rato estirado en la enorme cama cuyas sábanas caían por los lados como únicos testigos de lo sucedido. La puerta estaba entreabierta y no se oía nada, la idea de que aquella enorme casa seguía desierta lo alegraba. No quería que nadie los interrumpiera, eran ellos dos, el resto del mundo no existía.

En aquellos momentos no se hizo preguntas, vivía en un sueño y pensaba disfrutarlo. No le preocupaba cómo había llegado hasta allí, quién era ella, no tenía ninguna duda respecto a nada, se sentía bien y eso era más que suficiente.

Perdió la noción del tiempo, los días pasaban y cada vez lo tenía más absorbido. Físicamente podía resistir lo que le propusiera en aquellas largas noches de sexo en las que se volvían locos, pero en su cabeza las preguntas empezaban a aparecer de forma exigente y sentía necesidad de ver a otra gente. Hablar, necesitaba hablar con alguien más. Cristel muy inteligentemente respondía a todos los temas y durante unos minutos lo convencía, pero luego las dudas lo volvían a invadir.

—¿Quién eres realmente?

—Soy quien te hace feliz— le contestó. No tienes suficiente con eso.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué? — y esa pregunta le produjo miedo porque mientras la pronunciaba sus ojos estaban vacíos.

—Nada.

—¡Acaba lo que ibas a decir! ¿Qué problema hay? ¡Estás conmigo, follas como un loco! ¡Y no has de preocuparte de nada! ¿Qué más quieres, dime qué más quieres? ¡Porque cualquiera en tu lugar se despreocuparía de todo y disfrutaría de lo que tiene!

Estaba atrapado. Planeaba intentar salir de allí, pero si lo hacía no sabía hacia donde dirigirse. Desde el jardín no se veía nada alrededor y por otro lado una fuerza lo arrastraba hacia ella sin que pudiera hacer nada. Empezó a notar cosas extrañas en su físico, la barba y el pelo apenas le crecían y las uñas tampoco, el tiempo se estaba parando para él. Descubrió que no había sol en la luz del día ni luna durante la noche. El tiempo y el espacio en el que se movía no era el suyo y el sueño empezó a volverse pesadilla. Su mirada vacía empezó a darle miedo, pero aun así tardó en no desearla y sus instintos más básicos se imponían a la razón, era como un animal irracional que solo quería satisfacer sus necesidades físicas.

Los días pasaron y con ellos su debilidad aumentaba, recordó a Eduardo y todo lo que le explicó. Le había hablado de brujas y de muertos que no lo estaban y así era como se sentía. Estaba encerrado en aquella inmensa casa que cada minuto sentía más pequeña produciéndole claustrofobia y si salía al exterior el inmenso cielo azul que tanto admiró los primeros días caía como una losa sobre él. No podía continuar así, no soportaba verse siempre en el mismo estado, decidió hablar con ella y pedirle ayuda.

—No.

—¿Por qué no? ¿Por qué me tienes aquí encerrado y no me das ninguna explicación de cómo llegué? — le suplicó.

—Todas estas preguntas deberías haberlas hecho al principio, pero entonces no te importó. Todo te estaba bien, más que bien. Y ¿ahora?

—¡Mírame! Necesito relacionarme con más gente, soy una persona, no puedes aislarme de todo y de todos. ¿Y qué me está pasando? Mi pelo no crece, ni mi barba— le dijo llorando.

—No estás preparado para saber que te sucede.

—¡¡¡Joder!!! ¡¡Dime que me pasa!!!

Lo miró con aquellos ojos que hasta no hacía mucho estaban llenos de vida y ahora no expresaban nada. Permaneció arrodillado delante de ella rogándole que lo ayudara, pero no había respuesta, no conseguía arrancarle ni una palabra, ni un gesto, nada. Estaba allí como una estatua de mármol, fría como el hielo. Se fue y lo dejó tirado en el suelo abrazado a sí mismo y aterrorizado.

## ENCIERRO

Eduardo llenaba su tiempo recorriendo la ciudad de un lado a otro sin descanso, durante el día se sentaba a mirar el mar y así pasaba las horas y durante la noche buscaba un lugar discreto. Algunos días se acercaba a la que había sido su casa y observaba de lejos para no ser visto. La nota que su mujer encontró en el estudio no dejaba lugar a dudas, se había ido por su propia voluntad y ella y sus hijas intentaban regresar con dificultad y desánimo a su vida normal.

Sus sentimientos respecto a Emma pasaron por un proceso que fue del odio al deseo de volver a estar a su lado. No le importaba lo que había perdido ni que nada volviera a ser lo mismo, su vida pasada ya no existía, él mismo había puesto fin a ella en su despedida por escrito. Ahora lo único que deseaba era encontrarla de nuevo, a pesar de todo lo que le había quitado aún seguía deseándola.

No muy lejos de Eduardo, Daniel permanece encerrado en observación.

Se oye el ruido de la cerradura de la puerta, alguien entra a verlo y el pequeño espacio de la habitación aún se reduce más y el aire se hace irrespirable.

—¿Cómo estamos hoy?

No contesta, no le da la gana contestar, el silencio es su mejor aliado.

—¿No nos va a decir cómo se encuentra?

—No.

—Así no vamos a ningún sitio, nuestro trabajo es ayudarle, pero si no pone de su parte no podemos hacerlo.

“No me gusta que me hablen en ese tono paternal, condescendiente, se creen dioses y no son nada, son menos que nada, son mierda, basura.”

—El tratamiento que le damos no funciona, sigue viviendo encerrado en un mundo de fantasía.

—No es una fantasía— “debería haberme callado”, piensa.

—Insiste en todas sus afirmaciones de los días anteriores.

“No quiero contestar.”

—Díganos alguna cosa, por favor.

—Volverá— “¿por qué no me callo de una puta vez?”

—¿Quién volverá?

—Ella y os vaciará a todos, igual que hizo conmigo.

—¿Qué es estar vacío? Explíquese mejor, su actitud hacia nosotros no ayuda en nada.

—Míreme a los ojos ¿qué ve? ¿Realmente cree que soy una persona, un ser vivo?

Hablan entre ellos y lo miran fijamente, pero son incapaces de darse cuenta de los detalles de su físico. El que Daniel supone que es el director del centro se le dirige con su impecable vocabulario. Lo bueno que tiene que se crean que uno está loco es que puede decir lo que le dé la gana sin miedo a represalias ¿qué más podrían hacerle?

— Vuelva a explicarme su “descenso a los infiernos” como usted lo llama.

— ¡A la mierda!

— Relájese o me verá obligado a dar orden para que le suministren un tranquilizante.

— ¡A la mierda! – insiste mientras se abraza y balancea sobre sí mismo.

—¡Ya está bien! Son muchos días intentando hablar con usted y no responde a ningún tratamiento....

— Oscuridad— dice interrumpiendo bruscamente.

El médico lo mira sorprendido y él sigue con su balanceo, adelante, atrás, adelante, atrás,

mientras susurra una canción. Continúan observándolo como si fuera un bicho en un microscopio.

— Hasta ahora siempre había hablado de mucha luz.

“Odio a los médicos, los odio y me dan miedo”.

Su cabeza regresa al momento en el que intentó huir, el paraíso en el que vivía cambió, no había cielo que ver, ni paisajes bonitos ni una casa de ensueño, todo aquello había desaparecido. Sólo existía la oscuridad y una voz que constantemente le recordaba que esa iba a ser su existencia a partir de ese momento. La voz que no hacía mucho le susurraba al oído que lo deseaba ahora lo condenaba a la oscuridad eterna. No tenía hambre, sed o sueño. Estaba allí sentado en un suelo que no podía ver y agarrado a sus rodillas intentaba llorar, pero las lágrimas no salían de sus ojos, pedía que alguien lo ayudara, pero estaba solo, completamente solo. El paso del tiempo se hizo eterno y perdió la noción de los días transcurridos.

En algún momento le pareció oír una voz diferente que discutía con Cristel, pero durante el tiempo que había estado allí no había visto a nadie, eso lo desconcertó y pensó que se estaba volviendo loco del todo, pero cuando escuchó su nombre un escalofrío recorrió su cuerpo. Oyéndolas hablar entendió que Eduardo tenía razón en todo lo que le había contado y fue consciente de que no había salida. Si no conseguía escapar estaría allí atrapado para siempre y si por un milagro lo lograba no tenía ningún lugar a donde ir. Gritó y gritó hasta quedarse sin voz mientras un llanto seco y feroz lo consumía por dentro mientras ellas continuaban discutiendo. Cristel acusaba a Emma de ser débil, de haberse saltado todas las normas y lo peor de todo era que se había vuelto a enamorar de un humano. Los humanos no eran más que alimento, contra más cayeran en sus manos más fuertes se hacían. No se podían permitir mezclarse con ellos, eso las debilitaría y las haría vulnerables.

— Sólo si nos mantenemos al margen de ellos seremos más fuertes.

— No sé cómo ha vuelto a suceder— contestó Emma.

—¿Cómo puedes decir eso? — gritaba Cristel indignada. ¡Lo has seguido desde que no era más que un niño, llegaste a meterte en sus sueños! Y tienes el valor de decirme que no sabes cómo ha sucedido. ¡Tú, que se supone que eres la más fuerte de todas, nuestra guía, nuestro ejemplo a seguir, la que hace siglos pidió venganza! Has roto la norma principal y para mí eso es como si las hubieras roto todas, no mereces ni mi respeto ni mi admiración. Para mí no eres nadie, menos que nadie. Me encargaré de que el resto se entere.

— No serás capaz.

—¿Qué no seré capaz? Guiaré a las demás para que sepan lo que han de hacer y si para eso he de hacer que desaparezcas, no dudes que lo haré. Eres débil, eres tan débil como ellos.

—Te he enseñado todo lo que sabes, no puedes estar pensando en traicionarme.

—¡Tú eres la traidora! ¡Nunca me has enseñado nada, yo te observaba a escondidas y aprendía, sobre todo de tus errores para no repetirlos! Lo primero que he de hacer es eliminar a Eduardo...

—¡Eduardo es mío!

—¿Tuyo? ¿Desde cuándo un deshecho humano nos pertenece a alguna? Puedo hacer con él lo que me dé la gana, haré que su existencia actual le parezca el paraíso. ¡Odiará haber nacido, te odiará a ti y caerá a mis pies suplicando mi ayuda y cuando lo haga lo destrozaré! ¡Nunca habrás visto nada igual, nunca se verá nada igual! ¡Y después de acabar con él y que tú lo hayas presenciado acabaré contigo!

—¡No lo harás, no puedes hacerlo! ¡Nuestro padre confía en mí!

—¡Ya no! Él y los otros Dexius no entienden tu comportamiento. ¡¿Enamorarte de uno de ellos otra vez?! No puedes seguir a nuestro lado, ya has escogido y te has quedado en el lado de los perdedores.

Daniel consigue volver a concentrarse en lo que el médico le dice, pero le cuesta hacerlo, su mente parece tener vida propia e ignora su voluntad.

—¿No ve que así no podemos ayudarlo? Ese silencio no nos lleva a ninguna parte. Le daré un somnífero para que descanse.

No quiere dormir, pero no puede hacer nada para que no le pongan esa maldita inyección. No se va a oponer, que hagan lo que quieran, nota un ligero pinchazo y la habitación blanca en la que está desaparece. Ahora todo es oscuro, una luz blanca a lo lejos y una suave voz lo hacen caminar en esa dirección. Allí ve a Emma con su traje blanco y su incomparable sonrisa. Se acerca a ella, se dan las manos y entrelazan los dedos.

—Tienes que ayudarme— le suplica.

— No soy nadie para ayudarte.

—Debes avisar a Eduardo, eres nuestra única esperanza. Sin tu ayuda estamos perdidos.

Desaparece sin decirle nada más y sigue durmiendo, sueña con sus padres, regresa a su infancia y es feliz.

No quiere despertar, pero despierta. De nuevo la habitación blanca, los barrotes de la ventana. “Tengo que salir de aquí, encontrar a Eduardo...otra vez oigo esa respiración que no es la mía. ¡¿Eres tú, que quieres más de mí?! ¡Sal de mi cabeza, déjame, déjame! ¡No quiero tenerte dentro! ¡Háblame, dime algo! Acaba conmigo si es lo que quieres, pero esto no ¡por favor, esto no! No me hagas ver las cosas horribles que haces.”

Daniel susurra la canción que su madre le cantaba de pequeño: “estrellita de San Juan brilla, brilla sin parar, estrellita de San Juan brilla, brilla sin parar...”, piensa que así Cristel desaparecerá, pero no es así.

Se sienta en un rincón de la habitación y cierra los ojos con todas sus fuerzas, oye voces pidiendo socorro, suplicando que no les hagan daño y aunque no quiere verlo lo ve todo hasta el último detalle. Niños abrazados a sus madres llorando por el pánico que sienten al ver morir a sus hermanos, y ve a Cristel diciendo a las madres que parará cuando ellas dejen de llorar.

De repente, tan deprisa como todo ha empezado, termina. Daniel está agotado y sorprendido de sí mismo por no haber perdido la poca cordura que le queda después de haber visto lo que le ha obligado a ver.

Pasan unos minutos y ya no la siente dentro, se estira en la cama e intenta descansar mientras recuerda la multitud de noticias que tratan la desaparición de personas. ¿Cuántas pueden llegar a publicarse en solo un año? Personas que aparentemente sin problemas desaparecen de la noche a la mañana sin dejar rastro. Él está allí encerrado y Eduardo pasea perdido por la ciudad y no llama la atención de nadie. ¿Por qué? ¿Están ellas detrás de todo o no tienen nada que ver? Un temblor producido por el miedo vuelve a apoderarse de su cuerpo maltrecho.

*“Es como si el personaje se hubiera apoderado de él. Las voces, el nombre de esa mujer”, piensa mientras sin darse cuenta tira el trozo de bocadillo que ha sido incapaz de comerse. Tiene el estómago cerrado y las manos le tiemblan. “Ojalá no le hubiera animado a que siguiera con sus historias llenas de fantasía, tenía que haberle dejado que intentara escribir algo nuevo, que era lo que quería”. De un fuerte golpe tira al suelo todo lo que hay sobre la mesa, está rabiosa, nunca se había sentido así, ni cuando le diagnosticaron el cáncer a su marido. Entonces se enfadó, se rebeló, pero sacó fuerzas para intentarlo todo, vio como perdió peso, como dejó de comer, no necesitaba médicos que le dijeran cuál sería el final, pero esto es insoportable. Ver a su hijo que no la reconoce, que sólo pronuncia ese nombre de mujer y no poder ni acercarse a él porque la aparta y la trata con violencia. Grita y llora con fuerza mientras se sujeta la cabeza fuertemente con las manos, siente que le va a explotar.*

*Sube a la habitación que tiene preparada para ella desde el primer día, sabe que necesita descansar, esperará un poco más por si llama el médico y después pondrá el móvil en silencio. Saca una pastilla para dormir, ha de desconectar del mundo y desaparecer.*

*Sueña con las vacaciones que pasaban al lado del mar, su hijo con solo ocho años construía enormes castillos que después destrozaba subiéndose en ellos, “¡¡¡soy Godzilla!!!”, gritaba. El reposo dura poco, el sonido del teléfono que no ha tenido tiempo de silenciar la despierta.*

*—Hola doctor, disculpe. Me he quedado dormida.*

*—Hace bien, debe cuidarse, todo esto va a ser muy duro y debe ser fuerte. No dude en tomar la medicación que le di.*

*—Lo hago, por eso me he dormido tan rápido, creo que sin esas pastillas sería incapaz de conciliar el sueño. Quería comentarle que me he trasladado a casa de mi hijo, estoy leyendo el libro que estaba escribiendo y me gustaría comentárselo además de otras cosas que he notado en la casa.*

*—De acuerdo, le parece bien pasarse mañana sobre las cuatro por mi consulta. Antes de que empiece las visitas, así estaremos más tranquilos y cualquier cosa que nos sea de ayuda será bienvenida.*

*—Muy bien, allí estaré. Hasta mañana.*

*En pocos segundos vuelve a caer en un profundo sueño, de nuevo está en la playa con su hijo pequeño, en el mar bañándose distingue a su marido, más joven y fuerte de lo que en realidad estaba en esa época. Su imagen es la misma que cuando lo conoció, alto, los músculos marcados como buen nadador que había sido siempre. Se ve a sí misma en el sueño, ya anciana y consciente de la enfermedad que lo minará convirtiéndolo en una sombra. Una mujer rubia vestida de blanco pasea por la orilla, su hijo se le acerca y ella le dedica una inocente y amable sonrisa. Se aleja y desaparece, Eduardo regresa a su lado y sigue jugando. Alejandra intenta hablar con él, pero no la escucha, tampoco consigue que la mire. El sol desaparece tapado por unos negros nubarrones, el mar se confunde con el cielo, su marido sale del agua convertido en un saco de huesos, totalmente calvo y pidiendo ayuda, ella se ve de nuevo a sí misma y esta vez no es más que una niña que quiere huir asustada, pero sus piernas no responden.*

*Alguien le acaricia suavemente la cara y la despierta, abre los ojos y la habitación está totalmente oscura, sólo una luz azul fluorescente flota en el aire mientras una voz le susurra palabras incomprensibles al oído.*

*Grita.*

## 4

*Se despierta más cansada de lo que se fue a dormir, un sueño extraño la ha acompañado toda la noche. Se sorprende al verse en pijama y no recuerda haberse levantado para cambiarse de ropa, sólo que se quedó dormida sin más.*

*Quiere aprovechar la mañana para seguir leyendo, a las cuatro tiene que estar en la consulta del médico. Cuando se dirige a la cocina para prepararse el desayuno un suave susurro pronuncia su nombre, el mismo que la noche anterior acompañaba a la luz que bailaba por la habitación. Lo ignora, los nervios hacen que oiga y vea cosas y las pastillas para dormir deben tener efectos secundarios.*

*Coge leche de la nevera, prepara café, unos cereales... los cereales de Eduardo que ella nunca ha probado, pero que hoy le apetecen como si fueran un manjar exquisito.*

*Desayuna rápido, tiene prisa por sentarse delante del ordenador y seguir leyendo, lo enciende y empieza de nuevo. La historia no le gusta y le produce malestar, pero debe llegar hasta el final por si hay alguna cosa que la pueda ayudar.*

## DESESPERACIÓN

La discusión terminó, durante lo que le parecieron unos breves minutos no oyó nada, pero ese silencio dio paso a lo que parecía alguien llorando. Dedujo que sería Emma, tenía claro que Cristel era incapaz de dejar caer ni una sola lágrima. Gritó su nombre varias veces, pero no hubo respuesta.

Estaba perdido en un lugar que no era su mundo y no tenía salida alguna, sólo le quedaba resignarse y esperar a que algo nuevo sucediera. Tampoco sabía si alguna vez conseguía regresar en qué momento lo haría ni que se encontraría al llegar, pero eso es un tema que paso de preocuparle poco a nada en absoluto. Llegó a una situación en la que no sentía nada y entró en un estado casi catatónico en el que la mayor parte de las horas las pasaba adormilado. No oía ruidos de ningún tipo, sólo había silencio, y llegado a ese punto se rindió. Ya nada le importaba, sólo recordaba las palabras de Eduardo, quizás la muerte era eso y no había nada más. Puede que aquel día en que subió al tren hubiese tenido un accidente y muriera. El vacío absoluto lo envolvía, apenas sentía las piernas, esa fue la primera parte del cuerpo en que perdió la sensibilidad y esa pérdida fue subiendo lentamente hasta llegar a la cabeza. No sabía si respiraba o no, sólo podía pensar y siendo su cerebro la única parte que parecía estar viva se creó un mundo de recuerdos en el que permanecer. Hizo una película de su vida, desde sus primeras imágenes hasta la llegada al infierno en el que estaba, y cada vez que esos recuerdos pasaban por su mente añadía alguna cosa más y así llegó a redescubrir cosas olvidadas. Se aferró a su infancia y a sus padres, esperando que alguien viniera a recoger lo que quedaba de él.

Daniel era sus pensamientos, sus recuerdos, su mente, su cuerpo era inexistente para él.

La única diferencia entre aquella época y la que está viviendo ahora es que ha pasado de un espacio negro y sin luz a una habitación blanca e iluminada por el sol, pero su existencia sigue siendo un infierno, nadie cree su historia y cómo consiguió escapar de aquel agujero negro. Cuando Eduardo fue al bar e intentó avisarlo de lo que podía suceder pensó que desvariaba, pero, aunque le hubiera hecho caso, probablemente estaría en la misma situación porque si quieren atrapar a alguien lo consiguen.

Vienen a buscarlo para ir a la ducha, le da miedo mirarse en el espejo ya que no se reconoce y eso en el mejor de los casos. Hay días que ve como su rostro se funde delante de él y no queda más que una calavera sangrienta que lo observa con los ojos a punto de descolgarse de sus cuencas. Sus manos no son más que huesos decrepitos que se caen a trozos. Nadie lo mira, nadie lo ve y caminando se dirige a las duchas articulando las partes del esqueleto en el que se ha convertido.

Si no tuviera cuerpo, si consiguiera quemarlo ¿se libraría de tanto sufrimiento?

El agua cae, la siente fría, lo obliga a enjabonarse. No ven que no hay nada que lavar, no quedan más que los restos de la persona que fue.

Arrastrando los pies regresa a la habitación y susurra su canción, “estrellita de San Juan, brilla, brilla sin parar”. La voz de su madre se une a la suya, “estrellita de San Juan, brilla, brilla sin parar”. La ve al otro lado de la habitación, bajo la ventana, se ha convertido en un ángel que viene a salvarlo, “estrellita de San Juan, brilla, brilla, sin parar”.

—¡Mamá, ayúdame! — le suplica.

—Estrellita de San Juan, brilla, brilla, sin parar. Ven conmigo— le dice su madre mientras tiende sus manos. Cuando se acerca a ella su dulce sonrisa se convierte en una mueca de horror, y su bello rostro se funde dando paso a un ser horrible y descompuesto que se ríe de él.

Finalmente, la angustiada llamada de Daniel fue atendida. Emma consiguió rescatarlo, incluso estando débil continuaba siendo más poderosa que Cristel.

La oscuridad en la que estaba se rompió por el halo de luz que la envolvía, su vestido blanco y su pelo iluminaban aquel agujero como si el sol hubiera entrado. La reconoció enseguida y en sus ojos vio que no iba a hacerle daño, su presencia era lo más parecido a un ángel.

## *SUS PADRES*

Los días en aquella casa sentía tan cerca a sus padres que tenía la sensación de que iba a abrir una de las enormes habitaciones y encontrarse con ellos. Recordaba sus caras sonrientes y llenas de felicidad, los buenos recuerdos regresaron. Ya nada quedaba de las imágenes que tuvo que ver cuando fue a reconocerlos. Su padre estaba bastante desfigurado, pero fue fácil saber quién era, del rostro de su madre no quedaba nada parecido a lo que había sido su cara, ella se llevó la peor parte del accidente. ¿Dónde estaba la persona que le despertaba de niño con sus risas y sus canciones? No le quedaba nada, no le quedaba ni sus caras que se habían convertido en horrendas máscaras de carne y hueso. Esa es la imagen que durante meses lo acompañó hasta que llegó a aquel lugar, pero desde que lo tienen encerrado ha vuelto a aparecer y con ese recuerdo presente la angustia aún es mayor.

Creen que está loco y quizás estén en lo cierto, todo lo que le ha sucedido en los últimos meses podría volver loca a la persona más cuerda. La soledad aplastante que trae la muerte lo devora por dentro y el silencio de sus voces apagadas para siempre resuena como un martillo en sus oídos. Ya nunca saldrá su nombre de sus labios, ni volverá a ver sus rostros. El tacto de sus manos ahora es frío como el hielo y nunca más lo acariciarán. ¿Qué es la muerte para el que se queda? Para Daniel es el vacío interminable cada vez más grande con el que debe acostumbrarse a vivir.

El sonido del móvil lo despertó, al principio pensó que estaba soñando, pero el teléfono no paraba de sonar una y otra vez. En la pantalla un número desconocido esperaba a ser contestado. Miró la hora, las tres de la madrugada, ¿quién demonios llama? Pensó.

— ¿Dígame?

El teléfono cayó sobre el suelo. Intentó moverse, pero no podía, su cuerpo no le respondía y su cabeza daba vueltas. Un extraño e incontrolable temblor se apoderó de sus brazos y piernas. En su cabeza la noticia lo consumía por segundos. Varias veces intentó levantarse de la cama y otras tantas volvió a caer sobre ella, no tenía fuerzas, la habitación giraba sobre sí mismo cada vez más rápido y notaba que le faltaba el aire. El temblor de los brazos dio paso a una dolorosa y fría rigidez, la habitación se congeló. Todos sus huesos y músculos se habían oxidado, no los podía mover, desde la mandíbula que se negaba a ser articulada para expresar su desesperación hasta sus pies que no obedecían la orden de moverse. Los pulmones le fallaban, inspiraba y espiraba y era como si el oxígeno no entrara ni saliera de su cuerpo.

Así permaneció durante varios minutos que se le hicieron una eternidad, cuando consiguió reaccionar cogió el coche y fue al hospital.

La sala de urgencias estaba llena, los rostros de aquellas personas se le aparecían difuminados y las voces eran ecos que resonaban en la lejanía.

Preguntó en información y le indicaron.

Dos camillas con dos sábanas cubriendo dos cuerpos inertes.

La voz de un médico dando todo tipo de explicaciones.

La sangre de su corazón bombeando cada vez más rápido y más fuerte.

Las sienas a punto de reventar.

—Debe reconocer los cuerpos— le dice una voz que siente lejana.

Dos sábanas que se apartan.

Dos vidas que han desaparecido para siempre perdidas en dos cuerpos irreconocibles y macabros.

Los oídos le zumban.

Un calor insoportable le sube a la cabeza.

Su boca se llena de vómito.

Cae al suelo y al despertar y ver las batas blancas es consciente de que todo es real.

Ahora esas mismas batas blancas lo tienen prisionero.

*Un fuerte ruido hace que Alejandra salte de la silla e interrumpa la lectura.*

*Nada ha caído al suelo para provocar tal estruendo y todas las ventanas y puertas de la casa están cerradas, pero aun así una corriente de aire la hace sentirse incómoda. Nerviosa va al lavabo, se lava la cara y se mira detenidamente al espejo. A pesar del agotamiento de los últimos días no tiene ojeras, si no fuera porque es imposible diría que está más joven.*

*Son solo las diez de la mañana, las agujas del reloj avanzan con una lentitud desesperante y parece que no va a llegar nunca la hora de ir a la consulta del médico.*

*Da una vez más una vuelta por toda la casa, vuelve a comprobar que todo está cerrado y regresa al estudio para continuar leyendo.*

## *JUAN Y EMMA*

—¿Me recuerdas, Juan? — preguntó Emma mientras se sentaba en la barra del bar.

Juan la miraba sin poder decir una palabra, aquella mujer lo desconcertaba y le daba miedo. Su visión le traía imágenes al cerebro que no lograba descifrar. Podía ver a su abuela en el viejo patio hablando con ella, pero no recordaba haber vivido aquella situación.

—Es la acompañante de un cliente, la he visto bastante por aquí en los últimos meses. ¿Quiere tomar algo? —dijo sin mirarla a los ojos.

—No quiero nada, sólo hablar contigo. Te lo repetiré una vez más ¿me recuerdas, Juan?

Empezaba a faltarle la respiración y oía el grito ahogado de su abuela mientras caía. La gente a su alrededor, los murmullos y él regresando del colegio.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Saber por qué eras tan especial para ella.

—¿Quién es ella? —preguntó con la voz temblorosa.

—Los dos sabemos quién, tu abuela. Un ser especial, diferente y muy peligroso para mí. Te protegió hasta el final, te quería mucho, hay que querer mucho a alguien para llegar a sacrificarse. ¿Recuerdas todo lo que sucedió?

—No recuerdo nada— le contestó dándole la espalda, no podía mirarla.

—El final sí que lo recuerdas ¿verdad?

—Sí, sólo el final. Recuerdo ese final cada día y lo recordaré mientras viva. ¿Quién coño eres, y qué quieres de mí? ¿Cómo sabes qué recuerdo y qué no?

—Ahora no importa lo que sucedió hace años, lo importante es que necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Crees que voy a ayudarte? Seguro que también estás detrás de su muerte. ¿Qué eres?

—Eso no importa, ya te he dicho que el pasado es historia, ahora debemos preocuparnos por lo que pueda suceder en los próximos días y necesito tu ayuda.

Juan salió enfurecido de detrás de la barra dispuesto a enfrentarse a ella, el miedo que sintió al verla se había transformado en rabia y odio. Veía su cara y veía el cuerpo de su abuela tendido en el suelo con el rostro desfigurado. Emma puso su mano firme entre los dos y él se detuvo sin poder evitarlo, miró sus ojos y el terror lo invadió.

—Quieras o no vas a escuchar mi historia, y quieras o no vas a ayudarme. Te necesito y al final tú me necesitarás a mí para poder descansar.

## UNA EXTRAÑA VISITA

Una enfermera entra en la pequeña habitación y lo avisa de que tiene una visita, Daniel se extraña cuando ve entrar a su jefe y en un primer momento le cuesta reconocerlo. Aquel hombre al que apenas recuerda se sienta a su lado y lo abraza.

—¿Qué te ha pasado? Cuando me lo dijeron no me lo podía creer, de repente desapareciste, nadie sabía nada de ti. Llamaron de la universidad, parece ser que habías dado el número del bar. ¿Qué te han hecho, Dios mío, ¿qué te han hecho? —solloza mientras lo sigue abrazando.

Daniel no reacciona, no recuerda tener una relación afectuosa con él y tampoco está seguro de si todo aquello es un montaje o ha olvidado aquella parte de su vida.

El gran e importante médico entra con su bata blanca, las manos en los bolsillos mostrando sólo los pulgares y su mirada de sabelotodo en los ojos.

—Ya ve en que estado se encuentra. No reacciona a ningún tipo de terapia ni de medicamentos.

— ¿Qué es lo que tiene?

— Al principio pensamos que estaba en estado de shock, hablaba sobre el fin del mundo y desvariaba, decía frases sin sentido, pero ahora continúa igual, el discurso es el mismo y se reafirma constantemente en lo que dice. Asegura oír voces y ver cosas, pero lo que más nos preocupa es que no lo conseguimos controlar. No responde a ninguna medicación.

—No lo entiendo, ¿me está diciendo que está loco y que lo están medicando y no reacciona?

—No me gusta la palabra loco, las personas que aquí atendemos son enfermos.

—Enfermo o loco, mire el estado en el que se encuentra.

—Vive encerrado en un mundo que ha creado, bastante horrible por cierto y del que no conseguimos sacarlo. Le hicimos pruebas para comprobar que no tenía restos de alguna droga en su cuerpo, pero estaba limpio. Todo lo que le ocurre está en su cabeza y no hay forma de controlarlo. Lo he comentado con especialistas de otros centros, pero nos sentimos impotentes por no poder descubrir el problema.

—No puedo entender lo que está sucediendo. Ninguno de ustedes sabe que le sucede, lo medican sin más.

—No exactamente, seguimos el tratamiento de una esquizofrenia y no responde. Los síntomas son claros, pero ya le he dicho que la medicación no hace efecto alguno.

Aquel hombre lo mira con aquellos ojos tristes que lo desconciertan pues no recuerda ningún vínculo especial con él. Sabe que es el encargado del bar, pero no entiende que pueda sentirse tan afectado por lo que le está sucediendo. Sin mover ni un solo músculo de su cuerpo a excepción de los ojos que van de un hombre a otro, escucha con atención lo que hablan. El médico no es más que un ignorante, cómo puede pensar que la medicación va a funcionar en su cuerpo maltrecho, acaso no se dan cuenta de su situación.

— ¿Recuerda algún comportamiento extraño durante el tiempo que trabajó con usted?

—Ninguno, un comportamiento correcto y normal en todo momento.

—Lo dejamos unos minutos con él, esté atento a cualquier cosa que diga o haga. El detalle más pequeño puede sernos de gran ayuda.

—Lo tendré en cuenta.

Se quedan solos, sentados el uno frente al otro no se dicen nada. Intenta recordar y en su cabeza no hay ninguna pista que lo ayude a aclarar qué relación había entre ellos dos.

—Apenas te recuerdo ¿éramos amigos? — le pregunta.

—Sí. Te ayudé a salir adelante, te di un trabajo y ayuda para buscar un sitio donde dormir.

Dime que te ha pasado, ¿qué te han hecho?

—Ya te lo habrán contado ellos, no vale la pena repetirlo, pero nada es producto de mi imaginación. Todo es real, aunque nadie me crea he vivido todo lo que he explicado.

—Yo te creo.

—¿Qué me crees? ¿Me tomas el pelo? ¿Te han enviado para que me convenzas de alguna cosa, de que estoy loco? ¡Me das la razón porque crees que estoy loco! —se altera mucho, le gustaría saber a qué están jugando.

—Tranquilízate, yo no digo que estés loco....

—¡No me digas que me tranquilice, odio que me digan eso! ¡No oigo nada más! Estoy jodido, bien jodido, así que no me digas que me tranquilice. Ese médico hijo de puta te ha mandado para convencerme de que estoy loco, ¿es eso lo que pretendéis?

Se va al otro extremo de la pequeña habitación, quiere mantener la distancia, alejarse dentro del espacio minúsculo en el que están.

—Vino a verme una mujer, no es cierto que me avisaran de la universidad. Me dijo que estabas aquí.

—¿Qué mujer? ¿Emma?

—Sí, yo la recordaba de haberla visto por el bar. Hay mujeres que no se olvidan, aunque he de reconocer que ésta no es mi tipo enseguida me atrajo porque había algo desconcertante en ella.

—Desde luego que lo hay.

—Mira, yo no soy más que el encargado de un bar de copas, nunca en mi vida he aspirado a nada más, ni quiero nada más. No sé qué pasa y sólo pensarlo los pelos se me ponen de punta. Detrás de una barra uno oye de todo, aprendes a vivir con ello, escuchas a los clientes cuando te cuentan sus historias, pero cuando se van, se acaba, ¡adiós! Y llega uno nuevo con su nueva historia y así ha pasado mi vida. Me gusta escucharlos y en casa tengo una libreta donde explico anécdotas, pero no aspiro a ser escritor, y menos aún el héroe de esas historias— mientras habla continúa temblando y lo mira asustado.

Daniel lo escucha atentamente, por fin hay alguien que cree en él.

—Esa mujer me explicó cosas de mí que te aseguro no he contado a nadie, no sé cómo las sabía. Y lo peor son sus ojos... ¡joder! estoy acojonado. ¿Sabes? Mi abuela era un poco bruja, ayudaba a la gente a quitar el mal de ojo y todas esas pamplinas. La gente del pueblo le traía pelo y ella rezaba para que se recuperaran. De niño me explicaba historias para no dormir y yo me lo pasaba bomba porque luego las repetía en el colegio y los niños se asustaban. Para mí siempre había sido eso, historias para no dormir, historias de fantasmas que se cuentan en las largas noches de verano, pero mira, mira como estoy. Tengo este tembleque que no me abandona desde que esa mujer me visitó. Y esos ojos, no sé qué tiene en los ojos, pero no podía dejar de mirarlos, no son de aquí.

—Es mejor que no lo sepas.

—Mi abuela me habló de una mujer días antes de morir y para mí no fue más que otro cuento. Cuando me explicó su historia había empezado a desvariar, se le fue la cabeza de golpe.

El hombre cada vez más nervioso y asustado le cuenta la historia de Emma, Daniel lo escucha atentamente sin sorprenderse de nada.

—Si te oyen te encerrarán aquí conmigo, lo sabes ¿no?

—Pero es la verdad, pensaba que no era más que una historia para dar miedo, pero tú sabes que es cierta.

—Hace mucho que se pasea entre nosotros, si yo estoy así no es porque me haya drogado o esté enfermo. Sé lo que vi.

—Yo sólo te cuento lo que me sucedió de niño, con el paso de los años había quedado olvidado en mi cabeza, pero ahora todo regresa y ella me ha confirmado su historia, pero con más detalle y es horrible. Lo sucedido a ese hombre, Eduardo, es horrible.

—Emma se enamoró de él, al menos eso es lo que me dio a entender.

—Sí, y esa fue su perdición. Ya cuando era un niño sus ojos la perdieron, esos ojos tristes que escondían tanta melancolía la devolvieron al principio de sus tiempos. Controlaba a sus víctimas desde niños, pero a él le dedicó más atención que a otros.

—Era un niño solitario, la noche en que lo conocí una de las cosas que me explicó de su vida era que su madre estaba ingresada en un psiquiátrico.

—Pues ya puedes imaginarte quien la volvió loca o enferma como dicen por aquí.

—Emma

—Era el mismísimo demonio y el sufrimiento se puede provocar de muchas maneras, a Eduardo lo empezó a joder de bien pequeño. Aunque luego se arrepintiese, la muy hija de puta lo dejó sin madre. Hay que ser cabrona, ahora la ves y dices ¡coño! ¿Cómo esta preciosidad ha hecho todo lo que ha hecho? Ahora nos quiere ayudar, pero ¡joder! ¿Sabes a cuantos tipos se habrá follado y habrá dejado tirados por ahí? ¿Y cuántas familias habrá destrozado?

—Creo que tengo una ligera idea.

—Y ahora decide que se arrepiente de todo ¡ja! — mientras habla no deja de caminar por la habitación gesticulado y temblando.

—Pero Cristel no se arrepiente.

—¡Estamos perdidos, no hay salida!

—Tienes que sacarme de aquí, ¡tienes que ayudarme!

—¿Y qué puedo hacer yo? ¿Eh? ¡Cagon la puta! Yo no quiero líos, yo quiero seguir con lo mío.

—Pero no puedes dejarme aquí.

—Pues pon de tu parte, deja de decir gilipolle....

—No son gilipolleces, tú mismo lo sabes.

—¡Claro que lo sé! Pero piensas que te van a dejar salir de aquí si sigues insistiendo en lo que dices. Ellos dicen que estás enfermo pero lo cierto es que creen que estás más loco que una cabra, no saben qué hacer contigo y si no te hacen una lobotomía es porque ahora ya no pueden. Hace años ya te habrían agujereado el cerebro. Y escúchame, escúchame bien, negaré todo lo que te he contado delante de quien sea y no será difícil que me crean. Yo no voy a acabar como tú de eso puedes estar seguro. A mi abuela la tomaron por loca, la gente del pueblo se reía de ella y no lo soportó. Era una de las personas que más he querido y esa hija de puta me la quitó.

—¿Qué sucedió?

—Vivíamos en un pueblo pequeño y mi abuela era la bruja, la que quitaba el mal de ojo, ya te lo he dicho. El día que me explicó la historia de Emma empezó a desvariar, decía que el fin del mundo estaba a punto de llegar, y sin más dejó de reconocermme. ¿Sabes lo duro que fue para mí que, en pocas horas, la persona a la que yo más quería ni siquiera supiera mi nombre? Cada mediodía al salir del colegio pasaba por su casa a verla, pero mucho antes de llegar supe que algo no iba bien, delante de la iglesia un montón de gente se agolpaba sobre algo que yo no alcanzaba a ver. ¿Sabes qué estaban mirando? La miraban a ella, mi abuela estaba tendida en el suelo. Se había tirado desde el campanario.

—Lo siento.

—¡No lo sientas! Y no me pidas que te ayude porque no sé cómo hacerlo, ni tan solo sé cómo ayudarme a mí. No sabes lo que he tenido que luchar para borrar aquella imagen de mi mente y aun así no hay día que pase que no la recuerde. La noche que Eduardo me dijo que yo sabía de qué

hablaba, al principio no caí, pero la visita de esa mujer ha despertado mis recuerdos y son una pesadilla, ¡joder! tengo mucho miedo. ¿Cómo podía saber cosas de mi vida que nadie sabe?

Los dos permanecen callados durante unos minutos que se hacen eternos, saben que no les queda mucho tiempo más hasta que llegue el médico.

— ¡Maldita sea! ¡No me mires así! Haré lo que pueda para ayudarte, pero por favor no digas cosas que puedan perjudicarte y menos perjudicarme a mí.

Supongo que aquí dentro no te estarás enterando de nada, quiero decir que no te llegan las noticias de fuera.

—No, no sé nada del exterior. ¿Qué sucede?

—Está desapareciendo mucha gente, y no sólo aquí si no en todo el mundo. El último has sido un niño de solo ocho años. Creo que nuestras amigas están detrás de todo.

—Quizás, el otro día pensaba en todas esas personas desaparecidas y de las que nadie ha vuelto a saber nada. Ya sabes, esos casos sin resolver, sin pistas de ningún tipo. No me refiero a los últimos sino a todos los anteriores a que yo pasara por todo esto.

Oyen como alguien se acerca y dejan de hablar, quizás tenga razón y tenga que mentir para salir de aquí. Y después ¿qué?

La persona que se supone es su amigo y que va a ayudarlo se va, se lo llevan de la habitación y no ha pensado en preguntarle su nombre porque en todo el rato que le ha hecho compañía ha conseguido recordar cómo se llamaba. Es agradable estar en compañía de alguien y poder hablar, de nuevo ha sentido el contacto de una persona amiga. Sus últimos días, semanas o meses, no controla el tiempo, no han sido más que un ir y venir de sorpresas, la mayoría desagradables porque excepto la llegada a la casa después todo ha sido un infierno.

## *DESCUBRIMIENTO DE UN NUEVO PASO*

La habitación de Marc no tenía nada de especial, de tamaño normal, con el mobiliario y los juguetes típicos de un niño de ocho años. La ventana daba a la calle y de ella colgaba una cortina de lamas rojas, que cada mañana levantaba para mirar el parque. Era un parque grande, espacioso, allí los niños podían jugar y los mayores hacer deporte con unas máquinas que habían colocado. Nada había de extraño en aquel lugar, era agradable y lo único que se escuchaba eran las risas de los niños, los coches quedaban lejos. A Marc desde que la memoria le alcanzaba siempre le había resultado extraño que entre dos árboles hubiera una imagen que no era la que correspondía, pero nadie más la veía así que hubo un momento en el que dejó de insistir.

Esa mañana empezaba unos días de vacaciones en el colegio y tal como tenía planeado, después de desayunar bajó al parque acompañado de su abuelo que cuidaba de él mientras sus padres estaban trabajando. Al llegar no tardó en darse cuenta de que la imagen que no debía estar allí era más nítida que nunca y entre los troncos de los árboles que daban sombra, un pequeño trozo de mar se dejaba ver. No lo dudó y se acercó más, pero antes se aseguró de que su abuelo seguía concentrado en las noticias del periódico. Con paso firme se puso delante de aquel pequeño mar e introdujo su mano dentro de él, notó que se mojaba, el agua estaba fría, pero al sacar la mano no quedaba ningún rastro de ella. Repitió el movimiento varias veces y al tocar el margen de aquella imagen ésta se hizo más grande, calculó que no tardaría mucho en tener el espacio suficiente para poder introducir su cuerpo.

En pocos segundos estaba dentro, aquel lugar era de ensueño, aunque al principio pensó que era una playa como las que había visto en las fotos de las agencias de viajes, con arena fina, dorada y un color azul que no había visto nunca, enseguida se dio cuenta que era un espacio grande pero cerrado, como un lago. Aquel lugar estaba rodeado de enormes palmeras con troncos negros y hojas de un verde intenso, todo parecía como si hubiera sido retocado por la mano experta de un gran pintor. La tentación pudo más que él y decidió darse un baño, debía darse prisa antes de que lo encontraran a faltar.

El agua estaba a la temperatura ideal, fue un baño breve, salió enseguida y se volvió a vestir, debía regresar y no ser descubierto, otro día volvería con más tiempo.

Mientras se vestía, escondido entre las palmeras alguien vigilaba.

Al regresar al parque estaba totalmente seco y todo parecía igual, el reloj que colgaba de un edificio parecía no haberse movido, como si el tiempo se hubiera detenido. Se acercó a su abuelo y le dio un beso mientras se fijaba que todavía iba por las primeras páginas del periódico. Pensó que su descubrimiento sería muy interesante.

Todos los días que podía ir repetía la misma operación, comprendió que el tiempo no pasaba igual en un sitio que en otro y eso hizo que pudiera alargar aquellos baños que tanto le gustaban.

Una mañana más de sábado, como otra cualquiera, desayunó, se vistió con ropa cómoda y bajó al parque. Su abuelo se sentó en el mismo banco de siempre, bajo la sombra.

—Pásalo bien— le dijo.

—¡Gracias! Voy a jugar cerca de aquellos árboles – besó a su abuelo y se dirigió a su lugar favorito.

— ¿Por qué no vas con los otros niños en lugar de jugar solo entre esos árboles?

—Porque me aburren— contestó riendo mientras se alejaba.

Nunca antes había visto la imagen con tanta luz y claridad, miró a su alrededor porque no entendía que nadie se diera cuenta de aquel resplandor, era como si hubieran puesto un foco de

enorme potencia entre los árboles, pero al parecer sólo él podía verlo. Con su mano amplió una vez más los márgenes para poder pasar y llegó de nuevo al que ya consideraba su lago.

Todo estaba igual que siempre, incluso más bonito si es que eso era posible. Se quitó la ropa y se quedó con el bañador que se había puesto a escondidas, entró lentamente en el agua y una vez allí se quedó paralizado, no podía moverse y todo a su alrededor comenzó a girar a gran velocidad, el pánico se apoderó de él y en pocos segundos fue tragado por el agua.

## *NOTICIAS DE LOS PERIÓDICOS (reparar este apartado)*

### “NIÑO DESAPARECIDO”

“Durante la mañana del ayer un niño de ocho años desapareció en el parque mientras estaba al cuidado de su abuelo”. El pequeño, de nombre Marc, jugaba en el parque del barrio donde vive su familia”

### “UNA NUEVA DESAPARICIÓN”

“Un nuevo caso de persona desaparecida llegó a nuestra redacción la tarde de ayer. Esta vez se trata de un pequeño de apenas ocho años que se encontraba jugando en el parque”

### “¿QUIÉN HAY DETRÁS DE LAS DESAPARICIONES?”

“La policía sigue sin ninguna pista y se encuentra totalmente desconcertada ante las últimas desapariciones que se han dado en la ciudad. La última, un niño ocho años. La familia pide discreción y que se respeten los momentos por los que están pasando.”

### “DESAPARICIONES EN MÁS CIUDADES DEL PAÍS Y DE OTRAS EN EL EXTRANJERO”

“Las últimas noticias que existen relativas a la desaparición de personas son desoladoras. Podríamos hablar de una epidemia a nivel mundial. En ningún caso se ha hallado el cuerpo de la persona desaparecida ni nadie pide un rescate. Las autoridades se encuentran desbordadas.

*ENCUENTRO ENTRE EDUARDO Y CRISTEL*

El tiempo seguía su curso, los días pasaban y el cuerpo de Eduardo permanecía del todo inalterable y las pocas emociones que había mostrado delante de Daniel lo consumían por dentro, pero era incapaz de exteriorizarlas. No era más que un trozo de carne y huesos que deambulaba por todas partes sin llegar a ningún sitio. Las alegrías de su vida anterior se habían transformado en una angustia que lo abrasaba por dentro sin poder desahogarse. Los recuerdos golpeaban su memoria y le hacían daño, cuando la imagen de su mujer e hijas venía a su cabeza luchaba para que desapareciera, pero contra más se resistía el dolor se hacía más fuerte. Constantemente pensaba en su madre y por fin entendió lo que había sucedido, la mujer de la que hablaba, la mujer que iba a llevarse a su hijo era Emma. Pensó en acercarse a verla, pero a los pocos metros dio media vuelta, si la visitaba avisarían a su familia y no quería volver a tener contacto con ellos.

Durante el día caminaba y por la noche buscaba un lugar donde no ser visto, era entonces cuando más pensaba. Recordaba los últimos días de su madre antes de que se la llevaran, su deterioro físico, la mirada de sus ojos perdida en la nada y siempre repitiendo la misma frase “va a llevarse a mi hijo”. Si hubiera podido gritar, si hubiera podido llorar, el grito y el llanto por ella se habrían oído desde cualquier parte de la ciudad, pero ya no podía y la pena y la angustia aumentaban minuto a minuto. Se odiaba a sí mismo por no tener el valor suficiente para destruir su cuerpo, pero tampoco estaba seguro de que fuera una solución, alguna cosa le decía que no podía ser tan fácil y el miedo a que lo que viniera fuera peor le impedía hacerlo. Cómo podía hacer desaparecer aquel cuerpo que había dejado de ser persona, ¿dejar de existir físicamente era posible? Todos los días se paraba en la pasarela del puerto y allí pasaba los minutos preguntándose qué sucedería si se tiraba, pero no tenía el valor suficiente.

El encuentro con Cristel tuvo lugar una tarde a última hora, uno de esos días en que el sol empieza a ponerse temprano y la gente pasea de nuevo con las chaquetas puestas. Sentado en el parque recordaba incontables días como aquél sobre todo de su infancia. El final de las vacaciones, el adiós a los días largos, sin preocupaciones, sin horarios, la llegada del frío y húmedo invierno en aquella ciudad que se había convertido en su tumba.

Cristel se acercó, y le extrañó porque se había acostumbrado a pasar desapercibido, a ser una sombra, un componente más del paisaje urbano y era incapaz de creer que hubiera otro ser igual que Emma.

—Hola Eduardo— le dijo mientras se sentaba a su lado.

Calló y se hizo el sordo, como si no hubiera oído nada. No conocía a esa bella joven que había llegado, pero notó algo que no le gustó, el instinto de supervivencia que con Emma no se había activado con Cristel se accionó en pocos segundos. Los ojos que fríamente lo observaban hicieron que se pusiera en guardia a pesar de que él mismo sabía que nada podía hacer y tampoco tenía nada que perder.

—¿No me has oído? — insistió.

—Hola— susurró Eduardo.

—¿Sabes quién soy?

—No, pero puedo imaginármelo.

—Conoces a mi hermana y por tu aspecto diría que no te ha tratado muy bien.

—Estáis locas. No sé qué pretendéis, pero dejadme en paz. Ella ya me ha destrozado la vida, ¿qué quieres tú? Ya no me queda nada.

—Te equivocas, puedes serme de mucha utilidad.

—Te lo pido otra vez, déjame en paz. No quiero formar parte de vuestro juego.

—No estás en posición de darme órdenes, puedo ayudarte a que permanezcas como estás. Sé que crees que es imposible una situación peor pero esa posibilidad existe. Tienes una mujer y dos niñas preciosas...

—No se te ocurra acercarte a ellas o...

—¿O qué? ¿Qué piensas que puedes hacerme? Trátame bien y yo me encargaré de que no les pase nada, hazme enfadar ni que sea un poquito y acabarán haciéndole compañía a tu querida madre. Sabes, nunca he entendido todo el tiempo que Emma te ha dedicado, porque eres tan especial para ella. Te gustaba, ¿verdad? Y tú a ella. Su juego empezó cuando no eras más que un niño, se divirtió con tu madre y no paró hasta volverla loca y luego se arrepiente de todo. Increíble, mi querida y admirada hermana, la que debía salvarnos de todos vosotros se enamora por segunda vez en su vida. Es tan débil que debo acabar con ella y ponerme al frente de Kavla para que no nos destruyáis.

—¿Qué es Kavla? —preguntó extrañado.

—Mi mundo, mi hogar y vosotros sois nuestra gran amenaza y antes de que ninguno de los tuyos se acerque a una de nuestras entradas acabaré con todos y con todo lo que conocéis. Mírate e imagínate un mundo lleno de seres como tú. Ese es vuestro futuro, no tenéis nada.

—Si eso es así, crees que voy a ayudarte en algo. Si mi familia ya está condenada de antemano no voy a ser tu cómplice.

—Estoy totalmente convencida de que lo vas a ser porque puede haber dos maneras de acabar como tú, una muy rápida y otra tan lenta que no te puedes llegar a imaginar el sufrimiento.

El silencio se hizo presente entre los dos, para Eduardo haberse convertido en lo que era no había sido doloroso, no había sentido nada, simplemente había sucedido, pero estaba convencido de que las amenazas eran reales y no quería que su familia sufriera. No quería explicarle nada de lo que había pasado con Emma, lo que había sentido cuando estaba con ella, como se había dejado llevar por un deseo que había logrado que se olvidara de toda su vida, pero parecía imposible. Cristel lo observaba de una forma que le hacía sospechar que podía leer su mente, que podía llegar hasta sus recuerdos y secretos más íntimos.

Recordó que cuando parecía que todo iba perfecto con Emma ella empezó a mostrarse fría y reacia y poco a poco fue separando más sus encuentros y haciéndolos más cortos hasta abandonarlo.

—Jugó todo el tiempo contigo. Una vez consiguió lo que quería te dejó, pero tú no puedes dejar de pensar en ella ¿cierto? No puedes olvidar los ratos que pasaste a su lado y a pesar de todo continuas deseándola y te sientes mal por haber abandonado a tu familia....

—¡Cállate!

—Aunque me calle, la verdad es esa y ya no puedes hacer nada. No puedes regresar con los tuyos ni tampoco con ella.

—¡He dicho que te calles!

—Sí, me callo, pero te vienes conmigo.

Cristel cogió a Eduardo del brazo con una fuerza que no parecía humana, su aspecto frágil no era más que apariencia, él no pudo resistirse.

## UNA NUEVA FORMA DE VIDA

Cuando Emma entró en aquel agujero en el que estaba encerrado, Daniel no tenía fuerzas ni para levantarse, hacía mucho que no movía ni uno solo de sus músculos. Simplemente recordaba su vida una y otra vez, y en cada vuelta que daba añadía algún fotograma más como si de una película se tratara.

La abrazó, notó como su cuerpo se impregnaba de su calor y con él la sensación de que volvía a la vida. Podía respirar sin dificultad, empezó a mover los brazos y las piernas sin problemas y cuando pensaba que ponerse de pie iba a suponer un esfuerzo sobrehumano lo hizo como si su cuerpo no pesara nada.

—Vámonos —le dijo con una sonrisa.

—¿A dónde?

—Ahora soy yo quien necesita tu ayuda, pero lo primero de todo es escapar de aquí lo antes posible.

La misma sensación de mareo y desconcierto que lo llevó a aquella casa lo sacó de ella y sin saber cómo se encontró en su pequeño apartamento, con su cocina descuidada y montones de libros llenos de polvo por todas partes que le daban la bienvenida.

Se sentó en una silla junto a la mesa del comedor que también hacía las funciones de escritorio y allí se quedó sin saber qué hacer ni qué decir. En otro momento hubiera llorado de alegría por regresar a casa, pero ahora ya no tenía lágrimas, no podía expresar sus sentimientos o lo que quedaba de ellos.

Emma permaneció apoyada en la única ventana que había y a través de ella Daniel pudo ver como llovía y un frío helado se apoderó de él.

—¿Qué ha pasado? — le preguntó sin apenas mover los labios y con el cuerpo tembloroso.

— Han pasado muchas cosas y ninguna de ellas fáciles de entender.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Sonrió antes de contestar y se acercó hacia donde estaba.

—¿Qué puedo hacer contigo? Dímelo tú. Ya te habrás dado cuenta de los cambios que se han producido en ti, yo no puedo hacer nada para remediarlo.

—¿Sois brujas? — susurró.

— Sí, somos unas brujas muy, muy malas—respondió irónicamente.

— No juegues conmigo.

— No tengo intención de hacerte más daño del que ya te ha hecho Cristel. Sólo quiero que me ayudes, y no soy ninguna bruja.

—¿Ayudarte? Si ahora mismo no sé qué hacer con mi vida ni qué va a ser de ella cómo quieres que te ayude. ¿Quiénes sois?

—Tú ya no tienes vida. Te queda tu cuerpo y nada más, no tienes ninguna vida que vivir. No me dirás que no te habías imaginado algo así. ¿Y quién soy? Me preguntas, alguien muy poderoso ¿no crees?

— Entonces ¿estoy muerto?! Es eso lo que me estás diciendo.

— Muerto estarías mejor porque descansarías en paz.

Quería llorar, pero no podía, aquella mujer que lo acababa sacar de un agujero lo estaba metiendo en otro aún más profundo.

—No entiendo a qué jugáis— gimió. No sé qué me habéis hecho, no entiendo nada.

— No es ningún juego, es una realidad. Entregaste tu alma a Cristel en el momento en que

estuviste con ella y ahora ya no hay marcha atrás.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Qué sabréis tú y esa mala puta de mi alma? — gritó hasta quedarse sin voz.

—Todo Daniel, yo lo sé todo sobre tu alma, sobre tu alma y la de muchos otros.

—¡Estáis locas! ¿Qué droga os metéis?

—¿Drogas? ¿Crees sinceramente que tomo drogas? A mí no me hace falta ninguna droga para viajar. ¡Eres un estúpido que no se ha enterado de nada! Puedo tener todo lo que quiero, todo ¿me oyes? En cambio, tú ya no tienes nada, lo que te hacía diferente ya no te pertenece, no eres más que un trozo de carne que camina, pero que nunca más llegará a ninguna parte.

Gritó y volvió a gritar una y otra vez a pesar de no tener ya voz y del horrible dolor de cuello que le cogió. Tiró los libros, destrozó todo lo que encontró dentro de lo que hasta entonces había sido su casa y que ahora se convertía en su tumba.

—¡Quiero morirme, me oyes! ¡Mátame de una puta vez!

Ella no se inmutó, permaneció allí, firme mientras lo miraba con esos ojos que quería odiar y no podía.

—Eso no es posible. Ya te lo he dicho, siempre será así. Vagarás hasta el fin de los tiempos. Si me ayudas puedo hacer que todo sea más llevadero, si no lo haces estarás solo como tantos otros.

—¡¡¡¡No quiero, que te jodan!!!! ¡¡¡¡No voy a ayudarte!!!!

—Me ayudarás a encontrar a Eduardo, tengo que volver a verle....

—¿Para qué? ¿Eh? para volver a joderlo. Ahora entiendo su desesperación la última vez que lo vi. Me avisó y no le hice caso.

—¡Sí, te avisó y como tú mismo dices no le hiciste caso! Tuviste que seguir subiendo a ese maldito tren y llegar hasta el final. Tan difícil era darse cuenta de que lo que pasaba no era normal. Desapareció delante de tus ojos ¡se volatilizó! Y en lugar de evitarlo caíste en su trampa. ¡La seguiste! Estabas obsesionado con ella y no te diste cuenta de que no era una chica normal.

—No podía imaginar que caería en esa especie de agujero y que aparecería en aquel lugar. Y qué es normal, ¿eh? Me lo vas a explicar tú. Me agarré a ella porque no tenía a nadie, no tengo a nadie, ¡estoy solo!

—¿Sabes? Ella no es más astuta que yo, simplemente no tiene ningún respeto a la vida humana. Ahora me ve débil y quiere ocupar mi lugar y si eso sucede todo lo que conoces desaparecerá. Por favor, ayúdame a encontrar a Eduardo, tengo que hacerlo antes que ella. Puedo ayudarte, ahora estoy contigo, nos necesitamos mutuamente.

—¿Para qué? ¿Aún quieres destrozarlo más?

—Nunca debí hacer lo que hice. La única cosa que puedo hacer por él es que sufra lo menos posible. En estos momentos mi única preocupación es ayudaros a los dos.

Daniel la miraba y veía una sinceridad en su cara que no le dejaba seguir resistiéndose, y esos ojos... ¿Qué podía perder? Era cierto que su físico se había quedado parado en el tiempo, ni el pelo ni la barba le crecían y tampoco tenía hambre ni sed. En cuanto a sus sentimientos no sabía cómo describirlos, podía gritar, sentir miedo, pero, aunque tuviera ganas de llorar, a veces no dejaba caer ni una sola lágrima.

—¿Qué pasará cuando lo encontremos?

—Lo primero es hacerlo antes que ella, si no es así todo se descontrolará.

—¿Qué quiere de él?

—Hacerme daño, demostrar mi debilidad y que el resto de nosotras la apoyen y lo controlen todo—

—¿El resto de vosotras? ¿Qué sois? ¿Cuánta sois?

—No muchas, pero suficientes para acabar con todo lo que conoces.

No tenía nada que perder, sin familia, sin amigos y sin una vida que vivir lo único que podía hacer era seguirla y así encontrar algo a lo que aferrarse, quizás tras toda aquella locura todavía quedaba algo de esperanza.

Caminaron muchos días por la ciudad y la gente los miraba, más de uno sentía envidia de verlo en su compañía. En otro tiempo eso lo habría alegrado, pero ahora sentía pena porque todos eran potenciales víctimas.

La ciudad no terminaba nunca y no se cansaba, no sentía ni frío ni calor, caminaba de un lado para otro igual que un zombi. Su ciudad, esa ciudad que tanto amaba y que nunca hubiera cambiado por otra se había convertido en una cárcel, sus calles ya no le decían nada, la brisa del mar que tanto lo relajaba no podía sentirla. Sus paseos de siempre se habían convertido en un desfile repetido diariamente con el único objetivo de encontrar a Eduardo, pero como se podía encontrar a un fantasma, y en caso de lograrlo, después ¿qué?

Durante los primeros días de su búsqueda fue acomodándose a su nueva situación física y si tenía alguna duda ella sólo respondía con un “todo lo irás descubriendo”. Con el paso del tiempo Daniel entendía cada vez menos como aquel ser con apariencia de persona, pero al que se negaba llamar así, podía haber hecho tanto daño. Estar a su lado le provocaba tal sensación de paz que la historia de Eduardo le parecía imposible, pero era cierta, y él mismo a través de Cristel había sufrido en sus propias carnes todo lo que podían llegar a hacer. Poco a poco la confianza y complicidad que apareció entre los dos hizo que Emma le explicara algunas cosas sobre su hogar. Le explicó sus orígenes, como era su casa y quienes más habitaban allí. Toda la historia parecía sacada de un cuento, una fortaleza de cristal inaccesible, seres que vivían fuera de ella, su lucha por evitar que su mundo desapareciera, pero todo ello sin entrar en demasiados detalles. Los que vivían en el exterior habían perdido sus nombres originales por el de canteros porque todos ellos trabajaban extrayendo el material del que estaba hecha la Fortaleza y era necesario renovarlo constantemente porque era la fuente de energía que necesitaban los que vivían dentro. Hombres, mujeres, niños y niñas sin importar la edad debían trabajar en ello, a cambio se les daba seguridad. En ningún momento le explicó todo el tiempo que llevaba deambulando por los dos mundos, ni entró en muchos detalles sobre los Dexius ni los Absis, tampoco de su madre que para ella era lo único bueno y sano de aquel lugar.

Las horas pasaban rápido y no se cansaba de escucharla hablar, tenía conocimientos sobre cualquier tema y si no fuera por quien era y lo que era capaz de hacer, también se habría enamorado perdidamente de ella. En la cabeza de Daniel había una pregunta que era incapaz de transformar en palabras, ¿cuántos años tenía?

—¿Nos escogéis al azar?

—Sí... bueno.

—Bueno ¿qué?

— A él no lo escogí al azar. La primera vez que lo vi no era más que un niño y tenía los ojos tan tristes que sentí lástima de él. Lo fui observando y con el paso de los años pasó lo que no tenía que pasar. Entré en contacto a través de su madre. Hay un tipo de personas que nos presienten, nos pueden ver a través de sueños y notan que a veces suceden cosas extrañas. Ella se obsesionó conmigo.

—¿Cómo pueden saber que estáis aquí? Y si te enamoraste de él ¿por qué le hiciste algo tan horrible?

Estuvo callada durante bastantes segundos y cuando creía que ya no iba a obtener respuesta con los ojos llorosos lo hizo.

—Vengo de un lugar perfecto, pero lo es tanto que nunca se oyen las risas de los niños ni sus llantos cuando se caen al jugar porque allí los juegos no existen. Tampoco los sentimientos que tú conoces ni la muerte que conocéis y a la que tenéis tanto miedo, para muchos de nosotros esa muerte no existe, es difícil de explicar. Los poderes de los Dexius, la fuerza del Elemento... Teméis envejecer, a la enfermedad porque ese es el camino a vuestra desaparición, pero mírate, hubieras dado cualquier cosa por vivir siempre y ahora suplicas tu muerte. Estáis llenos de contradicciones y ¿sabes qué? pues que eso me gusta. Y Eduardo ya era así de niño, cuando lo observaba jugar rebosaba felicidad, pero sus ojos siempre estaban tristes y así pasó el tiempo hasta que no pude evitar entrar en su vida. Me volví a enamorar...

—¿No ha sido la primera vez?

—No quiero hablar de eso. Eduardo es un ser maravilloso, puedo asegurarte de que he tenido tiempo para comparar. Me propuse no hacerle nada, pero... algo ocurrió aún no sé qué fue, toda la rabia que llevo dentro, mi peor parte salió y le arrancó la vida. Quizás mi naturaleza es así y no soy más que un monstruo. Su madre notó mi presencia, no te sabría decir con seguridad cómo. Hay personas que tienen una cierta sensibilidad o poder, llámalo como quieras, y eso me ha traído más de un problema, pero siempre lo he podido controlar.

El resto de aquella tarde estuvieron horas mirando al mar, la gente pasaba por su lado, pero parecían invisibles a sus ojos. Daniel la observaba y veía la tristeza en su rostro y no lo entendía porque según ella de donde venía no existía tal sentimiento ni ningún otro, la imagen que le había dado de su mundo era que en él vivían seres más parecidos a robots que a personas.

—Si alguno de vosotros pasara a nuestro lado sería el fin de todo— dijo rompiendo el silencio que hacía rato los acompañaba.

—Yo estuve en vuestro lado.

—No, tú estuviste en un lugar preparado para cazarte. Nunca tuviste más contacto que el de Cristel. Nosotras podemos transformarnos aquí o en lugares preparados para ello. Soy vuestras presas y podemos ir a por vosotros de muchas maneras, lo cierto es que ya se ha convertido en un juego y cada vez necesitamos más.

—¿Qué hay allí? ¿Cómo vivís? ¿Qué es el otro lado?

— El orden y la armonía prevalecen sobre todo, cada uno tiene una función y de ella debe encargarse sin aspirar a ningún cambio.

—Un mundo perfecto.

—Algo así, pero a mí la perfección y el orden me aburrían y cuando descubrí que existíais sólo quería saber más y más de vosotros. Y después estaba nuestra profecía en la cual no creía, yo que era la líder que algún día debía salvarlos a todos.

¿Qué profecía?

Emma le propuso regresar a casa, allí estarían más tranquilos y se lo podría explicar mejor. Subieron por la ancha rambla que los llevo hasta la zona antigua, durante el trayecto apenas hablaron, no fue hasta entrar en el pequeño piso de Daniel donde le contó parte de su historia.

— Esa es mi vida, lo primero que me enseñaron fue que algún día tendría que defender mi mundo de vosotros, todos los habitantes de Kavla han sido instruidos desde siempre para defenderse si algún día descubríais uno de los pasos. Nunca creí en esa profecía, desde el principio pensé que no seríais capaces de nada malo, pero me equivoqué.

Eduardo intentó asimilar la historia de Emma, su encuentro con Enrique, la traición de éste, y el transcurso del tiempo lo hacía sentirse más cerca de ella.

No pasaron muchos días más hasta que tuvieron noticias de Cristel y ese era el escenario que más temían y en el que finalmente se encontraron. Como casi todos los días al atardecer fueron a

pasear por la playa, allí Daniel conseguía relajarse y Emma parecía recuperar fuerzas. Apenas había luz, soplaban un ligero y agradable viento y no tardaron en ver que alguien se acercaba a ellos. Fue entonces cuando sus piernas se agarraron y el pánico se apoderó al verla de nuevo, era Cristel y tal como se iba acercando notó que su poder aumentaba por momentos. La cara de Emma no fue de sorpresa, pero en pocos segundos su rostro se transformó, Daniel se dio cuenta de que algo la preocupaba y observó que dirigía su mirada a un bulto que hasta ese momento él, extrañamente, no había visto.

No podía creer lo que veían sus ojos, llevaba a Eduardo sujeto de las muñecas por una cuerda y lo arrastraba como si fuera un muñeco de trapo ¿cómo podía tener tanta fuerza? Cristel era bastante alta, pero nada corpulenta y él era de complejión fuerte.

—¡Aquí lo tienes! — gritó mientras lo soltaba. ¡Y tú, humano de mierda! Gritaba mientras se acercaba a Daniel.

—¿Qué le has hecho? — le preguntó Emma angustiada mientras se sentaba al lado de Eduardo que permanecía estirado sobre la arena.

— Nada que no le hiciera tú antes. ¡Estúpida, esa adoración hacia estos seres ha sido tu perdición!

—¿Estás bien? Le preguntó varias veces, pero Eduardo no contestaba y mientras tanto Cristel permanecía delante de Daniel, atravesándolo con su mirada fría. Si hubiera querido salir corriendo no hubiera podido, estaba petrificado por el miedo, los pies se le habían clavado en la arena y era incapaz de levantarlos.

—¡Idiota! Pensabas que no te encontraría, eso te ha dicho ella, que es más fuerte que yo y que te salvaría. No, eso no es posible ¿estás condenado para siempre!

—Déjame— susurró, apenas le salía la voz, la tenía tan cerca que podía olerla, y ese olor hacía que la volviera a desear. El miedo y el deseo lo golpeaban con fuerza y no lo dejaban pensar con claridad

— Te mueres de ganas de follar conmigo otra vez, no puedes evitarlo ¿verdad? Pero... ¿qué ganaría yo ahora? Ya tengo lo que quería ¿recuerdas?

Continuaba de pie hablándole y por su cabeza no hacían más que pasar los buenos ratos pasados con ella, todo lo malo se desvanecía, pero aun así no conseguía mover un solo músculo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Emma arrastraba a Eduardo hacia el mar, le hizo una señal, como si quisiera despedirse. No sabía que pretendía, pero solo había una forma de poder ayudar, su cuerpo reaccionó, cogió a Cristel y la besó. Al momento estaban follando sobre la arena, estaba claro que todavía podía conseguir alguna cosa de él, aunque no fuera su alma. Por unos segundos creía que dominaba la situación, que la habían engañado y mientras sentía un placer aún mayor que cuando estaban en la casa ella le habló dulcemente al oído.

— Cada vez me gusta más este juego, ¿crees que me habéis engañado? He sido yo quien los ha dejado ir. Mira, mira— susurraba entre gemidos de placer.

Y allí empezó de nuevo el horror, la locura se desató una vez más en su cabeza. Vio a Emma y a Eduardo en el fondo del mar, los dos abrazados y una luz los envolvía y se los tragaba, Daniel quería gritar, pero no podía y Cristel continuaba balanceándose sobre él, pero él ya estaba lejos de allí. Lo que sentía no le pertenecía. Su mente flotaba sobre Emma y Eduardo,

podía oír como él le pedía que lo salvara, sus sentidos eran de nuevo los suyos, podía tocar el cuerpo de ella y rozar su pelo. Su piel suave como la seda, su pelo tan brillante que deslumbraba y por fin pudo ver que escondían sus ojos verdes. En su interior estaban escritas las historias más horribles que puedan caber en ninguna imaginación. El miedo y la desesperación que Emma había sembrado a lo largo de siglos superaban lo que Daniel podía

soportar. Personas desaparecidas, muerte, destrucción, e infinidad de hombres y mujeres condenados a una vida sin sentido. No estaba sola, un grupo de unas seis Aethernas la había seguido y no tenían nada que envidiarle. Para ayudarlas en caso de que algo fuera mal, un ejército de soldados de gran tamaño y fuerte musculatura limpiaban si algo quedaba en el escenario donde habían actuado. Se volvió a preguntar desde cuándo Emma estaba allí, su mente racional le impedía aceptarlo, pero todas aquellas imágenes del pasado certificaban que demasiado. Todo lo que había sucedido era horrible, y el futuro que se podía intuir era mucho peor.

Semiconsciente vio como Cristel arrojada por tres hombres iguales a los que acababa de ver se sumergía también en el agua.

A la mañana siguiente la policía lo encontró medio desnudo en la playa, lo ingresaron en el centro en el que ahora se encuentra y desde donde lucha para que le hagan caso. No está loco ni enfermo, y tiene que convencerlos de que lo que explica es real, evitar que todos caigan en manos de Cristel.

*Mira la hora en su reloj, las doce treinta y cinco.*

*No puede ser, piensa, es la misma hora que hace un rato.*

*Mira la hora de nuevo esta vez en la pantalla del ordenador, las doce y treinta y cinco.*

*La habitación empieza a oscurecer, el sol que la ha acompañado durante toda la mañana es tapado por unas nubes que cada vez son más oscuras. Hoy no estaba previsto que lloviera y menos que hubiera tormenta.*

*Se conecta a internet para ver la previsión del tiempo, pero no hay conexión. Intenta encender el televisor, pero la pantalla permanece negra.*

*El teléfono fijo no da línea y su móvil tampoco funciona.*

*Se levanta para abrir la puerta que da a la terraza del estudio, pero está bloqueada.*

*El cielo sigue oscureciéndose y de nuevo una corriente de aire la envuelve.*

*La voz que le susurraba la noche anterior regresa, pero no entiende lo que dice.*

*Como sonámbula y sin poder controlar su voluntad se sienta de nuevo frente al ordenador.*

## MARC

El estómago le subía y le bajaba y una extraña sensación de miedo a lo desconocido le hacía mantenerse alerta a pesar de que durante unos segundos estuvo a punto de perder el conocimiento. Giró sobre sí mismo durante incontables veces y cuando parecía que aquello no iba a terminar se encontró sentado delante de un lago enorme comparado con el que había estado las otras veces.

El agua era tan transparente que podía ver los peces y el fondo estaba lleno de diminutas piedras blancas brillantes, tanto que al mirarlo los ojos le dolían. Los peces eran de diferentes colores extremados, como si alguien los hubiera pintado, y unas montañas nevadas se levantaban interminables sobre la orilla de enfrente. Observó detenidamente a su alrededor y le sorprendió como el paisaje variaba en pocos metros, montañas heladas delante, grandes palmeras a su derecha, a la izquierda un pequeño desierto y tras él un gran campo de girasoles que no paraban de moverse. Así se había sentido él hacía unos minutos, miró al cielo buscando el sol, pero no lo encontró y se preguntó hacia donde miraban ellos.

Allí, en aquel inmenso cielo azul, tampoco había ni una sola nube y la luna que a veces podía ver desde su casa, aunque fuera de día, tampoco podía encontrarla.

Marc se sentía cansado y asustado, en ese momento comprendió que su aventura había llegado demasiado lejos, se sentía perdido y aunque sabía que su abuelo no lo oía insistió en llamarlo, cada vez gritaba más, pero sus gritos se perdían en aquel espacio extraño para él.

Agotado, decidió sentarse entre los girasoles y la orilla, no quería que el agua le tocara los pies. Pensaba que podía volver a desaparecer y acabar en el algún lugar aún más extraño, decidió no moverse ni ir a ningún sitio. Se quedaría allí a esperar.

Sentado con las rodillas encogidas y la cabeza escondida tras sus manos, lloraba y llamaba a su familia, los minutos se le hacían eternos, tenía hambre y ganas de ir al lavabo. El hambre la pudo soportar, pero no pudo evitar orinarse encima. Aquello le dio rabia, hacía tiempo que se consideraba un niño mayor y los niños mayores no se hacían pis encima, pensó enfadado.

—Quiero volver a casa, quiero volver a casa— sollozaba.

Los girasoles seguían moviéndose sobre sí mismos y de un lado para otro con gran fuerza, como si hiciera mucho aire, pero éste brillaba por su ausencia, como el sol, la luna y las nubes.

—¡Mama, papa, yayo! ¿No me oís? ¡Sacadme de aquí, por favor! ¡Quiero volver a casa! — repetía constantemente.

Sobre les palmeras unos extraños y diminutos animales lo observaban, eran similares a los koalas que había visto en el zoo, pero más pequeños y de extrañas combinaciones de colores, al igual que los peces. Marc ajeno a ellos, se estiró para intentar dormir, quizás si lo conseguía al despertar todo quedaría en una horrible pesadilla.

Cuando su abuelo se dio cuenta de que había desaparecido avisó enseguida a unos policías que estaban patrullando cerca del parque. La búsqueda empezó enseguida pero no había rastro del pequeño por ningún sitio, era como si se lo hubiera tragado la tierra.

La noticia no tardó en salir a la prensa y se sumó a las muchas desapariciones que estaban sucediendo en las últimas semanas, todas ellas con las mismas características y en diferentes lugares de todo el mundo.

Mientras Marc dormía, Cristel observaba desde no muy lejos y hablaba con algunas de sus hermanas que le preguntaban cómo había logrado entrar tan fácilmente.

—Hice que el paso fuera más visible, quizás si conseguimos capturar algunos niños y los podemos reeducar, nos servirán de ayuda cuando llegue el momento decisivo. ¿Qué padres no

darían la bienvenida de nuevo a su hijo tras un tiempo desaparecido?

—Nunca antes había sucedido algo así ¿no es cierto? — preguntó una de ellas.

—Hace un tiempo Emma lo intentó, pero cuando el niño ya estaba aquí lo dejó marchar y yo fui una estúpida al dejárselo hacer. Su abuela era una persona excesivamente sensible y veía y sentía cosas que eran un peligro, Emma se encargó de ella, en aquella época no le temblaba la mano como ahora cuando tenía que eliminar a alguien.

Cristel explicó sus planes, el objetivo era captar niños y niñas para convertirlos y después hacerlos regresar a sus casas. Con ellos infiltrados todo sería mucho más fácil de hacer, cuando las familias se dieran cuenta del cambio producido ya sería demasiado tarde. Por otro lado, ellas debían continuar con su trabajo de transformar la mayor cantidad de adultos posibles, tenían que conseguir crear la duda y el miedo con las desapariciones.

—Hay que empezar con él, no tenemos demasiado tiempo. Nos servirá para realizar una prueba, si funciona perfecto, de lo contrario desaparecerá para siempre. Avisad a alguno de nuestros hermanos para que lo vaya a buscar.

—El niño está muy asustado, no piensas que es mejor que seamos una de nosotras la que nos acerquemos para tranquilizarlo. La presencia de nuestros hermanos podría impresionarlo más.

—De acuerdo, iré yo misma. Regresad a la Fortaleza y avisad de mi llegada, no quiero que nadie interfiera. Si tenéis que eliminar a alguien que no esté de acuerdo no lo penséis dos veces, los Absis os ayudaran.

Cristel salió de su escondite y se dirigió a donde estaba Marc, dormido como se había quedado no la oyó llegar. La situación era perfecta, no se enteraría de nada y al despertar ya no sería él, lo transformaría antes de llevarlo delante de los demás y una vez hecho ya no habría marcha atrás.

Dio varias vueltas a su alrededor, lo miraba fija y detenidamente, aquel pequeño cuerpo iba a convertirse en pocos momentos en una poderosa arma que la ayudaría a cumplir sus objetivos.

Sus planes eran convertirlo y en poco tiempo devolverlo a sus padres, una vez allí ni ella misma era capaz de imaginar qué podría hacer y qué no.

Puso sus blancas manos sobre la cabeza del niño y en pocos segundos un fuerte temblor sacudió el cuerpo de Marc, Cristel se sentó y esperó a que despertara, algo había cambiado en la cara del humano, todavía no le había visto los ojos, pero la expresión, aunque dormido, ya no era la misma.

Al ver que no se despertaba le acarició el pelo, ese gesto lo había visto hacer mucho a las madres con sus hijos al despertarlos. Eran incontables las veces que había estado en casas observado a sus víctimas antes de atacarlas, en la tranquilidad del hogar se creían a salvo de cualquier peligro.

—¿Dónde estoy?

—Hola Marc, ese es tu nombre ¿verdad?

—Sí— al contestar fue cuando Cristel pudo verle bien los ojos. Definitivamente su prueba había salido bien, aquel niño estaba vacío, sus ojos lo confirmaban.

—Yo soy Cristel, te ayudaré a regresar a casa. No te preocupes por nada, conmigo estarás bien.

—¿Me llevas con mis padres y mi abuelo? Estaba con él en el parque, estará preocupado. No quiero que se enfade conmigo, lo quiero mucho, no quería perderme— dijo mientras se levantaba, apenas podía moverse. Me siento extraño, no me encuentro muy bien.

—Tranquilo, no pasa nada. Yo cuidaré de ti.

Lo ayudó a incorporarse y un sentimiento de triunfo se apoderó de ella.

Enseguida se dio cuenta de que Marc tenía dificultades para caminar y para moverse en general, lo cogió en brazos sin ningún esfuerzo. El cuerpo era ligero como una pluma, se fijó en sus

delgados brazos y en la inocencia de su rostro y no sintió remordimiento alguno. Con paso firme se dirigió a ver a su padre y al resto de los Dexius.

## *LA MADRE DE EDUARDO (o SARA)*

La madre de Eduardo terminó totalmente desestabilizada mentalmente como Daniel. Y lo cierto es que el estado más próximo a la demencia es éste, al menos desde la perspectiva de quien no ha vivido lo que ellos.

Daniel vio a un Eduardo niño en los ojos de Emma, y a su madre encerrada en una habitación con los nervios destrozados y sin que nadie pudiera hacer nada para ayudarla. Durante muchas noches recibió las visitas de Emma y eso hizo que perdiera la cabeza. La primera vez se despertó de madrugada, las sábanas y el camisón estaban empapados en sudor, estaba sola en la cama porque su marido se encontraba de viaje, pero en un primer momento no lo recordó y se sorprendió. Sintió alguna cosa extraña, algo desconocido flotaba en el aire, una presencia que le hacía compañía. Le dolía la cabeza y se sentía angustiada, no recordaba que había soñado, pero fuera lo que fuera la había dejado exhausta y con un estado de ánimo horrible. Se levantó y fue a la cocina a prepararse un vaso de leche y al pasar por la habitación de Eduardo entró como hacía siempre para ver que todo estaba bien. Al bajar las escaleras que daban a la planta baja notó una corriente de aire que le erizó la piel. Entró en la cocina, abrió lenta y cansinamente la nevera como si fuera un gran esfuerzo y sacó la botella de leche, mientras la puerta estaba abierta la luz de la cocina se apagó y sólo se iluminaba por la pequeña bombilla del frigorífico, un apagón no podía ser, pensó. Estuvo así durante unos segundos y tal como la luz se había ido, regresó. Justo en ese momento, al girarse, le pareció ver a alguien en el jardín, se acercó al cristal, no vio nada ni a nadie. Calentó la leche en el microondas, la bebió y regresó a su habitación, pero al pasar por la de su hijo observó que la puerta estaba abierta y estaba segura de haberla cerrado. Entró y comprobó que no había nada extraño, inquieta regresó a su cama y permaneció en vela el resto de la noche. Antes del amanecer decidió levantarse, estaba cansada de dar vueltas, intranquila por lo que había sucedido. Bajó de nuevo a la cocina, fue hasta la puerta que daba al jardín y vio una mancha en el cristal, como la marca de una mano, intentó limpiarla, pero no lo consiguió a pesar de frotar con fuerza.

El día lo pasó nerviosa y la señal del vidrio la irritó más cuando intentó de nuevo limpiarla y fue tarea imposible. Por la noche tras acostar a Eduardo y hablar por teléfono con su marido se metió en la cama a leer. Un sueño profundo se apoderó de ella y el libro no tardó en caer sobre su pecho. En pocos minutos dormía profundamente y en poco más de una hora una corriente de aire igual a la de la noche anterior la despertó y al abrir los ojos vio una sombra gris paseando por la habitación. No pudo articular palabra, aquella cosa tenía silueta humana, pero no podía ver los rasgos de su rostro, se le acercó y le acarició la cara. Un frío helado recorrió su cuerpo y cayó dormida de nuevo.

Una horrible angustia se apoderó de ella durante todo el día siguiente y temía la llegada de la noche, pero siguió sin decir nada, no quería que pensarán que estaba perdiendo la cabeza.

Al anochecer la sombra volvió a aparecer en la habitación, se movía como si de una danza extraña se tratara, hacia un lado, hacia otro, arriba y abajo. Se le acercó y le susurró unas palabras al oído que no logró descifrar. De nuevo cayó dormida y el susurro se repitió en sueños, se despertó bañada en sudor y totalmente desquiciada.

Otra noche más, pero esta vez no apareció nadie, sólo flotaba en el aire el susurro que la aterraba y que cada vez parece oír más claro, “tu hijo es mío”.

Al día siguiente regresó su marido de viaje y al explicarle lo sucedido le pareció absurdo y apenas le hizo caso, no eran más que sueños extraños.

Por la noche se acostó más tranquila porque no estaba sola, intentó relajarse y dormir, pero cuando pareció que casi lo conseguía, de nuevo una visita, pero no la sombra de las otras noches. Esta vez era la imagen etérea de una mujer vestida de blanco y extremadamente bella, su rostro era como el de un ángel y cuando se le acercó dejó de tenerle miedo, al sentirla a su lado notó tranquilidad. Susurró unas palabras.

—Mírame a los ojos. Mira como tu hijo será mío— y la tranquilidad se transformó en horror.

Así fueron transcurriendo los días con sus correspondientes noches, el sueño era insoportable de llevar durante el día, pero el miedo le impedía dormir por la noche. Se obsesionó con su hijo, el pánico a perderlo la consumía cuando el niño no estaba en casa, pero si lo tenía cerca no quería que se preocupara y disimulaba. Fueron semanas de una espantosa tortura, la aprensión al regreso de aquella imagen la acompañaba y no quería bajar la guardia porque estaba convencida de que si lo hacía sería peor.

Una noche por fin cayó rendida, el cansancio acumulado y las pastillas con las que se estaba tratando tras una visita al médico fueron más fuertes que todo el

miedo que pudiera sentir. Por la mañana al despertar aquella sombra que se había convertido en una imagen etérea, ahora se había transformado en una mujer de carne y hueso, era tan real como la habitación en la que se encontraban.

A partir de ese momento se hundió definitivamente, ningún tratamiento ni terapia la hacían reaccionar, sus palabras siempre se referían a su hijo.

—Quiere a mi hijo.

Y a la pregunta de quién, la respuesta era “la bella mujer del vestido blanco”.

Fue ingresada en una clínica, necesitaba de cuidados constantes ya que se había convertido en un peligro para ella y para cualquier persona que estuviera a su alrededor. Reaccionaba con violencia cuando alguien se le dirigía excepto si era su hijo.

Así fue como Eduardo perdió a su madre, el acoso de Emma no hacía más que empezar.

*“Tu hijo es mío”, le susurra la voz.*

*El tiempo pasa, pero los relojes continúan parados, la sensación de angustia que la ha invadido al escuchar la voz desconocida desaparece y ahora Alejandra se encuentra en un estado de total tranquilidad. Mira de nuevo por la ventana y observa como el cielo cada vez está más cubierto por nubarrones de un color tan negro que nunca antes había visto.*

*Siente una paz indescriptible, es consciente de la gravedad del estado de su hijo, pero aun así ya no le preocupa, respira calmada y sus latidos ya no van tan rápidos como lo han hecho los últimos días. A su mente vienen recuerdos felices de su infancia, de sus padres y se siente como si de nuevo fuera una niña pequeña.*

*La voz la acompaña como una ligera melodía mientras continúa leyendo.*

## SIN TESTIGOS

El viejo camarero regresó a su casa desconcertado por el estado de Daniel y sintiendo miedo por él mismo porque la visita de Emma le había despertado recuerdos de la infancia que permanecían dormidos. Recordaba a su abuela, una anciana peculiar que tanto hacía de curandera como hablaba con los muertos en sesiones de espiritismo. Él había visto alguna, pero con el paso del tiempo esas imágenes las había guardado en algún lugar de su cerebro con la esperanza de que permanecieran para siempre escondidas, pero ahora regresaban acompañadas de extrañas voces que le hablaban. Todo lo que Emma le había contado, ese misterio indescifrable que había visto en sus ojos y la sensación de que hacía días que alguien lo vigilaba lo estaban llevando al límite de lo que podía soportar.

Deprisa intentó llegar a casa, pero no lo lograba, caminaba y caminaba, pero nunca llegaba y uno sudor frío le empapaba la ropa. Las calles y los edificios se repetían delante de sus ojos sin que pudiera hacer nada. Había entrado en un bucle del que no podía salir, el corazón le latía tan fuerte que podía notarlo en su pecho. Los minutos pasaban y seguía estando en el mismo sitio, cruzándose con la misma gente, con el sol y las nubes estáticos en el cielo. Intentó sentarse en un banco, pero una fuerza extraña se lo impedía y lo obligaba a seguir caminando, ya no era dueño de los movimientos de su cuerpo.

— ¡Eh! — una voz le habló tras su espalda.

Un hombre muy atractivo y corpulento lo miraba fijamente con un semblante muy serio. Vestía con un pantalón y un abrigo de cuero negros. Sus rasgos eran muy angulados y sus ojos de un azul tan claro que no podía dejar de mirarlos. Al moverse le pareció que llevaba un puñal o un arma similar en la cintura.

—¿Qué quiere? — le preguntó asustado.

— Tienes que acompañarme.

— No, no pienso acompañarle a ningún sitio, ¿quién es usted y que quiere?

— Sabes perfectamente quien soy y de dónde vengo. No es la primera vez que vas a hacer este viaje.

No tuvo tiempo de replicar, en unas décimas de segundo el silencio y el vértigo lo envolvieron y las náuseas le vinieron a la boca llenándose de bilis haciendo que casi se ahogara.

Apareció en un extraño lugar para él, las paredes eran de cristal y podía verse a través de ellas, pero no había nadie a quien ver, en el exterior no había nadie.

—¿Dónde estoy?

—¿No recuerdas nada?

—No— contestó temblando.

—No eras más que un niño cuando viniste la otra vez. Entraste por un paso que había en casa de tu abuela. Una mujer extraña, con una sensibilidad especial, excesiva para mi gusto. Me trajo más de un problema y me costó convencerla para que no hablara más de la cuenta ¿quién sabe? Algunos la hubieran tomado por loca, pero quizás otros hubieran curioseado demasiado.

—No me acuerdo de nada.

—No eras más que un niño de diez años cuando te encontré merodeando en uno de nuestros lagos. Habías aparecido allí ¡paf!, de repente. Lo mejor para mí hubiera sido eliminarte, pero me diste pena. Se te veía tan indefenso, tan poca cosa. Y ahora años después mi querida hermana te hace una visita y te complica la vida, con lo bien que te iba todo.

—¿Qué quieres hacerme? ¿Quién es tu hermana?

—No debimos haberte mandado de vuelta a casa. Me equivoqué al aconsejar a Emma, fui un blando. Olvidé que los niños se hacen mayores y dejan de ser inofensivos. Mi hermana, mi querida hermana, con ella también tendremos que hacer algo.

—Pero yo... yo no he contado nada a nadie. No me haga daño ¡por favor! — le suplicó.

El hombre permanecía sentado en aquella enorme silla, aterrorizado, mientras aquel ser con aspecto de guerrero caminaba en círculos a su alrededor. Cada vez que lo miraba lo veía más grande y fuerte, y él se sentía más pequeño e indefenso. La fuente que había en el centro de la estancia sacaba el agua cada vez de manera diferente y no pudo evitar pensar que era una verdadera maravilla. El Absis lo dejó unos minutos que se le hicieron eternos y cuando se fue sí que pudo ver el puñal en su cintura, que al igual que aquel inmenso y diferente lugar también era de cristal. En el rato que estuvo solo, las imágenes de su infancia regresaron. Debía tener unos diez años, no, recordó, todavía no los había cumplido. Faltaban tres días para su cumpleaños y aquella tarde fue a pasarla con su abuela. Era el principio de verano y el calor apretaba con fuerza, hasta que el sol no bajaba era imposible estar en la calle. Para Juan el mejor lugar era aquella pequeña casa de muros anchos y blancos que en invierno le daba calor y en verano lo aliviaba de las altas temperaturas. Junto con el riachuelo eran sus lugares favoritos.

Su abuela era una mujer bajita, vestía de negro y la espalda la tenía tan curvada que Juan creía que un día se caería hacia delante. Su piel estaba arrugada, apenas le quedaban dientes y llevaba el pelo blanco recogido en un moño que le daba un aspecto severo. La gente que la veía la primera vez mostraba cierto rechazo, pero para él era el ser más maravilloso que nunca había conocido y que nunca iba a conocer. Así pensaba en aquel tiempo y se veía viviendo el resto de su vida en aquel pequeño pueblo.

Sus padres trabajaban en el campo y eso haría al crecer, pero su familia insistía en que tenía que estudiar y buscar un lugar en el que tener una vida mejor. “Tienes que estudiar mucho, salir de aquí, ir a una gran ciudad. El mundo es muy grande y este pueblo demasiado pequeño, aquí acabarás ahogándote. ¡No te quedes, aquí! Por mucha pena que te dé irte y dejarnos, has de hacerlo. Prométeme que lo harás”. Todavía le parecía oírlo con su característica forma de hablar. El aire se le escapaba entre los pocos dientes que le quedaban y siseaba.

Esa tarde merendaba en la cocina de la vieja casa como otras tantas veces había hecho, en el fuego a tierra una gran olla hervía, hasta ahí todo normal, pero al levantar la vista una cosa llamó su atención. En la pared había algo que no tocaba que estuviera allí, un pequeño cuadro que mostraba un lugar desconocido y eso no era lo más extraño, el agua que podía verse se movía. Saltó de la silla y fue a buscar a su abuela que estaba en el patio de atrás, al ver que estaba acompañada se escondió. Allí fuera había una mujer hablando con ella, nunca la había visto ni tampoco a nadie con aquel aspecto. Por la forma de gesticular pensó que estaban discutiendo, pero al no poder oír la conversación decidió regresar dentro. Allí continuaba aquel cuadro, se acercó a él y lo tocó, entonces sucedió algo extraordinario, su mano se introdujo dentro del cuadro y notó como se mojaba, pero al sacarla estaba seca, volvió a meter la mano y entonces todo comenzó a dar vueltas a su alrededor.

La fuerte voz del Absis lo devolvió a la realidad.

—Alguien quiere verte, y será ella quien decida qué hago contigo

—Ahora lo recuerdo todo. Recuerdo como llegué hasta aquí, a Emma hablando con mi abuela y a ti. ¿Sigues igual, o es que hay más como tú?

—Soy el mismo. ¿Lo recuerdas todo?

—Dejé a mi abuela hablando con Emma, entré en la casa y toqué lo que yo pensé que era un cuadro y entonces todo empezó a dar vueltas.

Oyó unos pasos tras de sí y al girarse se encontró con Cristel, al ver cómo lo observaba intentó esquivar su mirada llena de odio.

—Bienvenido de nuevo, es un placer tenerte entre nosotros. He oído que has conseguido recordar lo sucedido hace unos años, pero lo que nunca llegaste a ver ni a oír fue la conversación de tu abuela y la traidora de mi hermana. Yo te lo explicaré, ahora estás aquí en mi casa, en mi acogedora Fortaleza de Cristal y no tenemos ninguna prisa ¿no es cierto? Bueno, quizás en circunstancias normales tendrías que ir a ese maravilloso trabajo que tienes, pero ... como puedes imaginarte, tu vida ha cambiado un poquito. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Tu historia, son tantas las historias de seres como tú que a veces me despisto. Ella fue a buscarte, mi admirada hermana necesitaba un niño con el que experimentar y se encontró con una anciana con muchos poderes dispuesta a todo por su nieto. Y me pregunto ¿por qué tanto sacrificio por un ser tan insignificante como tú? Tu abuela era poderosa, tenía una capacidad para ver y oír cosas que poca gente tiene y prefirió salvarte a ti.

—¿La matasteis?

—No fue necesario, ella sola se tiró desde lo alto de aquel campanario. A veces la realidad que se ve es demasiado dura para soportarla y a pesar de sus poderes no dejaba de ser una humana débil. Emma le propuso un pacto, tú venías con nosotros y ella llevaría una vida tranquila los pocos años que le quedaran, pero encontraste antes el paso y el experimento no funcionó y ella no estaba dispuesta a entregarte, ya ves, cosas del amor, ese amor estúpido entre padres, hijos, abuelos.... Yo quise eliminarte, pero mi hermanita decidió devolverte al comprobar que no recordabas nada, cuando regresaste tu abuela ya había perdido la cabeza.

—La volvisteis loca, por eso se tiró. Los dos días siguientes se los pasó como un fantasma por las calles del pueblo diciendo que el mundo se iba a acabar y al tercero la encontré tirada a los pies de la iglesia.

—No era una humana normal, demasiado inteligente, con una capacidad de captar cosas que ninguno de vosotros hasta entonces había podido lograr. Nuestra suerte fue que viviera en aquel pequeño pueblo y en esa época. Ahora con todos los medios que disponéis sería una amenaza real.

—¿Qué se dijeron en esa conversación? ¿Desde cuándo se conocían?

—Haces demasiadas preguntas— contestó Cristel de mala manera.

—Es lo menos que puedo pedir. Estoy aquí atrapado, sé que no voy a regresar y lo único que deseo es saber que hizo que mi abuela perdiera la cabeza. Concédeme sólo eso, después haz conmigo lo que quieras, por favor.

Ante la sorpresa del Absis y del propio Juan, Cristel se sentó y le explicó lo que sucedió en aquellos tres días.

Emma siempre había sido el ejemplo que seguir, parecía la Aetherna perfecta pero no era así. Sus visitas al mundo humano y la muerte de su madre fueron una combinación nefasta para el desarrollo de los acontecimientos. Los Dexius sabían que los humanos tardarían siglos en encontrar un paso a Kavla y cuando ese momento llegara iban a estar preparados, pero las incursiones que hizo Emma provocaron la apertura de varias entradas y con ello aumentaron las posibilidades de que los humanos encontraran una y el Elemento del que estaba construido la Fortaleza se resquebrajara, cada nueva grieta era un nuevo aviso de que la amenaza se acercaba. Su desaparición mientras duró su matrimonio con Enrique hizo que los pilares de Kavla zozobrarán, el mundo perfecto no lo era tanto porque la salida de uno de sus seres provocaba un desequilibrio que afectaba a su funcionamiento. Emma era demasiado importante para permanecer fuera de sus murallas, pero al convertir a su marido se hizo más fuerte y aparecieron unos poderes que desconocía. La conversión de Enrique hizo que el orden se restableciera y Emma, ayudada

por Cristel y las otras Aethernas, fueron transformando cada vez a más humanos, y cuantos más caían en su trampa más fuertes se hacían ellas y la Fortaleza. Eran prácticamente invencibles.

Kavla se estaba convirtiendo en un búnker al cual era imposible acceder, pero el mundo humano avanzaba a pasos agigantados, los progresos científicos lo continuaban haciendo peligroso y la población aumentaba de forma imparable y alarmante, a más humanos mayor riesgo. Las Aethernas no daban abasto para hacer desaparecer personas y fue entonces cuando Emma pensó en convertir a niños y devolverlos a sus hogares, quería comprobar que efectos se producían. No quería hacerlos desaparecer sino intentar reeducarlos y mezclarlos con los otros humanos, así llegado el momento de un enfrentamiento aquellos niños serían su ejército infiltrado. A pesar de toda su inteligencia, de todo su poder no pudo ver a tiempo que la abuela de Juan la presintió, él iba a ser uno de los primeros con el que experimentar, pero aquella anciana hacía tiempo que tenía visiones.

—Cuando llegué aquí, Emma ya me estaba esperando— dijo Juan.

—Sí, y nosotros estábamos con ella. No entendimos su decisión, cuando todo estaba preparado rectificó. Dijo que podrías convertirte en alguien peligroso para nosotros y quizás tenía razón. Tu abuela no era una humana normal y tú llevabas sus genes, ¿qué hubiera sucedido si te hubiéramos convertido y al final resultaba que también eras poseedor de los poderes de tu abuela? Ante la duda te devolvimos, pero si la decisión hubiera sido sólo mía te hubiera eliminado del todo.

—¿Y mi abuela?

—Pagó la rabia que la impotencia produjo en Emma, tu abuela miró en lo más profundo de los ojos de mi hermana y eso no lo pudo soportar.

—Mirar sus ojos produce escalofríos.

—Vuestra historia y vuestro futuro, eso es lo que consiguió ver tu abuela y lo que la llevó a enloquecer.

—Está claro que no voy a regresar a casa. Sé en que nos convertís, en trozos de carne vacíos y no quiero eso para mí.

—Os pasáis la vida temiendo por vuestra muerte y nosotras os convertimos en lo más parecido a un ser inmortal ¿por qué ese miedo? Tendrás todo el tiempo del mundo, algo impensable.

—Pero no tendré alma.

—¿Tan importante es para ti? Para que te ha servido, dime. ¿De qué le sirvió a tu abuela? ¿Crees que tu alma puede salvarte, que te va a hacer ir a un lugar mejor? ¿Realmente crees eso?

— Sí, creo con todas mis fuerzas.

—¿Qué hacemos con él? — preguntó el Absis.

—Matadme, por favor. No me convertáis.

—¿Qué crees que sucedió con el alma de tu abuela al tirarse desde aquel campanario? ¿Tienes tú su valor o su cobardía para hacer algo así? No voy a matarte ni voy a quitarte tu preciada alma.

—¿Qué vas a hacerme? — preguntó temblando con un hilo de voz.

—Enciéralo— ordenó.

—¡Por favor, por favor, mátame, mátame! — suplicó mientras era arrastrado como una pluma por aquel guerrero.

Juan se soltó del Absis e intentó huir, pero lo alcanzó enseguida, un paso de aquel ser eran cinco de los suyos, lo agarro por el cuello de la chaqueta y lo levantó.

—¿Dónde piensas que vas?

Mientras lo sostenía en el aire con una mano, con la otra cogió el puñal de hielo que llevaba sujeto en el cinto y al ver que Cristel asentía con la cabeza se lo clavó en el corazón. Un horrible frío recorrió todo su cuerpo, no podía moverse, pero podía ver y oír todo lo que sucedía a su

alrededor. El Absis lo llevó a una estancia en la que había más seres en su misma situación, lo colocó en el suelo y allí lo dejó. Cerró tras él la puerta de cristal opaco y Juan quedó encerrado, pudiendo respirar, ver y sentir, pero atrapado en un cuerpo petrificado.

## REGRESO A CASA

Los tres Dexius se encontraban hablando en el jardín discutiendo sobre como zanjar el asunto de Emma. Salex no estaba dispuesto a sacrificar a su hija porque seguía siendo muy valiosa y en caso de una grave crisis la ayuda más importante que podrían tener, pero el resto consideraba que el riesgo era más alto que cualquier aportación que pudiera realizar. Incapaces de llegar a ningún acuerdo se separaron, Heloc y Miltoc regresaron al interior y Salex permaneció sentado en un banco al lado de la fuente. Allí intentaba recordar algún momento similar al que estaba viviendo y no lograba hacerlo. Kavla siempre había sido un lugar seguro, inquebrantable, Emma era quien había roto el equilibrio. Siempre había sido especial, la relación con su madre, sus escapadas cuando no era más que una niña, quizás tendría que haber tomado medidas más fuertes desde un principio y no haber escondido lo que sucedía. No debía haberla protegido, pero quizás el problema inicial radicaba en él, era de todos sabido que de los tres era el más débil, el más benévolo. Cuando tuvieron que eliminar a los otros Dexius, fue el único que dudó y si finalmente accedió fue para salvarse a sí mismo, llevando ese peso desde entonces. El gran error de los habitantes de Kavla fue entregarles todo el poder en un acto de fe y ellos lo ejercieron con una tiranía como nunca antes nadie había visto.

A veces para él aquel lugar también era lo más parecido a una cárcel, miraba a los prisioneros que estaban bajo los efectos del puñal de hielo y también se sentía atrapado, no recordaba desde cuando tenía esa sensación, pero tenía claro que nadie debía conocer ese punto débil porque estaría acabado. Tampoco podía recordar como había empezado todo, el principio de Kavla, como se habían encerrado un grupo dentro de la inmensa Fortaleza de Cristal, todos los seres que habían desaparecido en su construcción, su aislamiento y el de los otros Dexius, sus primeros encuentros con las hadas, el respeto que se habían ganado de los otros seres, ¿o era miedo? En Kavla habían impuesto un sistema en que lo principal era que cada habitante debía limitarse a las funciones que le habían sido encomendadas y nunca bajo ningún concepto se podía discutir a los Dexius, ellos eran los que velaban por la seguridad y el orden, pero alguno de ellos también había caído víctima de aquel orden intocable. La expresión de los sentimientos y estos mismos habían quedado relegados en beneficio de un equilibrio que los Dexius defendían con mano de hierro. Hace mucho tiempo fueron siete, ahora solo quedaban tres, ¿sería él el siguiente en desaparecer? Recordó el ataque de ira que tuvo cuando descubrió que Emma había encontrado uno de los pasos, la ira era la expresión de un sentimiento y un signo de debilidad.

El Elemento les protegía de la amenaza exterior de los humanos, pero ¿quién los protegía de ellos mismos? Emma había conseguido reconstruir los daños de las grietas transformando a muchos humanos, a más transformaciones su Fortaleza era más fuerte, pero aquellos seres que vivían al otro lado cada día eran más complejos y aumentaban en número a un ritmo imparable.

El ruido del caminar de alguien que se acercaba interrumpió sus pensamientos, se giró y vio a Cristel con un niño en brazos.

—¿Qué hace aquí este niño?

—Encontró uno de los pasos, pero no hay peligro alguno.

—¿Y el otro humano que habéis atacado con el puñal? También ha encontrado solo el paso o el Absis lo ha hecho llegar hasta aquí.

—Padre...

—No debíamos interferir, lo dije muchas veces. Si ellos no intentaban nada nosotros no haríamos nada. Has desobedecido mis órdenes. Los otros no están conformes con lo que está

sucediendo, Emma lo empezó todo, pero tú lo estás complicando más.

—Sólo quería ayudar, evitar que la profecía se cumpliera.

—Lo que habéis hecho es que todo se adelante, devuelve ese niño a sus padres y dejad de convertir a las personas en restos de lo que eran. ¡Acércame al niño!

Cristel le acercó a Marc, seguía sin tener fuerzas para caminar y su mirada continuaba perdida. Al mirarle a los ojos comprendió enseguida lo que le habían hecho.

—¿Cómo has podido hacerle esto?! No era más que un niño inocente.

—Un niño que en pocos años se convertiría en un adulto. Padre, a veces te miro y veo a Emma, dudas al tomar decisiones, esas personas te importan.

—Esas personas no nos habían hecho nada, los pasos estaban cerrados, era casi imposible que los descubrieran. Todo se nos ha ido de las manos, Emma lo empezó, pero tú disfrutas vengándote de lo que le hicieron a tu hermana y siempre vas un paso más lejos de lo que se te pide.

Cristel sentía que se iba encendiendo de rabia por momentos, las palabras de su padre eran inaceptables, veía debilidad en él y eso le producía asco y odio. Los sentimientos estaban presentes y cuando aparecían no los controlaba, la desbordaban y eso la enfurecía y la hacía más peligrosa.

—¿Sabes que te pasará si descubren que eres débil? Acabarán contigo como hicisteis con los demás. No podemos permitirnos a alguien como tú.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Traicionarme? ¿Entregarme a los otros Dexius?

—No podemos permitirnos a seres como tú y Emma.

Salex se puso delante de Cristel, a muy pocos centímetros de su cara, la enorme presencia de su padre no la amedrentó.

—Soy tu padre y Emma es tu hermana. Somos lo más sagrado que hay en tu existencia. Veo en tus ojos que eres capaz de eliminarnos si así sacas un beneficio.

—Mi único beneficio es el bien de Kavla.

—No, a ti sólo hay una cosa que te importa y te motiva, y es quedarte con todo. Quieres mi sitio y el que le corresponde a tu hermana.

—Mi hermana es débil y...

—Y tú ambiciosa y peligrosa, sin ningún respeto hacia nosotros dos.

—Esto no va a quedar así.

—Lo sé, pero mientras yo esté aquí obedecerás mis órdenes. Devuelve al niño a sus padres. Lo que has hecho ya no tiene remedio, lo observaremos y decidiremos sobre la marcha.

—No te arrepentirás, este niño nos será muy útil.

—¡Cállate! Quiero que lo devuelvas a sus padres porque es la solución menos mala, al menos estará con ellos.

—Eres estúpido, qué harán sus padres con él, no es más que un trozo de carne— no quería confesar que esperaba haberlo convertido en un arma de la que beneficiarse y que necesitaba un tiempo para ver su evolución antes de devolverlo a su mundo.

—¡Son sus padres! — sentenció.

Cristel cogió a Marc en brazos porque seguía sin aguantarse de pie y se lo llevó.

Al llegar al otro lado la noche era oscura y hacía bastante frío, en el parque ya no quedaba nadie, hacia bastantes horas que todos los niños habían regresado a casa con sus familias. Cristel dejó a Marc estirado en uno de los bancos, a la mañana siguientes alguien lo encontraría.

Sin moverse de la posición en que lo había dejado, pudo ver un camión de la basura que pasaba cerca, pero el conductor no se percató de que estaba allí. No fue hasta que una pareja de barrenderos se acercó a una papelera cuando se dio la voz de alarma.

La policía y la ambulancia llegaron enseguida, inmediatamente la familia fue avisada y se encontraron con él en el hospital. Los médicos dijeron que físicamente estaba bien, pero psicológicamente su estado era preocupante. Marc no recordaba nada de lo sucedido, estaba ausente y no reaccionaba a ningún estímulo exterior. La mirada la tenía totalmente perdida en el vacío, comía, bebía, respiraba, pero no hablaba ni mostraba ningún tipo de emoción.

No muy lejos del hospital y tras observar lo que sucedía, Cristel estaba enfurecida consigo misma, lo que estaba sucediendo no era lo esperado. Aquel niño no era más que un muerto en vida del que probablemente no podría sacar ningún beneficio. Sus planes no estaban saliendo, si la transformación de Marc hubiera funcionado lo hubiera repetido con muchísimos más, hubiera creado lo más parecido a un ejército de apariencia inofensiva, pero enormemente peligroso. Ahora con este fracaso debía enfrentarse a un padre débil y una hermana que la había decepcionado tanto que lo único que deseaba era su desaparición. Tampoco podía fiarse de los otros dos Dexius, no podía fiarse de nadie a excepción del Absis que la había acompañado siempre, pero cuánto duraría su compañía. Su enorme fuerza desaparecía en pocos segundos sin avisar, ya lo había visto otras veces. Debía regresar a Kavla y reordenar sus ideas, intentar ganar nuevos aliados incluso de fuera de la Fortaleza. Sólo tenía que convencer a esos seres sumisos para que se sublevaran contra los Dexius y que ella los ayudaría.

Al regresar, intentó que su padre no la viera porque a pesar de considerarlo un ser débil, tenía que reconocer que Salex lo seguía controlando todo, pero no pudo evitar el encuentro.

—¿Y el niño? — preguntó.

—No nos sirve para nada.

—Lo que has hecho ha sido un error, no deberías haber experimentado.

—¿Por qué no? Es mucho más fácil que con los adultos, si convertimos a los niños nunca llegaran a crecer.

—¿Cómo tengo que decirte que te olvides de ellos?

—¿Y cuándo pase el tiempo y el niño no evolucione? ¿Qué pensará su familia?

—Nosotros ya no estaremos allí. Ahora hay que acabar con todos los “asuntos” pendientes que tenéis. Traed a todos los que habéis convertido, he de pensar qué hacer con ellos, después desapareceremos, no volveremos a entrar en sus vidas. Nadie, escúchame bien, nadie volverá nunca a cruzar por uno de los pasos, estarán vigilados y si llega el día que un humano intente pasar, actuaremos, pero las decisiones las tomaremos los Dexius, ni tú, ni nadie.

—¿Y Emma?

—Olvídate de ella, déjala en paz.

Pero Cristel ya se había encargado de traer de regreso a Emma y a su idolatrado Eduardo y ahora mandaría a un ejército de Absis a que trajeran a los humanos que habían sido transformados durante tantos años. Lo que les sucediera ya no era decisión suya, pero el futuro de Eduardo y su hermana sí.

## LOCURA

Sin ninguna documentación y sin nadie que lo reclamara lo encerraron como si estuviera loco, pero Daniel sabe que no es así. Sabe lo que vio, vio como entre las aguas aparecía un agujero en el que Emma y Eduardo entraron y tras él un mundo diferente al nuestro los estaba esperando. Pudo ver algo parecido a un castillo o palacio hecho de cristal y a su alrededor infinidad de diferentes paisajes que nunca había visto juntos. Lo que no consigue recordar son las caras de los hombres que estaban con Cristel, lo único que recuerda es que eran muy altos y fuertes y vestían algo parecido a una guerrera de piel larga hasta los tobillos.

La historia de lo que ha vivido la ha repetido a los médicos hasta la saciedad, ellos le hacen las mismas preguntas por activa y pasiva, de una forma u otra para ver si así se contradice, pero se mantiene firme, la verdad de lo sucedido sólo se puede explicar de una manera.

Aunque Cristel no esté a su lado lo manipula y todo lo que le introduce en su mente es horrible. Tiene que encontrar la manera de salir del hospital, escapar e intentar reunirse con Emma. Mientras intenta idear un plan imposible, el bombardeo de imágenes empieza de nuevo y grita de desesperación.

— ¿Qué sucede? — le pregunta la enfermera al oír los gritos.

— Tiene que ayudarme a salir de aquí, por favor— le suplica.

— Tranquilícese, vamos. Ahora avisaré a uno de los médicos.

— ¡No quiero a ningún médico, sólo quiero salir de aquí! ¡Emma necesita mi ayuda! ¡Y ese niño está en peligro, van a hacerle daño!

—Vamos, vamos, ¿quién es esa Emma? ¿Y de qué niño está hablando?

—¡Lo he visto, necesita mi ayuda! ¡No puede ser lo que le ha hecho, no puede ser! — continúa gritando con más desesperación si es que eso es posible.

— No hay ninguna Emma, venga estírese— mientras le ayuda a tumbarse en la cama pide ayuda. Y tampoco hay ningún niño.

— ¡No me hagan nada por favor, sólo quiero salir de aquí, me necesitan! ¡Tenemos que ayudar al pequeño! ¡Hay que avisar a sus padres, yo puedo explicarles lo que le han hecho!

Entra un enfermero enorme que lo sujeta fuertemente mientras le ponen una inyección que lo deja dormido.

Sueña con Emma y Eduardo, están atrapados en un lugar extraño y los hombres que estaban con Cristel los vigilan. Ahora es un simple espectador que observa.

En un mismo lugar se puede ver una enorme catarata que deja caer interminables cantidades de agua, el color es de una azul intenso. No muy lejos de allí gigantescos árboles dan paso a un extenso desierto al cual Emma y Eduardo son arrastrados por esos imponentes hombres. Está sobre ellos, flota sobre sus cabezas y el cielo que lo rodea es tan blanco que le duele mirarlo, desde allí arriba escucha con detenimiento todo lo que dicen.

— Eres una traidora— le dice Cristel.

Emma se mantiene en silencio y no opone resistencia mientras le atan las manos a la espalda, Eduardo se mantiene erguido y su mirada permanece perdida.

—Éste es tu final.

—¿Qué final? — ahora sí que contesta. ¿Quién te crees que eres para decir que este es mi final?

—Todas estamos de acuerdo en que te has vuelto débil y como puedes ver he convencido a nuestros hermanos y hermanas para que me sigan.

— Nuestro padre no lo permitirá...

— Nuestro padre es tan débil como tú. ¿Cuánto crees que tardarán los otros Dexius en darse cuenta y en eliminarlo? Kavla necesita seres fuertes que lo defiendan. Mezclarte con los humanos te convierte en frágil y provocas que el Elemento de la Fortaleza se rompa y sea accesible.

Emma escucha a su hermana, sabe que tiene razón, pero todo lo que ha sucedido hasta ahora todavía se puede arreglar produciendo el mínimo daño posible. Pero los pensamientos de Emma no coinciden con las palabras de odio y resentimiento de su hermana, a la que parece se han unido algunos Absis y las otras Aethernas. Se encuentre en una situación muy difícil y si nadie acude en su ayuda no se ve con fuerzas para hacer nada.

— Haz conmigo lo que quieras, pero a él déjalo ir, por favor.

— ¿A dónde? ¿Crees realmente que tiene algún lugar a donde volver? Ya no tiene nada, te recuerdo que tú se lo arrebataste todo.

Cristel permanece en silencio durante un tiempo que se hace eterno mientras pasea de un lado a otro.

— Fuiste a pedir ayuda a otro pobre desgraciado, ¿sabes que ahora está aquí?

Daniel flota invisible sobre ellos.

—¿Cómo estás Daniel? Veo que no has podido salir de tu encierro, pero gracias a mí vas a poder verlo todo sin necesidad de moverte. Recuerdas lo bien que nos lo pasamos juntos, lástima que te empeñaras en complicarlo todo. Si hubiera sido por mí te hubiera utilizado un poco más, lo cierto es que eres de los que más tiempo me ha durado.

Daniel está rígido sobre la cama de su habitación, intenta mover los brazos y las piernas, pero no les responden. Quiere gritar, pero tampoco puede, su cuerpo permanece paralizado mientras su mente es testigo de lo que sucede en un espacio que no es el suyo.

—¡Déjalo! — le grita Emma.

—¡Cállate! ¡Calla de una vez por todas, lástima que no te hubieras quedado enterrada para siempre en aquel agujero! ¡Allí mismo tenía que haber acabado contigo!

Emma muestra su sorpresa, rabia e indignación. Su hermana estaba presente cuando sucedió todo, cuando Enrique intentó matarla y se convirtió en el ser al que ahora mismo odiaba. Estaba en aquel bosque y no hizo nada para ayudarla.

—¿Qué estás diciendo? Tú...tú no estabas allí.

—Claro que estaba, no sabes el tiempo que hacía que ya te observaba, pero eras tan estúpida que no te dabas cuenta de nada.

Daniel continúa sin poder moverse, lo intenta, pero no puede mover ni un solo músculo de su cuerpo y tampoco consigue despertar, quizás no esté dormido y su estado ha pasado a ser ése, una fase más de todo el proceso. Igual que cuando estuvo encerrado su cuerpo ya no es suyo y no lo necesita. Cristel sabe lo que pasa por su cabeza, el control que posee es cada vez mayor, sólo le queda apoderarse de su voluntad.

— No vas a despertarte por el momento, y si no dejas de intentarlo encontraré la forma de tenerte entretenido. Por el niño, no te has de preocupar, está de regreso con sus padres y además ¿por qué te preocupas tanto por él?

—¡¿Qué más puedes hacerme?!

— ¿Quieres volver a ver a tu dulce mamá descomponiéndose delante tuyo? ¿Quieres volver a ver en los ojos de Emma? Eso te preocupa ¿no es cierto? Díselo, querida hermana, ¿qué hay en tus ojos que los hace tan especiales? Puedo jugar con tu mente todo lo que quiera, no sientes como se acerca mamá, ya puedo oír la cantar. Y Marc, ¿qué será de él? Ahora es más indefenso que cuando lo encontré. El pobrecillo, tenía esa carita tan asustada...

—¡Calla!

—Y fue tan fácil convertirlo, apenas tuve que posar mis manos sobre su delicada cabecita y se acabó, lo que le hacía diferente ya no estaba—al acabar de hablar suelta una horrible carcajada.

—¡He dicho que te calles!

—Ya me callo, mira quien viene a visitarte.

“Estrellita de San Juan brilla, brilla sin parar, estrellita de San Juan brilla, brilla sin parar.” Su madre se acerca con los brazos abiertos y él intenta cerrar los ojos porque sabe lo que viene después. Su rostro se desvanece de nuevo y de su cara sólo quedan restos de carne pegada a los huesos, los ojos le cuelgan y sus brazos son dos extremidades repulsivas que caen de los lados de un cuerpo en total descomposición. Finalmente desaparece.

—No se te olvide que puedo hacer lo que quiera.

Emma se acerca desconcertada por lo que acaba de oír, observa a su hermana una y otra vez, incrédula. El Absis que antes le ha atado las manos la sujeta de nuevo, pero Cristel le hace un gesto con la mano para que la deje ir.

—¿Quién es ese niño? —le pregunta, sospechando cual va a ser la respuesta.

—Se suponía que mi mejor arma, mi creación. He convertido a un niño y se lo he devuelto a sus padres, pero mis planes no han salido como esperaba. ¿Recuerdas cuando fuiste tú quien intentó convertir a un niño y fracasaste? No eres mejor que yo.

—Entonces te dije que los niños eran intocables.

—Pues con Eduardo no tuviste ningún problema, no te acercaste directamente a él, pero lo dejaste sin su madre. ¿Qué hay peor que eso para un niño?

—No es lo mismo.

—Sí que lo es. La diferencia entre tú y yo es que sientes remordimientos, una muestra más de tu debilidad.

—Eres peor de lo que imaginaba. ¿De dónde sacas tanta maldad? Entre nosotros siempre nos hemos protegido, yo nunca haría daño a nadie de nuestro mundo. Si tú hubieras estado en mi lugar no habría permitido que te enterraran. ¿Sabes lo que sentí?

—No, no lo sé. Y no me interesa lo más mínimo.

—¿Por qué me odias tanto?

—Porque lo tenías todo para ser la más poderosa de todas nosotras, nunca había habido nadie tan inteligente como tú, nadie. Estabas destinada a liderar nuestro mundo junto a nuestro padre, pero en lugar de eso decidiste enamorarte, enamorarte de un humano, ¡tú! Un ser eterno, una inmortal que está en el mejor lugar de todos y renuncias a ello para pasarte a un mundo imperfecto lleno de dolor. Debías ser nuestra líder cuando llegara el momento, pero eso ya es imposible porque eres débil.

—¿Dolor? ¿Cómo puedes hablar de dolor, no ves el que estás creando a tu alrededor? Controlas la mente de Daniel y a través de ella continúas haciéndolo sufrir, has destrozado a Eduardo, has matado a gente sin motivo alguno y tu máxima aspiración es controlar también mi mente y después ¿después qué? Ese dolor lo pasarás a nuestro mundo, es eso lo que quieres. Primero seré yo, tu siguiente víctima nuestro padre ¿y después? Te atreverás con los otros dos Dexius.

— Sé lo que quiero y no vas a darme lecciones. Tampoco eres quien, para hablarme de dolor, tú lo empezaste todo o ya no recuerdas al pobre Enrique, es el que más años lleva vagando por el mundo. ¿Te has parado a pensar alguna vez en su dolor?

—Cristel, ¿qué quieres?

— Todo, querida hermana. Lo quiero todo.

— ¿Qué es todo para ti?

— Quiero que ese lugar que tanto adoras se someta a nuestro mundo, es la única solución para estar a salvo. Si no te hubieras saltado las reglas nunca hubiera intervenido, habría esperado pacientemente a que fueran ellos los que encontraran el lugar de paso y después los habría aniquilado, contigo al frente y al lado de nuestro padre. Tu curiosidad lo cambió todo, empezaste esta guerra el día que te entregaste a Enrique, no lo olvides.

—¿Y después, cuando hayas acabado con ellos?

—Después empezará una lucha con todos los de vuestro mundo que la molesten. Nunca tendrá suficiente— susurra Eduardo.

—¡Eduardo! — exclama sorprendida Emma.

— Eres ambiciosa, en mi vida he conocido a mucha gente como tú. Ahora quieres destruirnos a nosotros, mañana serán otros y nunca tendrás suficiente.

Hablaba entre susurros, su voz era apenas perceptible. Era difícil ver en su cara algún resto de lo que había sido.

— ¡Silencio!

— Quiere dominar los dos mundos, someternos a todos. Acaba conmigo, ya no tengo vida, no tengo ni pasado ni futuro. Destruyeme, pero déjalos a ellos.

— ¡No digas tonterías! — le grita Emma.

— Me estás dando una idea, sería divertido ver la cara de tu enamorada mientras hago que desaparezcas del todo, o ¿cómo lo llamáis vosotros? Muerte. Sí, creo que es eso, pero si no recuerdo mal ya no tienes alma, ¿dónde deben ir los muertos sin alma? Al cielo, al infierno. ¡Ah, se me olvidaba! Todo eso no es más que un invento para vivir más tranquilos. Si acabo con tu cuerpo, cosa que sólo podemos hacer uno de nosotros como ya sospechabas, ¿qué quedará de ti?

— ¡Déjalo Cristel, por favor!

— ¿Qué te parece hermanita, y si lo probamos? A eso todavía no hemos jugado— dice mientras hace una señal con la mano a uno de los Absis que la acompaña. Éste se dirige hacia Eduardo y le clava el puñal de hielo en el pecho, sólo se oye un ligero suspiro que emite mientras cae al suelo. La cara desencajada de Emma es el reflejo de lo que sienten los dos, un grito ahogado la acompaña mientras intenta correr hacia él, pero la sujetan. Un silencio frío los envuelve y Daniel siente como si un poco se fuera con Eduardo. Emma grita y llora mientras la continúan sujetando, Cristel se acerca hacia el cuerpo inerte, lo pone boca arriba para observarlo detenidamente. De la herida del pecho brota una sangre oscura que no parece humana y que se seca en pocos segundos mientras que de sus ojos caen unas espesas lágrimas. Es la primera vez que nadie ha utilizado el puñal de hielo en un convertido, ni Cristel sabe que va a suceder. Desconoce el porqué de esa sangre tan oscura y de esas lágrimas que casi se pueden cortar.

— Ves que fácil. Ya está, se acabó su sufrimiento. Es mejor así o acaso pensabas poder vivir con él. Fíjate hasta ha podido derramar algo parecido a unas lágrimas una vez más, cuando creía que nunca más iba a poder hacerlo.

— ¿Por qué lo has hecho?

— Porque era un estorbo, debía apartarlo de mi camino y además me sirve para que te des cuenta de que soy capaz de todo. No lo ves, podemos jugar con ellos, hacer lo que deseemos y no pueden defenderse. Son inferiores, no tienen nada que hacer.

— Eres lo peor que existe. ¿Qué va a suceder ahora con él? Eso escapa de todo lo que conocemos.

—¡¡¡¡No!!!! Tú me enseñaste a ser así, tú eras así hasta que este ser despreciable hizo que te volvieras débil. Supe que no podía fiarme de ti desde que lo dejaste todo por Enrique. Desde entonces me preparé porque estaba convencida de que volverías a caer en manos de uno de ellos.

Y no me importa lo que va a suceder con él, ni me importa ni me interesa.

— ¡Acaba conmigo también!

— Demasiado fácil, estoy disfrutando mucho viendo como sufres. Eso es lo que tanto envidiabas de ellos, ¿no? Los sentimientos, pues ahora ya sabes lo que es el amor, el dolor, el sufrimiento. ¿Quieres despedirte de él? ¿Acercarte a él?

— Por favor. — le suplica

— ¡Llévao, deshaceos del cuerpo! — les ordena.

— ¡No, no me hagas esto, deja que me despida de él, déjame verlo por última vez!

— Debes venir a ver a nuestro padre, ha de decidir qué hacer contigo.

Los hombres fuertes y de gran tamaño, sin ningún respeto a la persona que un día fue lo arrastran con fuerza hacia un lugar que sólo ellos saben. Daniel permanece suspendido en el aire viendo como Emma se hunde sin poder hacer nada. Todos desaparecen de su vista, la imagen que tiene ante sí vuelve a ser la pared blanca enfrente de la cama. Le cuesta respirar y todo su cuerpo tiembla. Oye la voz de Cristel.

— Pronto vendré a buscarte

Acompañan a Emma en presencia de Salex, allí ya se encuentran centenares de humanos con las miradas perdidas que se acercan a los Absis como si de un imán se trataran. Los poderosos guerreros los sujetan entre sus brazos con una fuerza inusual y con aquel extraño y poderoso abrazo quedan convertidos en cenizas blancas. Sus cuerpos se funden sin hacer ruido, ninguno dice nada, no ofrecen la más mínima resistencia, algunos incluso tienen una leve sonrisa en los labios, piensan que ha llegado el momento de la desaparición definitiva y con ella por fin el descanso que tanto ansiaban.

No queda nada, sólo ese polvo blanco y tan fino que se resbala entre los dedos.

— ¿Padre, ¿qué les estás haciendo?

— Liberarlos de la prisión en la que estaban encerrados. Ahora por fin descansarán. Todo esto se te ha escapado de las manos...

— Cristel lo ha complicado todo, yo estoy tan cansada que lo único que quería era poder estar con Eduardo.

— ¿Cómo? Somos de mundos diferentes, tu eres inmortal y él hace tiempo que dejó de ser alguna cosa parecida a una persona. Tu sitio está aquí, a mi lado. Todo va a volver a ser como era antes, ellos en su mundo, nosotros en el nuestro. Los pasos han de quedar bien cerrados, si ellos algún día descubren uno haremos lo que debamos, pero hasta entonces se ha acabado Emma ¿lo entiendes? Se ha acabado.

— ¿Los has hecho desaparecer a todos? ¿Qué han dicho los otros Dexius?

— Me acaban de informar de todo, faltan Daniel y el niño, y Eduardo... Cristel ha hecho que lo eliminaran de la forma más atroz, el puñal de hielo. Los otros se mantienen al margen, pero tanto tú como yo estamos en el punto de mira. Cuando todo esto termine, no sé qué va a pasar con nosotros. Estamos marcados Emma, estigmatizados y eso ya sabes que quiere decir.

— Lo siento tanto.

El Dexius se acerca a su hija y la abraza por primera vez, Emma se sobresalta porque nunca se hubiera imaginado que su padre tuviera una muestra de cariño hacia ella. Cuando necesitó ese afecto al morir su madre, le dio la espalda.

— Cuando naciste, tu madre me avisó y no quise hacerle caso. Me dijo que eras especial y no por el día en que llegaste a este mundo y que marcaba que eras la Elegida sino porque sólo con mirarte ella veía una luz en ti que nadie tenía. Yo creí que aquella luz que te rodeaba, aquel halo mágico que decía era la marca por haber sido elegida, pero estaba equivocado. Eres especial

porque te atreviste a dar el salto al otro lado para conocer a los seres que nosotros temíamos, mis advertencias te dieron igual. Al igual que tampoco te importaba salir al exterior de la Fortaleza y mezclarte con el resto de nosotros. Y como adorabas a tu madre y te preocupabas por las Moerthes.

—Sigo encontrándola a faltar.

—Lo sé, yo también. Su luz, la vida que desprendía eran incomparables a todo lo que había visto hasta que la conocí, cuando reía sus carcajadas se convertían en música para mis oídos.

—Padre...

—Pero yo era un Dexius y sólo pude estar con ella para tenerte a ti. Cuando desapareció y viniste a mi tan triste, no supe que hacer y me escondí tras mi máscara de líder duro e insensible y mientras te fuiste alejando de mí.

Los dos continuaron abrazados durante un rato sin importarles que alguien los viera, ahora ya daba igual porque su futuro ya no dependía de lo que hicieran.

—¿Qué vamos a hacer?

—Iremos actuando conforme vayan viniendo los acontecimientos.

—El niño no debería haber sido transformado, ha sido una atrocidad por parte de Cristel. Y el puñal de hielo era innecesario, ¿para qué tanto dolor? ¿Y las familias de todas estas personas?

—Desde cuando te preocupan las familias de vuestras víctimas. ¿Te preocupó la madre de Eduardo? ¿Su mujer, sus hijas? ¿Y tú primera víctima, pensaste en algún momento las consecuencias que podías acarrearle con tu actitud? Míralo, allí lo tienes. Más de cuatrocientos años viviendo en un mundo en que no era visto por la mayoría de las personas, mientras era testigo de todo lo que sucedía, ¿Por qué no pensaste en eso cuando decidiste unir tu vida a la de un mortal? Sabías perfectamente que el tiempo se encargaría de romper vuestro vínculo.

—Deja que me acerque antes de hacerlo desaparecer.

Emma se dirige hacia donde se encuentra Enrique, la mira y no dice nada y ella no sabe si la reconoce. Él acaricia el todavía joven rostro con sus callosas y envejecidas manos.

—Sigues igual— le dice con un susurro. Yo también como puedes ver, me condenaste a una vida sin nada. Con el paso de los años me hice invisible a los demás, pero yo seguía en el mundo, un muerto en vida o ¿cómo debería llamarlo? Una vez me dijiste que nunca más estaría solo, pero luego me condenaste a la eterna soledad como única compañía. Ahora debes dejarme marchar, es hora de que descanse. Adiós, mi querida Emma— se despide de ella con un beso en la frente que la hace estremecer al recordar el tiempo que pasaron juntos.

Enrique se acerca a uno de los Absis que lo rodea con sus brazos, Emma ve como se desvanece y en pocos segundos sólo quedan las cenizas de la persona que hizo que todo cambiara.

## *DANIEL Y MARC (Repasar)*

### NIÑO DESAPARECE DE LA HABITACIÓN DEL HOSPITAL.

“Nueva desaparición del niño que había sido encontrado en un parque. El pequeño se encontraba en la habitación del hospital bajo observación. Esta situación está envuelta de un gran misterio pues la madre se encontraba presente.

También se informa de otra desaparición en una institución psiquiátrica, la de un joven que llevaba unas semanas ingresado. En el momento de ésta, al igual que en el caso anterior, se encontraba en su habitación y no se han encontrado signos de violencia ni en la puerta ni en la ventana. Las cámaras de vigilancia no han detectado ningún movimiento.”

## VISITANTES EN KAVLA (*Título!!!*)

—¿Así es como termina todo? — pregunta Daniel.

—¿Cuántas veces has pensado en deshacerte de tu cuerpo mientras has estado encerrado? Esto es lo mejor que puedes sucederte, no sentirás nada y por fin podrás descansar.

—¿No hay ninguna forma de poder salvar al niño?

—Me temo que no—contesta Salex.

—Si no puede volver a casa, deje que viva aquí pero que tenga una oportunidad.

—Es difícil.

—Usted puede hacerlo, no es más que un niño. Deje que viva aquí, salve una parte de su vida, se lo suplico.

—Lo pensaré.

—¿Puedo ver a Emma?

—No. Prometo intentar hacer algo con el niño, pero no pidas nada más. Siento lo que te ha sucedido, todo esto se me ha escapado de las manos, pero este final es el menos malo para todos.

Daniel es sacado de la estancia escoltado por dos enormes Absis, ya sabe que han hecho con los demás y que dentro de muy poco ya no sentirá nada, habrá desaparecido y no le importa. Mientras se aleja vuelve la cabeza para dirigirse al Dexius.

—Salve al niño—insiste.

Salex se dirige a los jardines donde se encuentra Marc, allí está mirando fijamente el estanque lleno de peces similares a los del lago, se le ve feliz. Su apariencia es la de un niño alegre, ajeno a todo lo que ha sucedido y suelta una carcajada que resuena en el jardín de la Fortaleza. El Dexius no recuerda haber oído risas allí dentro hasta ese momento.

—Me han dicho que te llamas Marc, ¿es así?

—Sí. Este sitio es muy bonito, me gustan estos peces con tantos colores, son divertidos.

—¿Dónde vivías antes no había peces así?

—Casi no me acuerdo de donde vivía antes, ni de mis padres. Creo que vivía con ellos y mi abuelo, pero no sé qué cara tenían.

Escucha atentamente las palabras de Marc y mientras lo hace decide que quizás podría darle una oportunidad en Kavla.

—¿Te gustaría vivir aquí o prefieres regresar a casa?

—¿A qué casa?

—A la tuya, con tus padres y tu abuelo.

—No sé de qué me habla, no recuerdo a ningunos padres ni a ningún abuelo.

Salex sabe que ya no queda nada dentro del niño, su vida pasada ha desaparecido, borrada de golpe por la transformación. Desconoce que otras consecuencias puede haber y quizás lo mejor que puede hacer es dejarlo que viva allí, controlarlo y ver que sucede. La gran pregunta es cómo mantenerlo a salvo sin que los otros Dexius quieran eliminarlo y que Cristel no haga algo por su cuenta y lo perjudique todavía más.

## *EMMA Y DEXIUS*

Marc sujeta con fuerza la mano de Salex cuando hace la intención de irse, y éste puede percibir el vacío que siente y el olvido de su vida anterior. La imagen de sus padres y de su abuelo, de su corta vida pasada no son más que sombras que se desvanecen en la mente del pequeño. Le dice que no se preocupe por nada y que se quede allí, no tardará en volver.

No está tranquilo dejándolo solo, pero debe ir a la sala donde los humanos han desaparecido y no quiere que el pequeño sea testigo de lo que allí ha sucedido.

Al entrar en la enorme estancia no ve rastro de nada, ningún indicio ni resto de que por allí han pasado todas aquellas personas, los Absis lo han limpiado tan bien que un escalofrío recorre su cuerpo. Por su mente desfilan imágenes del horror que han sentido todos aquellos seres y se le hace insoportable, pero no puede mostrarse débil. Al recordar el fin de los otros Dexius una fuerte presión oprime su pecho y siente que es observado. Se gira y tras de sí, un Absis no le quita la vista de encima.

Salex recuerda cómo llegaron a controlarlo todo, los habitantes de Kavla empezaron a no querer tomar decisiones, a delegar cada vez más en los Dexius. El gobierno que estos habían llevado a cabo era tan satisfactorio para todos que poco a poco se fueron haciendo cada vez más dependientes de ellos y casi sin que nadie se diera cuenta los siete Dexius se hicieron con el control absoluto, incluso hasta el más mínimo detalle de la vida de cada uno de aquellos seres. Cuando se dieron cuenta ya era demasiado tarde y se habían convertido en lo más parecido a unos esclavos que debían cumplir todas las órdenes que recibían. Los Dexius se encerraron en la Fortaleza que cada día era más grande y la entrada se prohibió. La separación entre aquella gran construcción y el resto de Kavla fue aumentando cada vez más y dejaron de ser unos gobernantes justos para convertirse en unos tiranos. De los siete, cuatro empezaron a mostrar dudas, aquella situación no era correcta y se debía cambiar, pero Salex, Heloc y Miltoc no dudaron en cortar de raíz ese pequeño intento de rebeldía. Los Dexius rebeldes fueron arrinconados, primero a los subterráneos de la Fortaleza y finalmente trasladados a una caverna inhóspita en las canteras. Allí rodeados de grandes toneladas del Elemento fueron perdiendo sus poderes y quedaron reducidos a sombras de lo que habían sido. El material que fuera los hacía poderosos, allí los minaba lentamente. La gran fuerza física que ostentaban fue lo primero en desaparecer, eran tan débiles que les costaba caminar, arrastraban los pies porque no eran capaces de mover su poderoso cuerpo. Pero aquello no era más que el principio, la llegada a aquella oscura cueva, en lo más profundo de las canteras donde se formaba el Elemento, fue el final para ellos. La energía de aquel material los fue destruyendo por dentro, una muerte lenta y dolorosa sin nada que lo mitigara, un cáncer que se extendía imparable. Paralizados y consumidos, pero conscientes hasta el último momento de lo que les sucedía finalmente perdieron la cordura y los gritos que daban podía oírse desde el exterior. Allí todos los que estaban trabajando fueron testigos de la desesperación de quienes un día los habían gobernado, y el miedo que sentían hacia los Dexius aumentó. Si habían hecho aquello con sus compañeros qué no harían con los habitantes de Kavla, a los cuales menospreciaban y que sólo utilizaban de mano de obra. Los poderes de aquellos Dexius no les habían servido para nada, su fuerza física, su inteligencia, su capacidad para ver cosas que nadie podía ver, su supuesta inmortalidad, todo lo que les hacía superiores y que el Elemento les daba, también se lo quitaba y de una manera horrenda.

—¿No ha quedado nadie?

—Esas eran las órdenes.

—¿Qué habéis hecho con los restos humanos?

—El gran Dexius nos ha ordenado que los enterráramos en las canteras abandonadas.

Salex lo mira desconfiado, quién es el gran Dexius, cuál de sus dos compañeros se ha proclamado superior a los otros. Prefiere callar y observar. Pasea por la sala vacía mientras espera a quedarse solo, algo que parece imposible, el gigantesco Absis sigue sus pasos.

—Quiero estar solo.

—Me han dicho que debo vigilarlo.

—Y yo te digo que quiero estar solo. ¡Fuera de aquí!

A pesar de su gran tamaño, la orden hace mella en el guerrero. No son más que brazos ejecutores y nunca se paran a pensar las órdenes que reciben.

—Antes de irte, quiero que me contestes a una pregunta. ¿Dónde está mi hija?

—En la gran sala.

—¿Y el humano?

—No lo sé.

—De acuerdo, ahora vete. Y ni se os ocurra acercaros al niño— el Absis se va de malas maneras, odia a Salex, pero sabe que no puede hacer nada en contra suyo.

Se queda de nuevo solo y se concentra para conseguir ver a Daniel. Puede ver todo lo que le han quitado, el dolor por la muerte de sus padres y como esa situación lo hace una víctima fácil para Cristel. También ve lo que hubiera sido su vida si ella no hubiera interferido. El Dexius sufre al ver lo que le han quitado a aquel hombre, sufre tanto que durante unos segundos ni se molesta en disimular el dolor. Le da igual que puedan verlo, pero enseguida piensa en Marc.

Tiene que salvarlo.

Emma se encuentra en la gran sala con Heloc y Miltoc, a los pies de ellos está Eduardo, todos esperan que de un momento a otro pueda suceder alguna cosa, pero el cuerpo inerte permanece tendido allí donde lo han dejado. Salex entra en la sala acompañado de Marc, todos los presentes se giran y Emma se acerca al pequeño, Cristel en la distancia no puede evitar hacer un gesto de asco. No soporta la debilidad de su hermana que coge al niño en brazos, el pequeño se sujeta a su cuello y se abraza sin que ella pueda evitar emocionarse. Padre e hija deciden salir de la gran sala hasta el jardín para poder hablar a solas.

—¿Qué vamos a hacer, padre?

Salex sujeta con sus fuertes brazos a su hija y al niño que permanece aferrado a ella.

—Mírale los ojos, ¿cómo han podido hacerle esto?

—Hemos de ser precavidos y no podemos fiarnos de nadie, ¿lo entiendes Emma? De nadie. Estamos solos. Ahora regresaremos a la gran sala y actuaremos con normalidad.

Entran y el Dexius se sienta al lado de los otros dos para decidir qué hacer con el cuerpo de Eduardo. Tras unos minutos dan orden a los Absis para que lo lleven a una pequeña sala del subsuelo. Emma observa y sin poder hacer nada reprime lo que siente. A pocos metros es observada por Cristel que hace rato sigue todos sus movimientos y se fija con detalle en cualquier cambio en el rostro de su hermana que no deja de acariciar el pelo de Marc.

Heloc se levanta y se dispone a hablar, el resto de los habitantes de la Fortaleza escuchan con atención.

—Los pasos han sido cerrados y a partir de este momento estarán convenientemente vigilados. Cualquier habitante de Kavla, de dentro o de fuera de la Fortaleza que se acerque a ellos, será eliminado. Nuestra seguridad es lo primero. Emma se hará cargo del niño...

—Pero... replica Cristel.

—He dicho que Emma se hará cargo del niño. Los restos del humano permanecerán encerrados

en observación para ser estudiados. A partir de este momento todo este tema queda zanjado.

Todos abandonan la gran sala inmersos en un cortante silencio.

Los habitantes de la Fortaleza que no han sido protagonistas de todo lo sucedido podrán continuar sin ningún esfuerzo con la rutina de sus vidas, pero para Emma, Cristel y el resto de Aethernas no es tan fácil. Deberán seguir como si nada hubiera pasado, y Cristel no puede evitar tener una sensación de desasosiego continuo, se ha vuelto una adicta a los humanos. Siente que necesita sus almas y sus vidas para poder seguir existiendo y aquello nada tiene que ver con la venganza.

Emma se instala con Marc en sus habitaciones, cree que es lo mejor para cuidarlo. Con su padre deberá mantener las distancias como habían hecho siempre para que nadie se dé cuenta de que su relación ha cambiado y que ahora hay una intimidad y confianza que antes no existía.

El paso del tiempo irá trayendo la normalidad a Kavla. Entretanto, en el otro lado, el bar de copas sigue esperando a que su encargado regrese, el piso donde vivía Daniel continúa vacío y un joven matrimonio intenta recuperarse de la desaparición de su hijo, pero su abuelo no se conforma y quiere saber qué ha pasado realmente.

## **SEGUNDA PARTE**

—¿Quién eres? Deja de susurrarme al oído y deja que te vea. Tú has sido quién ha hecho que mi hijo pierda la cabeza.

No hay respuesta, Alejandra permanece sentada delante del escritorio, continúa tranquila y confirma una vez más que los relojes siguen marcando la misma hora.

—Voy a seguir leyendo, te lo digo a ti, seas quien seas. Y si eres la responsable de haberme quitado a mi hijo, por favor llévame a su lado.

## EL TIEMPO HA PASADO

Transcurridos un tiempo los pasos permanecen cerrados. El mundo de Kavla sigue su rutina, las canteras continúan siendo explotadas para hacer la Fortaleza más fuerte y en su interior se vive una tensa calma. Marc se ha adaptado a vivir allí, su aspecto físico sigue siendo el mismo, inalterable en sus ocho años y su dependencia de Emma es tanta que la ha convertido en una madre protectora y cariñosa, nada que ver con su pasado oscuro. Cada día pasan por el subsuelo para ver los restos de Eduardo que continúan igual y cada día suplica a los Dexius que liberen a Juan, pero siempre se encuentra con una rotunda negativa. En su cabeza va ideando un plan para pasar al otro lado con Marc y dejar definitivamente su mundo, pero sabe que si lo hace no hay marcha atrás y si es descubierta será el fin de los dos. Con Cristel no hay ningún tipo de relación, ahora es la preferida de Heloc y Miltoc, quien está a su lado para la toma de decisiones y éstas a veces pueden llegar a ser tan duras que los habitantes del exterior de la Fortaleza consideran cualquier tiempo pasado un privilegio comparado con la actualidad. Cada vez son más los habitantes enviados a trabajar y cada vez más jóvenes, el único objetivo es hacer aquel lugar indestructible.

La vigilancia sobre su padre sigue siendo tan fuerte que apenas pueden hablar, le gustaría explicarle sus planes de huir, pero teme que va a ser imposible y que deberá llevarlos a cabo sola. Salex se ha convertido en un mero espectador sin ninguna capacidad de decisión, su única aspiración es sobrevivir el tiempo suficiente para poder hacer algo que acabe con aquella locura, pero necesita un mínimo de garantías.

Nada más levantarse esta mañana y tras cumplir con la rutina diaria, Emma lleva a Marc al jardín. Allí se sientan y miran el variopinto paisaje.

—¿Recuerdas la primera vez que viniste aquí?

—¡Que sí, pesada! — me trajiste tú.

—¿Estás seguro?

—¿Con quién si no? Nadie más quiere estar conmigo— la salpica con el agua.

Emma se da la vuelta al notar que los ojos se le llenan de lágrimas, no quiere que la vea.

—Algún día me gustaría que me llevaras a las montañas.

—Ya te he dicho que no es un buen lugar, es peligroso.

—No te has de preocupar, yo te defenderé si alguien te hace algo. Estoy aprendiendo a luchar como los Absis. Algún día seré tan grande como ellos.

Se acerca y lo abraza, él la aparta mientras sigue jugando con el agua. Tiene que explicarle que nunca será como un Absis, que nunca va a crecer y que nunca podrá defenderla de nada ni de nadie.

—Cuéntame cosas de tu madre. Me hubiera gustado conocerla, las hadas son tan guapas y buenas.

—Ahora no, Marc. No estoy de humor.

—No estés triste. ¿Por qué a veces te pones triste? ¿La encuentras a faltar? — ahora es él quien la abraza mojando su elegante vestido

—Escúchame, tengo que decirte algo muy importante. Puede que tengamos que marcharnos de aquí...

—Pero...

—No quiero que nadie te haga daño ¿entiendes? Si a mí me pasara algo nadie te cuidaría y estarías solo. Y cuando digo solo quiero decir que nadie, absolutamente nadie se ocuparía de ti.

—¿Por qué? —Marc se pone muy serio. ¿Por qué nadie quiere estar conmigo nunca?

—Es una historia larga y complicada. Si me haces caso no te sucederá nada, pero no le digas a nadie nada de lo que te he dicho sobre marcharnos ¿de acuerdo?

—Vale, pero tú no me dejarás ¿verdad?

—Nunca te dejaré y ten clara una cosa, si algún día no estoy contigo es porque alguien me ha hecho daño. Si no es por la fuerza nadie nos separará. No lo olvides nunca, prométemelo.

—Te lo prometo, y no llores por favor.

—Regresemos a nuestras habitaciones— Emma lo coge en brazos y besa infinidad de veces su cabecita. Tiene la sensación de que cada vez pesa menos, es como una pluma y lo ve tan débil que la idea de perderlo la atormenta.

Cada segundo que pasa tiene más claro que tienen que escapar, el poder de Cristel es cada vez mayor y su influencia sobre los Dexius exagerada. Todo en la Fortaleza y en Kavla es controlado por ella.

Durante el corto trayecto siente como es observada por su hermana que va acompañada de su inseparable Absis, observa detenidamente su cara y se da cuenta de que no es el de siempre y en silencio desea que todos desaparezcan de golpe, no tendría que quedar ni uno, pero son un auténtico ejército cada vez con más poder.

Cristel intenta acercarse a Marc, pero la evita.

—Siempre tan escurridizo.

—Aléjate de él.

—¿No notas como cada vez es más minúsculo?

—¿Por qué no puedes dejarnos en paz? Tienes todo el poder que querías y yo no te molesto. Lo único que quiero es cuidarlo.

—Planeas alguna cosa, lo sé.

—¿Qué quieres que planee? Ya te he dicho que a lo único que aspiro es a cuidarlo. Por favor déjanos en paz— le suplica.

Cristel le hace una señal al Absis para que los deje pasar y Emma y Marc caminan a toda prisa hacia sus habitaciones.

—¡Sé que estás planeando huir, piensas que si lo devuelves a su mundo volverán sus recuerdos y su vida! — grita Cristel desde lejos.

Al oír esas palabras siente que una nueva esperanza se abre delante de ella. Había pensado en huir, pero nunca se había planteado que al ir al otro lado Marc pudiera recobrar su vida. Si consiguiera salir de la cárcel en la que ahora más que nunca se ha convertido su hogar quizás podría salvar al niño, devolverlo a sus padres y en caso contrario tampoco tienen mucho más que perder. Tarde o temprano Cristel se encargará de ellos, los eliminará y probablemente de una forma lenta y dolorosa, es sólo cuestión de tiempo.

Decide no esperar, sabe que cuanto más tarde en marcharse más complicado será hacerlo. La noche llega pronto y el silencio que acompaña durante el día la Fortaleza ahora aún es mayor. Emma sale al exterior vestida con una larga capa con capucha lo suficientemente grande para llevar acurrucado en su interior a Marc. Apenas hay luz, sólo unos diminutos planetas los iluminan tenuemente, Emma recuerda la luna llena del otro lado, la claridad que daba. En estos momentos agradece que en Kavla no haya una igual, la oscuridad va a ser una buena ayuda para poder escapar.

Nada más salir se encuentra con un grupo de canteros, sus rostros muestran un cansancio y una desesperación como nunca antes había visto. Al verla se esconden, pero cuando les habla saben que no tienen nada que temer, de los habitantes de la Fortaleza siempre han sabido que era la única de la que se podían fiar. Les pide ayuda para poder llegar hasta el lago, cree que desde allí

será más fácil poder pasar, no dudan en ayudarla. Uno de ellos se ofrece a acompañarlos en unos de los caballos que sirven para transportar los carros de las canteras a las casas. A pesar de su gran tamaño, peso y de las múltiples cicatrices y heridas que tiene, es un animal veloz.

—Gracias, muchísimas gracias— les dice Emma.

—Gracias a ti. Ojalá algún día regreses y pongas fin a esta situación en la que estamos—la animan emocionados. No os entretengáis, no hay tiempo que perder, enseguida se darán cuenta de que no estáis. ¡Corred, corred lo más rápido que podáis!

El caballo corre a una velocidad increíble guiado por el cantero. Emma nunca hubiera imaginado que al ser tan grande y corpulento pudiera ser tan veloz. Sujeta fuertemente el cuerpecito de Marc y al hacerlo se da cuenta que cada vez se le notan más los huesos. Está segura de que Cristel le ha hecho algo, lo mira y ve como poco a poco se va consumiendo y no soporta la idea de perderlo. Sólo pensarlo una ira descomunal se apodera de ella, un sentimiento que no había tenido desde que Enrique la enterró viva. Justo en ese momento fue consciente de su poder y sabe que si al niño le pasa algo regresará a la Fortaleza y acabará con todos y con todo lo que significan.

Oye como Marc se queja en sueños, lo abraza más fuerte y le susurra que no ha de preocuparse por nada, mientras ella esté a su lado nada va a pasarle, aunque sabe que no puede luchar contra lo que sea que lo está matando.

—¡Para por favor! — grita. ¡Algo le sucede, no puede respirar!

El caballo se detiene, Emma baja y se estira junto a Marc bajo una de las enormes palmeras. Intenta que reaccione, pero no hay forma de que despierte y su respiración cada vez es más débil.

—No me hagas esto, no te vayas— le susurra entre sollozos. ¿Qué te han hecho?

Lo abraza y rompe a llorar, le suplica infinidad de veces que no la abandone. El cantero mira la escena sorprendido porque nunca antes había visto nada así en uno de los habitantes de la Fortaleza. La imagen que se repite cada día entre las familias de Kavla con la pérdida de los seres queridos ahora la está viendo en Emma, la Elegida para salvarlos de aquella amenaza externa, que ya dudaban que existiese, se muestra tan frágil como todos ellos.

—Sé de un sitio donde os podéis esconder.

—Debo pasar al otro lado— le contesta Emma.

—El niño no puede ir a ningún sitio, cada vez está más débil. Conozco un lugar seguro y allí hay alguien que os puede ayudar.

Emma lo mira a los ojos y sabe que puede confiar, entre ella y los habitantes de Kavla siempre ha habido mutuo respeto y nunca les ha perjudicado en nada, al contrario, siempre ha intentado protegerlos.

—Sube, está a punto de amanecer y entonces no podremos entrar.

Emma vuelve a subir a la montura y acurruca entre sus brazos a Marc cuya respiración se debilita por momentos y cada vez está más blanco, las venas de sus delgados brazos pueden verse y las de su rostro se hacen presentes lentamente dándole un aspecto horrible y extraño.

—Sujétate bien. No tenemos tiempo que perder.

De nuevo el caballo se lanza a la carrera a una velocidad aún mayor si cabe que la vez anterior. Emma intuye que se acercan a las canteras, y no tarda mucho en darse cuenta de que no está equivocada. Al llegar allí ve horrorizada en qué condiciones trabajan y a costa de quién crece la Fortaleza.

—Esta es nuestra vida o lo que queda de ella, Cristel nos está matando lentamente. Antes ya éramos esclavos, ahora no sé ni lo que somos, somos menos que animales. Todos ellos se encerraron en la Fortaleza y nunca más les ha vuelto a importar la miseria y el dolor que dejaron

fuera.

—Lo siento, supongo que en parte también es culpa mía.

—Siempre te has portado bien con nosotros, ahora lo importante es que no os encuentren.

Entre dos montañas hay un paso estrecho por el que apenas caben y allí escondida entre grandes troncos secos y petrificados una entrada.

—Ya hemos llegado, ahora deberás seguir sola. El paso es muy estrecho y nosotros demasiado grandes. No temas, allí dentro te ayudarán.

—¿Cómo puedo agradecértelo?

—Espero que algún día derribes la Fortaleza y nos devuelvas a todos la paz. Ahora entra, si al niño les pasa alguna cosa te perderemos para siempre. Yo esperaré fuera mientras pueda, no te entretengas.

Se despide emocionada por la ayuda y algo esperanzada durante unos segundos. Tal como le ha dicho el cantero los primeros metros por los que camina son muy estrechos, roza con las húmedas paredes y el techo cada vez se hace más bajo, casi toca con la cabeza. Mientras camina la luz va aumentando y al final se ve como el paso se hace mucho más ancho. Acelera con la esperanza de encontrar bajo aquella claridad que se divisa la ayuda para salvar a Marc.

Lo que ve al llegar al punto en que el espacio se abre es cueva inmensa, uno de los lugares más bellos que ha visto nunca. En el centro un gran trono de piedra pulida está rodeado por un lago con pequeñas cataratas. De las altas paredes cuelgan enredaderas de un verde intenso y mirando hacia arriba no hay techo o al menos no alcanza a verlo. Lo que sí hay es algo parecido al sol que la deslumbra, al bajar la mirada y encontrarse de nuevo con el trono de piedra ve sentado en él a un hada.

—Acércate— le dice

Emma busca uno de los estrechos puentes que sobrevuelan el lago, mientras camina intenta calmar a Marc que se queja dormido.

—Bienvenida Emma.

Emma responde a la reverencia del hada con otra y al ver su rostro todo su cuerpo tiembla.

—¿Madre?

El hada no le responde, se levanta de su trono y se acerca a ellos, coge al niño con sus delgados pero fuertes brazos y lo aprieta contra su pecho. Al hacerlo un amargo suspiro sale de sus labios y las lágrimas resbalan por sus mejillas.

—Cuanto dolor. ¿Qué te han hecho, pequeño? — Se dirige de nuevo al trono dando la espalda a Emma.

Se sienta y pone sus grandes manos en el corazón de Marc, Emma observa embelesada la imagen, mientras una nube tapa el pequeño sol y deja caer una ligera lluvia. En pocos segundos el arcoíris hace que la cueva vaya cambiando de color constantemente. El hada hace una señal a Emma para que se acerque, pero ella sigue inmóvil y tarda en reaccionar. Por fin tras unos minutos se acerca.

—Está muy débil.

—¿Podrás hacer algo por él?

Emma se fija en sus ojos y en su sonrisa, no tiene ninguna duda de quién es.

—Debo salvarlo, si no lo hago tú volverás a convertirte en un ser sin escrúpulos y lleno de rabia. ¿Y hacia quién dirigirás esta vez tu odio?

—Eres tú, ¿verdad?

—¿Recuerdas cuando venías a visitarme? Eras más pequeña que él cuando empezaste a escaparte de la Fortaleza. Eras mi niña, lo que más quería y se te llevaron con ellos. Pero

regresaste y estuviste conmigo hasta el final.

—Vi como desaparecías, te fuiste.

—Era un paso más en mi existencia, debía venir aquí, ahora este es mi lugar.

Desea abrazarla con todas sus fuerzas, pero no sabe si puede hacerlo, su madre asiente con la cabeza como si hubiera leído sus pensamientos. Se abrazan y Emma llora desconsoladamente. Sobre el gran trono de piedra el hada sujeta y da calor al niño que debe salvar para poder salvar así también a su hija cuya cabeza reposa sobre sus piernas.

Así pasan un rato del que Emma no es consciente y mientras duerme regresa a su infancia y a las visitas que le hacía. Al despertar no sabe dónde está, pero enseguida nota el calor que desprende el hada y lo recuerda todo.

Se incorpora y ve a Marc que de nuevo parece haber perdido peso, no es más que un saco de huesos incapaz de sostener su ínfimo peso.

Unos ruidos que llegan del exterior hacen que se ponga de pie de un salto, ella y el hada se miran. Las dos saben quién hay fuera.

—¡No pueden entrar! ¡Este lugar es sagrado!

—Nos debieron seguir.

—Aquí estamos a salvo, además el acceso está muy protegido. Y si lo logran los Absis no sobrevivirían aquí dentro.

—¿Cómo está?

—Muy débil.

—Cristel insinuó que si lo llevaba de vuelta a su mundo recobraría su vida.

El hada la mira incrédula mientras continúa con su mano sobre el corazón del niño.

—Cristel lo condenó el día que lo convirtió.

—Dime que puedes hacer algo por él, por favor— le suplica.

Un enorme estruendo interrumpe la conversación, el suelo tiembla como si se tratara de un terremoto.

—¿Qué está sucediendo?

—Están dinamitando con más fuerza la cantera. Si siguen así pronto no quedará nada del Elemento. Prefieren quedarse sin él antes que dejarte escapar, debes llevarte al niño. Son capaces de enterrar este lugar si es necesario, todo vale para conseguir lo que quieren.

—Está muy débil, no sobrevivirá— otra gran detonación las hace tambalear.

—Sólo tú puedes salvarlo.

—¡¿Cómo?!— otra explosión hace que esta vez casi caigan al suelo.

—Piensa en todo el daño que has hecho, en todas las familias que has destrozado. Ahora es el momento de compensar ese dolor, el niño es nuestra última oportunidad. El sufrimiento que te producirá su pérdida será tan fuerte que tu rabia será incontrolable. Ahora debes irte. Sé que puedo confiar en ti.

El hada le entrega al niño y la besa en la mejilla, le indica por donde huir. Fuera la está esperando el cantero que la llevará hasta el lago donde deberá encontrar el paso.

—Recuerda cuando no eras más que una niña, recuerda los buenos momentos. Yo te esperaré siempre— le dice su madre mientras se aleja.

## *EL REGRESO DE EDUARDO*

Eduardo abre los ojos y ve la estancia en la que se encuentra. Al principio no recuerda nada y cree que está en su casa, pero en breves segundos todo lo sucedido pasa por su cabeza. Recuerda a Emma, su devoción por ella, la pérdida de su familia, el paso de los días “viviendo” como un fantasma en su ciudad.

Intenta moverse, pero los músculos los tiene agarrotados y apenas puede pestañear, parece que sólo su vista y su cerebro responden. Recuerda como el Absis le clavó el puñal de hielo y entonces todo se desvaneció, sólo a lo lejos podía oír los lamentos de Emma, ahora aún puede escucharlos.

Poco a poco va sintiendo un hormigueo que le sube por los pies hasta llegar a la cintura, luego pasa al tronco y finalmente puede girar levemente el cuello. Siente que vuelve a ser él, lo cierto es que se nota con más energía que nunca, aunque eso parezca incongruente con la debilidad de su cuerpo, pero su mente es como un potente ordenador que trabaja con infinitos datos a gran velocidad.

Lentamente consigue recuperar los movimientos de las articulaciones, estirado mueve brazos y piernas torpemente para finalmente poder sentarse. Siente respeto ante la idea de ponerse de pie porque no está seguro de que su cuerpo aguante, pero lo intenta y satisfecho ve como lo consigue. Camina por la pequeña habitación, a pesar de la oscuridad de las paredes está iluminada, pero no consigue ver por donde entra la luz. No hay ninguna puerta a la vista, ninguna salida. Sigue dando vueltas alrededor del mármol en el que estaba tendido. Sus piernas reaccionan cada vez mejor e incluso las siente más fuertes que antes de que sucediera todo. Se tumba boca abajo en el suelo y empieza a hacer flexiones, una, dos, tres....., al final pierde la cuenta. Nunca había sido un hombre débil pero tampoco un atleta y ahora se siente así, con una fuerza que nunca hubiera imaginado que algún día pudiera llegar a tener.

Decide esperar, supone que en algún momento alguien aparecerá por allí, si lo tienen encerrado seguro que está vigilado. No está impaciente ni nervioso, puede esperar todo el tiempo del mundo. Se concentra y oye unos murmullos a lo lejos, pero no distingue que dicen, las voces se van acercando.

Silencio.

Una de las paredes se mueve, tras ella aparecen dos seres grandes y fuertes, los mismos que lo arrastraron por la playa y como el que le clavó el puñal.

La rabia se apodera de él y actúa rápidamente, sus reflejos, sus movimientos no son humanos. En unos segundos los dos Absis están tendidos en el suelo con el cuello roto, los arrastra sin ningún esfuerzo dentro de la habitación y cierra el hueco de la pared, desde el exterior la entrada también es invisible a la vista si se desconoce su existencia.

Se desliza por el laberinto de paredes en silencio y lentamente para no ser descubierto. No se oye nada y tras muchas vueltas localiza unas escaleras de caracol, duda entre subir y bajar, pero su instinto le dice que debe ir hacia arriba. Las escaleras son anchas, y al subir todavía se hacen más espaciaosas, lo que le hace pensar que aquel lugar es muy grande. Tan grande como silencioso.

Eduardo se ha vuelto invisible para los habitantes de la Fortaleza, sus movimientos son tan rápidos y sigilosos que no son percibidos por nadie. Huye de aquel lugar a una velocidad que no es humana y como si de un perro se tratara sigue el rastro de Daniel.

El terreno por el que camina es basto y desolador, las piedras lo ocupan todo y el aire es irrespirable debido a un polvillo blanquecino que sale de ellas y que baila sobre sus pies.

Caminando se dirige a una pared rocosa y rojiza que aún permanece en pie. Tiene una entrada estrecha y alta, le cuesta entrar, al final lo consigue y una vez dentro el camino se va ensanchando. Está oscuro, pero a lo lejos se ve un poco de claridad. Daniel ha pasado todo este tiempo escondido en ese lugar, una cueva cercana al lago, donde fue llevado por uno de los pocos Absis fieles a Salex. La soledad ha sido su única compañía y ha tenido todo el tiempo del mundo para pensar en todo lo sucedido. Fue escondido cuando el resto de los humanos transformados fueron eliminados, hubiera preferido no ser una excepción, pero lo llevaron a ese lugar por orden de aquel ser al que Emma llamaba padre.

Allí, al igual que cuando Cristel lo encerró, ha pasado un tiempo que no ha podido cronometrar, y sólo un vestigio de luz que entra por una pequeña abertura entre las rocas le ha permitido saber si era de día o de noche, pero a veces la luz era tan poca que no le ha servido de nada. Sabe que no hay vuelta atrás, que la vida que tuvo antes de aparecer en aquella maravillosa casa que luego se convirtió en una cárcel, no volverá nunca. Recuerda las palabras de Eduardo cuando le dijo que estaba muerto, así es como se siente, muerto. Y el cielo o el infierno que le habían vendido en su infancia es esa cueva en la que está encerrado, sin comer porque no tiene hambre, sin beber porque no tiene sed y casi sin recuerdos que en este tiempo indeterminado se han ido difuminando y borrando lentamente.

Cuando Eduardo llega se sorprende de su aspecto desmejorado y más comparándolo consigo mismo. Daniel no lo ha oído llegar, permanece absorto en sus pensamientos mirando un pequeño riachuelo que discurre en el interior de la cueva. Se acerca a él y ve a un joven al que le han puesto veinte años encima de golpe, pone la mano sobre su hombro con cuidado y firmeza.

—Tenemos que salir de aquí.

—No, yo no voy a ningún sitio. Me han dicho que no me mueva y no voy a hacerlo. No quiero volver a caer en sus manos.

—He venido a ayudarte, todo está controlado. Volvemos a casa.

—Yo ya no tengo casa, no tengo nada. Recuerdas cuando viniste al bar y me dijiste que estabas muerto, pues eso es, estamos muertos. Infinidad de veces he intentado convencerme de que todo esto no es más que una interminable pesadilla, pero no hay forma de despertar, así que esto es lo que hay. Esta cruda realidad es mi vida o mi muerte. Cuando estuve encerrado con Cristel, después todo lo que me hizo sufrir mientras estaba en el hospital, luego llego aquí y me meten de nuevo en este jodido agujero diciéndome que es para salvarme. ¿Sabes qué? Que ya todo me da igual, a lo único que aspiro es a acabar con todo esto, desaparecer de verdad y si es cierto que esa bruja me dejó sin alma, me da igual. No quiero existir, no quiero sentir nada.

Eduardo lo ayuda a levantarse e ignorando todo lo que le ha dicho lo lleva consigo a la fuerza hacia la salida, Daniel forcejea, pero no tiene nada que hacer y es arrastrado hasta el exterior, allí la luz del día lo deslumbra.

—¿Cuánto hace que no ves el sol, o lo que sea esto que ilumina este maldito lugar?

—No lo sé, no sé nada...

—No importa, ahora regresaremos a casa.

—No voy a ningún sitio.

—¡Vendrás conmigo por las buenas o por las malas! Lo sujeta fuertemente del brazo y se lo lleva con él.

## *CRISTEL Y LOS DEXIUS*

Cristel cada vez tiene más poder, en realidad a todos los efectos es ella quien manda y su ejército de Absis le es fiel. Salex, es un mero espectador amenazado con la eliminación de Emma si intenta alguna cosa y los otros dos Dexius se encuentran en su mejor momento sin tener que preocuparse de nada. La Fortaleza crece en tamaño y poder, los habitantes del exterior están controlados y los pasos cerrados. Todo parece haber vuelto a la normalidad y lo único que hay pendiente son Eduardo y Juan, todavía no saben que reacciones pueden tener con el paso del tiempo. Lo que todos desconocen es que Salex no eliminó a todos los humanos transformados, Daniel ha estado escondido todo este tiempo con la intención de salvarlo y devolverlo a su hogar.

Cristel desearía regresar al otro lado ni que fuera solamente una vez para calmar esa sed desconocida que siente desde que los pasos se cerraron. Es una horrible sensación que la envuelve, añora cuando vaciaba a los humanos y disfrutaba de lo que habían vivido en los pocos segundos que requería la transformación. Ahora no hay nada que la calme y se siente como un animal herido y furioso, y esa rabia la dirige hacia los habitantes de Kavla que cada día están más aterrorizados.

Sabe que Emma planea algo, pero nunca ha podido ir por delante de ella, en el fondo siempre la ha envidiado. A pesar de tener el control de todo, quiere su sitio, que la reconozcan como la Elegida y si consigue descubrir qué es lo que planea, definitivamente la apartaría de los Dexius.

Su Absis interrumpe sus pensamientos para avisarla de que alguien ha salido de la Fortaleza durante la noche y otro le confirma que ha sido Emma acompañada del niño. También la informan de que dos de ellos han muerto a manos de Eduardo, desconocen cómo los ha eliminado con tanta facilidad, y ha huido.

Sus sospechas eran fundadas, Emma siempre es mejor y eso la enerva.

## EL LAGO

Al llegar al lago Emma desciende del caballo, no para de pensar en lo que le ha dicho su madre, “recuerda el principio de todo, recuerda cuando no eras más que una niña”. Las imágenes de las visitas que le hacía a escondidas regresan a su cabeza, los paseos por los bosques laberínticos de los que ella era incapaz de salir sin su ayuda, aquellos momentos sólo les pertenecían a ellas. Un día cuando fue a verla desapareció lentamente, se marchitó y se fundió entre el paisaje, de repente ya no estaba. El recuerdo la golpea con fuerza y le sigue doliendo a pesar de haberla reencontrado, aquel vacío en el que vivió tanto tiempo, la pesada soledad que le impedía moverse, se sentía coja, manca, le habían quitado una parte de ella y no encontraba consuelo ni en nada ni en nadie. Marc se despierta e interrumpe sus pensamientos, intenta ponerlo de pie, pero no es capaz de aguantar su peso.

—¿Dónde está el paso? — pregunta el cantero.

—No soy capaz de verlo. Estaba aquí, cerca de la orilla, Marc llegó por él.

Emma camina de un lado a otro de la orilla, pero ni la llegada de la luz del día le hace más fácil encontrar el lugar por el que pasar.

—¿Dónde estamos? — pregunta Marc con un susurro casi imposible de oír.

—Regresamos a casa.

—¡No! — solloza.

Emma y el cantero ven en sus ojos que está aterrorizado, y todo su cuerpo tiembla, ya no saben si es de debilidad o de miedo.

—¿Qué te sucede? Estamos en el lago, siempre te ha gustado venir aquí.

—¡Ella me hizo daño, me duele, me duele mucho!

El cantero mira sin saber qué hacer, la situación lo aturde, ver al niño así lo desespera, le recuerda a muchos de los seres queridos que ha perdido víctimas de aquella locura.

—¿Dónde te duele? — pregunta Emma intentando calmarlo.

—¡Todo, me duele todo y me quema! ¡Me quema todo el cuerpo!

Está ardiendo, su temperatura sube por momentos, se rasga el vestido para hacer paños húmedos, pero no hay forma de que la fiebre baje. El cantero no se lo piensa más y lo coge en sus fuertes brazos para sumergirlo en el agua. Emma está paralizada y no es capaz de reaccionar.

—¿Qué me está pasando?

—Parece que está mejorando— dice el cantero.

—¿Por qué me cuesta tanto reaccionar cuando le sucede algo?

—Porque sientes miedo y el miedo te paraliza, no te has de avergonzar por ello. Quieres a este niño y el miedo a perderlo te debilita. En la Fortaleza no estáis acostumbrados, pero nosotros sabemos lo que es. Casi cada día alguno de nosotros se queda en las canteras, nadie recordaba algo así. Hace un tiempo perdí a mi hijo, su vida se me escapó de las manos, nadie me ayudó, nadie nos ayuda. Cristel es la que manda y no tiene piedad, sólo quiere que la Fortaleza crezca cada vez más, pero ¿para qué? El hombre saca a Marc del agua y lo tiende en el suelo, permanece inconsciente pero su temperatura se acerca a la normal y está relajado. Se oye decir que Cristel se ha vuelto una adicta a los humanos, que no puede pasar sin convertirlos.

—Los pasos están cerrados, lo acabas de ver. Dudo mucho que los Dexius la dejen pasar al otro lado.

—Ella puede hacer lo que se proponga, cada día tiene más poder y pronto los desbancará. Tú debías salvarnos de una amenaza exterior pero el enemigo lo tenemos dentro y es muy cruel.

Tienes que hacer algo, tienes que ayudarnos.

—Siento la pérdida de tu hijo, la de todos...

—Los que han muerto ya no volverán, nuestra esperanza es que no perdamos a nadie más, que podamos vivir con tranquilidad.

Emma se deja caer en el suelo y se cubre la cara con las manos, no sabe qué hacer ni a quién acudir. Siempre había estado segura de todo lo que hacía y tras lo sucedido con Enrique se sintió el ser más poderoso que podía existir y ahora se siente vulnerable y débil. Si encuentra el paso y logra llegar al otro lado, qué hará al llegar allí.

—Debes reaccionar y salvarnos. Nosotros siempre estaremos de tu parte, si lo que quieres es devolver al niño a su mundo yo te ayudaré, pero después regresa. Todos los que vivimos fuera de la Fortaleza te seguiremos, seremos tu ejército. Necesitamos tu ayuda. Regresa y ayúdanos por favor.

## *MADRE DE EDUARDO 2 (o SARA)*

La enfermera entra en la habitación como todas las mañanas y se encuentra a Sara sentada sobre la cama. Sorprendida se acerca a ella que la mira, le sonríe y le habla con total normalidad, ve en sus ojos que no está ausente por primera vez en todo el tiempo que la ha estado cuidando. Hasta su aspecto físico parece mejor, el color de su cara y de su piel es rosado, no ese blanco mortecino de siempre.

—Sara ¿se encuentra bien?

—Mi hijo ha vuelto—sonríe.

—Deje que la ayude a levantarse, tiene las piernas muy débiles. Apóyese en mí.

—Mi hijo ha vuelto— la enfermera la sostiene con un semblante triste en la cara. Sara continúa encerrada en su mundo. Sorprendida por como se mueve después de tanto tiempo sentada casi siempre en una silla de ruedas, llama al médico. Mientras esperan la enferma continúa divagando sobre su hijo, le explica como una mujer se lo robó.

—Antes tenía miedo de ella, pensaba que era un demonio, pero es un ángel que lo va a salvar— el médico escucha estas palabras al entrar en la habitación. Le hace una señal a la enfermera para que salga y los deje solos.

—Mi hijo está a punto de regresar— se levanta y sin ningún esfuerzo se dirige a la ventana ante la atenta y sorprendida mirada del médico.

—Es una pena que esté nublado. Hubiera sido bonito que su mejoría hubiera estado acompañada de un día soleado—el joven le sonríe mientras la sujeta para que no se caiga.

—No está nublado, el cielo está gris porque alguien como ella va a regresar y será el fin de todos nosotros.

La acompaña de nuevo a la cama y allí se sienta, la debilidad vuelve a su cuerpo que empieza temblar.

—Sara, relájese. No son más que nubes, además acaba de decirnos que aquella mujer era un ángel y los ángeles son buenos.

—Ella es un ángel que salvará a mi hijo, pero la otra es el demonio que terminará con todos nosotros. Tiene que escucharme, márchense todos a sus casas y pasen los últimos momentos con sus familias, despídanse de ellos. Aún están a tiempo, yo no pude hacerlo, no pude decir adiós a mi pequeño.

La ayuda a estirarse y pulsa el botón para que la enfermera vuelva a entrar. La arropa como si fuera una niña y se entristece al pensar lo injusto que es acabar así. Un golpe de viento hace que retumbe el cristal de la ventana, se gira y ve como el cielo cada vez está más gris.

—Si llueve todo lo que amenaza, no vamos a poder salir— le dice a la enfermera.

—Había previsión de buen tiempo.

—Pues se equivocaron. Ponle un tranquilizante y que descanse, está muy alterada.

La mujer los mira sonriente con un rostro de total felicidad.

—¿No sería mejor dejarla despierta? Es la primera vez que muestra algo de actividad.

—Ponle el tranquilizante, las tormentas no son buenas y ha dado muestras de nerviosismo cuando me he quedado con ella. Esperemos a ver qué sucede cuando despierte. No está nada bien, me temo que no durará mucho, pobre mujer lleva tanto tiempo aquí...

—¿Nadie viene a verla?

—Su hijo, pero hace meses que no lo hace. Su marido creo que murió hace unos años, no llegué a conocerle.

Lo último que ve Sara es el rostro serio de la enfermera y al médico que le dedica una sonrisa sincera de aprecio. Ella sale a buscar el calmante y mientras se dirige a la habitación donde se encuentran los medicamentos empieza a sentir un frío helado, no puede evitar frotarse los brazos. Cuando sale ve a otros compañeros igual, la temperatura ha descendido de golpe.

—Esther, ¿dónde vas?

—Voy a darle un tranquilizante a una paciente y vuelvo enseguida.

—¿Has notado el frío? Es extraño.

—Mucho, ahora iré a buscar una chaqueta, ¿por qué no vas avisando a los de mantenimiento? Podrían poner un ratito la calefacción.

—¡Ok, guapa! ¿Te apetece un cafetito cuando salgamos?

—Que insistente eres, es mejor que no.

—¡No me rindo! — oye que le dice a lo lejos.

De regreso a la habitación Sara le sonrío, ella la mira y ve tanta tristeza en sus ojos que se contagia y se pregunta si algún día también terminará así. La mujer que está tendida en la cama y que ha sido paciente suya desde que entró a trabajar también fue joven y seguro que tenía muchísimos planes y proyectos, y qué queda de ella ahora. Se acerca para besarle la frente.

—Despídete de ellos—le susurra.

—Sarah, tranquila. No pasa nada, de quién quiere que me despida.

El cristal de la ventana retumba de nuevo, esta vez con más fuerza y provocando un gran estruendo.

La luz de la habitación parpadea.

Esther mira asustada a Sara.

Sara mira hacia la ventana.

La luz se apaga.

El viento es cada vez más fuerte y envuelve el edificio.

En los pasillos se oyen las carreras de los trabajadores que corren a atender a los enfermos.

Un rayo ilumina el cielo gris

Llega la oscuridad.

—Ya están aquí.

Esther deja caer el tranquilizante al suelo.

Sara permanece relajada y tranquila en la cama mientras la joven enfermera está sentada en el suelo aterrorizada. Oye como la puerta de la habitación se abre y siente pasos de más de una persona, quizás sean dos, piensa, pero no puede moverse. Ve unas piernas delante suyo, es incapaz de levantar la cabeza para mirar el rostro. Una voz que viene del otro lado de la cama le confirma que son dos las personas que han entrado.

—Mamá—susurra la voz, pero Sara no contesta.

El hombre que habla insiste, y finalmente con un hilo de voz la mujer contesta. La conversación entre madre e hijo y la otra persona que hay en la habitación, y que responde al nombre de Daniel, le produce pánico y recuerda las últimas palabras que Sarah le ha dicho. Fuera todo sigue oscuro y sigue sin poder moverse, nota las manos de Daniel que intenta levantarla, con esfuerzo lo consigue y cuando ve sus ojos grita como nunca había hecho y cae al suelo con el horror reflejado en su rostro.

—Sabía que vendrías a buscarme.

—Lo siento mamá. Siento lo sucedido, no fue culpa mía, fue aquella mujer que siempre decías. No sabes lo que me duele no haberte creído, lo único que querías era protegerme desde que era un niño y te tomamos por loca. Lo siento tanto.

—Tengo tantas ganas de irme a casa contigo, ayudarte a hacer los deberes, prepararte tus comidas favoritas, acompañarte al colegio y luego ir a buscarte para que me cuentes todo lo que has hecho todo el día.

—Mamá....

—En tu próximo cumpleaños haremos una gran fiesta, podrá venir toda la clase si quieres, y también podemos traer unos ponys al jardín para que subas con tus amigos. Será un día inolvidable.

Daniel ve como el rostro de Eduardo se va transformando y refleja la desesperación que siente por ver a su madre en ese estado.

—El fin de semana iremos a la casa de la playa, hace mucho que no vamos. Tengo ganas de ir y jugar en la arena. Haremos un castillo de esos que tanto te gustan...

Eduardo sujeta con fuerza uno de los cojines que hay sobre la cama y juega con él ante la incrédula mirada de Daniel que niega con la cabeza.

—...y por la tarde iremos a merendar al puerto.

—No lo hagas— le grita Daniel, pero Eduardo pone el cojín sobre el rostro de su madre y aprieta con una fuerza inusitada mientras ella se mueve con violencia intentando desesperadamente apartar a su hijo. En pocos segundos su cuerpo queda inmóvil.

—Pero ¿qué has hecho?

—No era mi madre—contesta fríamente

—¿Cómo que no era tu madre? Sólo estaba perdida, ¿cuánto tiempo llevaba encerrada? ¡Cabrón de mierda! ¡Hijo de puta! ¡Has matado a tu madre!

—No era mi madre—repite

Daniel se abalanza sobre él, pero antes de llegar a tocarlo lo aparta con fuerza y cae aturdido al suelo.

—No era mi madre.

## *EL ABUELO*

Desde que Marc desapareció del hospital hace unos meses su abuelo regresa cada día al parque donde todo sucedió. Pasea alrededor de los árboles donde a su nieto le gustaba jugar, es un lugar fácil para que alguien se acerque y se lleve a un niño. Queda tan apartado de los bancos donde tenía la costumbre de sentarse a leer el periódico que es difícil de ver. Lo que no entiende por mucho que intenta es encontrar una explicación a la desaparición del hospital, con su hija allí, cámaras en los pasillos, en las entradas, y que no quedara ningún rastro.

Desde ese día no hace otra cosa que darle vueltas a lo sucedido y ha decidido dedicar todo su tiempo a demostrar que hay alguna cosa extraña tras toda esta historia. Lo que ocurrió no es normal y aunque alguna gente diga que está perdiendo la cabeza por culpa de la desaparición de su nieto quiere llegar hasta el final, encontrar una pista, un indicio que lo lleve a encontrar una respuesta. Lo que piensen y digan le trae sin cuidado, ya no le queda nada por perder.

Esta mañana sale como cada día, y una vez en la calle siente que el día refresca de golpe, algo extraño. El sol de primera hora da paso a unas nubes grises que están cubriendo todo el cielo, parece que son las ocho de la noche. Nada que ver con las predicciones del tiempo, caminando se sube el cuello de la chaqueta y duda si regresar a casa a coger algo más de abrigo porque la temperatura está bajando por momentos. El aire es gélido y le corta la cara y las manos, tiene que hacer un gran esfuerzo para llegar hasta el parque, pero lo consigue. Cuando logra sentarse en el banco el viento se vuelve más violento, tanto que hasta le cuesta mantenerse sentado.

La gente en la calle intenta recogerse en los portales, y los más fuertes intentan ayudar a niños y a ancianos a no caerse por el vendaval.

Un potente rayo ilumina la ciudad.

Tras él, la oscuridad lo devora todo y las personas se detienen en ese momento como muñecos abandonados en una calle desolada.

Él se queda petrificado sobre el banco en el que se ha sentado, no siente ni frío ni calor, tiene la sensación de estar flotando, su cuerpo es ligero como una pluma, pero no puede moverse. Sus ojos no ven los árboles con hojas verdes que ahora se han vuelto grises, ni el agua inmóvil del estanque, la imagen que capta es la de su nieto en un extraño lugar. Ve lo mucho que ha sufrido, pero también ve que alguien ha cuidado de él, cuando se fija en sus ojos un profundo dolor lo embarga. Marc está débil, se encuentra en un lago acompañado por una bella mujer que llora desconsolada porque no sabe que puede hacer para ayudarlo. De repente desaparecen de allí y los tiene frente a él.

## *PASO DE EMMA Y MARC*

Tras conseguir descubrir el paso que habían intentado bloquear sin éxito en el lago, Emma regresa acompañada de Marc al otro lado. El lugar continúa rodeado de árboles, pero su color no es el de siempre. Las hojas son grises y se confunden con los troncos que lentamente van dejando caer sus cortezas secas en pequeños trozos sobre el suelo también gris. Marc apenas puede sujetarse de la mano temblorosa de Emma que enseguida sabe que han llegado demasiado tarde.

—Yo he estado aquí—afirma el pequeño.

—¿Recuerdas este lugar?

—Sí—susurra. Pero los árboles antes tenían otro color y aquellos columpios de allí no estaban rotos. ¿Por qué hay tan poca luz?

—No sé—miente para no asustarlo más.

Una tonalidad de diferentes grises cubre todo lo que pueden ver y el color, la luz, todo lo que ambos recordaban ha desaparecido. Emma es consciente de lo sucedido y de quien lo ha hecho, Cristel ha cumplido sus amenazas, nadie ha sido capaz de detenerla. No quiere ni pensar como estará Kavla, la Fortaleza, sus habitantes, todo.

Sentado en un banco Marc ve a su abuelo, y en ese momento parece que sus ojos recuperan el destello de vida que había perdido. Tira del brazo de Emma para que lo siga y al llegar delante suyo lo mira fijamente.

—¿Yayo? —Marc se suelta y se sienta al lado del anciano.

Emma observa la escena, el pequeño coge la mano de su abuelo y se la acerca a la cara para acariciarse, pero el abuelo no reacciona. Sus ojos están abiertos sin poder ver y su cuerpo no siente nada. Marc se pone de pie en el banco y lo abraza, le acaricia el pelo como tanto les gustaba hacer cuando jugaban, intentando provocar alguna reacción que no llega. Emma se desespera y Marc está más sereno que nunca, con un aspecto que va mejorando por segundos, pero esa serenidad va dejando paso a una ira inesperada.

—Yayo, soy yo. ¿Qué te pasa? ¿Qué te han hecho?

Emma lo abraza para consolarlo, pero la rechaza de forma violenta y con una fuerza que nunca hubiera imaginado dado su tamaño y la debilidad que ha mostrado en las últimas horas. Ha pasado de estar casi desahuciado a convertirse en una persona con una fuerza y rabia descontroladas. Está fuera de sí.

—Ha sido ella—afirma mientras continúa abrazado fuertemente a su abuelo, se niega a soltarlo y lo besa con fuerza por toda la cara.

—Lo siento. Siento mucho todo lo que ha sucedido, yo empecé todo esto. Soy tan culpable como ella.

—Recuerdo cuando veníamos a jugar al parque, yo me iba hasta los árboles mientras leía el periódico. Entonces un día aparecí en el lago y ella me hizo daño, estaba dormido, pero recuerdo mucho dolor, como si me estuvieran arrancando algo de dentro— ya no habla como un niño, su discurso y la entonación recuerdan a un adulto.

—Yo...

—Quiero recuperar lo que me robó, quiero volver a ser yo. Ella me transformó y quiero matarla.

—No, tú eres bueno. No puedes permitir que ella consiga lo que pretendía.

—Haré que desaparezca. Antes de convertirme debí pensar que podía volverme en contra de ella. Dime ¿por qué habéis hecho todo esto? Sé que has cuidado de mí y que si estoy vivo es

gracias a ti, pero no entiendo por qué lo empezaste.

—Me sentía muy sola, había perdido a mi madre y nadie se preocupaba por mí, sólo les interesaba para que algún día los protegiera. Yo no entendía todo aquello y me negaba a aceptar que vosotros nos pudierais hacer daño, vuestro mundo era maravilloso, pero de repente un día todo se giró y me volví alguien al que ahora odio con todas mis fuerzas. Gracias a ti he vuelto a ser yo de nuevo.

—¿Y qué culpa tiene mi abuelo de esto, o mis padres? ¿Y yo? Yo solo quería jugar, no había hecho daño a nadie. ¿Dónde están mis padres? ¡Dímelo!

Mientras habla sus ojos se va poniendo tan oscuros que Emma siente miedo, su rostro no es el de un niño inocente de ocho años, es el de un ser frío y despiadado capaz de todo. Ve el odio que ella sintió cuando Enrique la enterró.

—No lo sé.

—Eso es todo lo que puedes decirme. Perdiste a tu madre y te sentías sola. ¿Cómo crees que me siento ahora que lo empiezo a recordar todo? Ojalá no pudiera volver a pensar en mis padres, pero ahora veo perfectamente sus caras, noto sus caricias, sus besos, siento como me querían y ahora no están, como mi abuelo. ¿Qué les habéis hecho?

—Marc, ahora estás de nuevo aquí. Quizás aún estamos a tiempo de arreglar todo esto, pero debes confiar en mí. Te he traído aquí para salvarte.

—Sabes que no puedes salvarme, sé que nunca volveré a ser el niño que era. No te engañes, me has cuidado, has intentado arreglar lo que empezaste, pero no tengo solución. Ahora tengo una nueva vida, esto es lo que soy, esto es en lo que me habéis convertido.

Besa a su abuelo y sale corriendo sin que ella pueda hacer nada. Sus piernas lo llevan al lugar que quiere ir.

A una velocidad incompatible con su pequeño tamaño y sus delgadas y débiles piernas aparece en la playa y al igual que todos los lugares por los que ha pasado el mar y la arena son grises. Ni una ola se levanta a pesar del ligero viento que azota, es como si el mismo mar hubiese muerto. La arena está rígida, petrificada y no se hunde en ella, a pocos metros está Cristel rodeada de sus fieles Absis y Aethernas, frente a ellas, Eduardo acompañado de Daniel.

Marc ha podido ver como han llegado hasta aquí, no sabe cómo, pero desde que ha vuelto ve cosas que suceden en otros lugares y tiene la sensación de que puede adelantarse a los acontecimientos. Mientras se dirigía al lugar donde ahora se encuentra, una playa muy diferente a como era antes ha visto como Cristel ha salido de la Fortaleza acompañada de los Absis y de las Aethernas. No han tardado en descubrir quien los ha ayudado y sin ningún miramiento lo ha eliminado antes de cruzar el paso, el cantero que le ha salvado la vida ahora yace muerto flotando en el lago, pero les ha sido imposible acceder a la cueva donde se encuentra la madre de Emma, allí ha visto como Salex y ella se han reencontrado.

Cristel no se sorprende mucho al verle llegar, sabía que iría en su busca.

—Veo que estamos todos.

—Voy a terminar contigo— contesta Marc mientras se acerca.

—¡Quédate donde estás! —le advierte Daniel, pero Marc continúa caminando hasta quedar frente a ella.

Cristel se agacha para estar a su altura, le sonríe con sorna y desafiante, creyendo que sigue teniendo un poder infinito sobre todos ellos.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Sin que ella pueda hacer nada y con un movimiento muy rápido pone sus pequeñas manos sobre su cabeza, no le hace falta presionar. Cristel nota que algo la consume por dentro. Cae de rodillas

mientras mantiene fija la vista sobre el niño.

—Como lo hiciste conmigo, ¿recuerdas?

—Yo te creé, no puedes hacerme esto— Cristel con un hilo de voz siente como todo lo que ha sido va desapareciendo y por momentos se siente más débil.

—Tú misma dijiste que no sabías que consecuencias podía tener tu experimento, pues aquí las tienes, aquí tienes a tu monstruo. Notas como pierdes tu vida, como tus mejores recuerdos desaparecen, pero sabes que en algún lugar están escondidos y una voz te recuerda que nunca van a volver, y entonces será como si nunca hubieras existido. Creías que no sentía nada, sabes cómo me ha dolido, cómo todavía me duele.

Cristel queda paralizada y una angustia indescriptible se apodera de ella, su vida queda lejana, perdida en un mundo que se va desvaneciendo, sus poderes han desaparecido.

Está sola.

Quiere llorar por primera vez en su existencia y las lágrimas quedan atrapadas en sus ojos, quiere gritar, pero su voz no sale, quiere correr y huir de allí, pero sus piernas no se mueven, ni sus brazos que permanecen rígidos como barras de hierro pesado.

En pocos segundos los Absis que la acompañaban envejecen y desaparecen mezclándose con la arena petrificada de la playa, ya no queda nada del letal ejército que la acompañaba. Y las Aethernas, aturcidas por todo lo sucedido huyen por el paso que han llegado.

En la playa sólo quedan Eduardo, Daniel y Marc. Daniel está desconcertado al ver cómo se comportan, no parecen humanos. Sus movimientos, la rigidez e inexpresividad de sus rostros los hace más robots que personas, no queda nada de las personas que fueron.

—Para que todo vuelva a la normalidad, Emma debe sacrificarse— Eduardo habla como una máquina, sin sentimiento alguno.

Marc asiente con la cabeza y los dos empiezan a caminar, Daniel se queda atrás e intenta disuadirlos.

—Ella quiso ayudarnos.

—Con ella empezó todo y con ella debe acabar— responde Marc

—Con el sacrificio de Emma los pasos quedarán definitivamente cerrados— Eduardo habla sin dejar de caminar a un ritmo que a Daniel le cuesta seguir.

—Ella es inmortal, ¿cómo vas a hacerla desaparecer?

—Quizás ya no es tan inmortal, ¿no crees? Nos quitó lo que no hacía diferentes, puede que ahora sea ella la humana, y los humanos mueren.

Al llegar de nuevo al parque, todo sigue igual que cuando Marc se fue. Su abuelo sentado impassible en el banco y Emma de pie observando como llegan.

Se sienta al lado de su abuelo y le coge la mano, sólo en esos momentos parece regresar a sus ojos la mirada del niño que un día fue.

Eduardo se coloca firme delante de Emma y Daniel permanece a pocos metros esperando que no suceda lo que parece inevitable. Está muy asustado porque no quiere acabar como ellos, hubiera preferido que Salex no lo hubiera salvado y lo hubiera hecho desaparecer como al resto de los convertidos. No quiere transformarse en alguien tan cruel.

—Hola Eduardo.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Me temo que sí, aunque no esperaba que esto terminara así. Quise traer a Marc de vuelta a su casa para que volviera a ser normal, pero me he equivocado en todo. Yo sólo quería tener una vida como la vuestra, quería estar con mi madre, ser una niña normal pero no me dejaron. Orden y disciplina eso es lo que recuerdo hasta que conseguí hacer escapadas para verla, con ella todo era

diferente, pero duró muy poco. Me he equivocado en muchas cosas, te hice daño, pero te he querido muchísimo, sólo ha habido tres veces en mi vida en las que he sido completamente feliz, de niña cuando visitaba a mi madre, con Enrique y contigo. Intenté pararlo todo, pero no pude. Perdonadme.

—Tú empezaste todo esto y debes poner fin a ello. Sólo hay una manera.

—Me gustaría poder cuidar de él, sería una forma de arreglar las cosas, ya no puede volver con sus padres, sólo me tiene a mí.

—Por desgracia ya no queda nada del niño que fue, no necesita a nadie que lo cuide. Deberías haber pensado que algún día todo se volvería en contra vuestra.

—Entonces, ¿no vas a darme una oportunidad?

—Destrozaste mi vida, mi mundo y ahora me pides una oportunidad. Tú me convertiste y ahora pides mi ayuda.

—Te lo suplico.

—Ahora ya no te necesitamos. Es demasiado tarde, ya no hay marcha atrás, lo último que necesitábamos de ti es que sacaras al niño de tu mundo y ya lo has traído hasta aquí.

Eduardo saca un puñal de hielo que le ha quitado a uno de los Absis y lo clava en el corazón de Emma, su rostro es más humano que nunca y todos los allí presentes ven como la vida sale de ella.

—Te quiero—son las últimas palabras que apenas puede susurrar.

Eduardo ve como de sus ojos caen lágrimas y nota como sobre sus mejillas también caen las suyas. El dolor por lo que ha hecho hace que se sienta un ser despreciable, el ser más despreciable de todos. No tenía alternativa y el final de Emma sabe que va a ser una carga extremadamente difícil de llevar, pero desde que se despertó supo que debía eliminarla para restaurar el orden.

## LA NUEVA KAVLA

Todo lo sucedido provoca cambios en Kavla, Salex sabe que Emma ha desaparecido para siempre y el hada en la cueva se marchita de nuevo al comprender que no ha podido salvar ni a su hija ni al niño. Sentada en su gran trono de piedra acompañada del Dexius lentamente se va apagando, esta vez definitivamente.

—Nuestra hija ha muerto, ella que era la Elegida, una inmortal, y ha perecido en manos de ese humano—la voz de Salex está rota por el dolor.

—Ha acabado siendo la más humana de todos y por tanto la más frágil. Pensé que mandándola allí la salvaría y salvaría al niño, y ahora veo que estaba totalmente equivocada. Marc a partir de ahora será el guardián de los pasos y a ella la hemos perdido para siempre—mientras habla su color se apaga cada vez más y su cuerpo se va arrugando como una flor cuando se marchita.

El Dexius se abraza a ella y rompe a llorar desconsoladamente, el hada ha sido su gran amor y se desvanece entre sus manos. Lo eterno se vuelve precedero en pocos minutos.

Los muros de la Fortaleza caen poco a poco, como un castillo de naipes barrido por un simple soplo de aire y los habitantes de Kavla se rebelan, ya no están dispuestos a aguantar la tiranía del resto de los Dexius. Dentro de poco sólo va a quedar Salex y tendrá que hacer frente al futuro de un lugar en el que el orden y el equilibrio eran las bases principales, pero no las necesarias para que todo siguiera funcionando.

En la sala donde se encuentra Juan, los habitantes de Kavla entran para rescatar a sus seres queridos que se encuentran allí atrapados. Él es ayudado y lentamente recupera el movimiento, y ¿ahora qué? Se pregunta. ¿Qué debe hacer y adonde debe ir?

Aquel lugar se está convirtiendo en ruinas por momentos, los Absis caen envejecidos al suelo mientras las Aethernas, recién llegadas de su huida al ver como Cristel moría, huyen lejos, y los Dexius son castigados con el puñal de hielo, eternamente condenados a lo que más miedo tenían, sentir y ver todo lo que sucede alrededor sin poder hacer nada. Muertos en vida.

Juan intenta huir, busca un paso que le devuelva a su mundo, pero al intentarlo se encuentra con Marc. En un primer momento no se da cuenta de que el niño no es un ser inocente y desvalido, pero al fijarse en sus ojos siente miedo.

—Los pasos están cerrados y seguirán cerrados. Debes permanecer en Kavla.

—Quiero volver a casa, ayúdame. Te lo suplico—solloza.

—Esta es tu casa ahora, nadie saldrá de aquí ni nadie entrará.

La firmeza de sus palabras lo deja sin respuesta y queda atrapado en un lugar que no es el suyo. Lentamente regresa caminando a la Fortaleza, pero cuando llega ya no queda nada de la enorme construcción. Sólo puede ver unos cristales que se entierran en el suelo y que se transforman en raíces secas y podridas visibles desde el exterior, el reflejo del espíritu de aquel horrible lugar.

Ve a la gente celebrando la desaparición de todo aquello y se siente más solo y abandonado que nunca. Está atrapado para siempre.

## *REGRESO A LA VIDA*

El color gris empieza a desaparecer dando paso al cielo azul y los colores de los árboles y las flores. Los edificios recuperan su vida y se puede oír cantar de nuevo a los pájaros, también el ruido de los coches en las grandes ciudades ocupa de nuevo su lugar.

Mientras la vida recupera su curso como si nada hubiera sucedido, en una playa Eduardo coloca el cuerpo de Emma en una barca a la que prende fuego y lentamente se pierde en la inmensidad del mar. Las llamas contrastan con el azul del cielo.

—Descansa, amor mío.

Marc se despide de su abuelo, nunca podrá regresar a casa, a su vida normal. Ahora es el protector de los pasos y en pocos minutos sin que nadie se diera cuenta ha evitado la entrada de Juan y ha regresado al lado de su abuelo. El anciano comprende lo que sucede y sabe que nunca podrá contar nada de lo que ha vivido.

—No puedo regresar a casa contigo, pero ven todas las tardes al parque, yo siempre te esperaré

—Marc se despide con un beso en la mejilla de su abuelo.

—Deberías leer el diario que hay en la mesita de su habitación— dice la voz.

—Eres tú, tú has hecho todo esto. Mi hijo sólo lo ha reflejado en esta historia.

—Ha llegado el momento, puedes quedarte y caer a la oscuridad que ya lo está cubriendo todo o puedes venir conmigo y con Eduardo.

—¿Puedo leer su diario antes de decidir qué debo hacer?

—Sí.

Alejandra sube a la habitación acompañada por Emma, el dolor que desde hace años le tenía las rodillas destrozadas ha desaparecido por completo y se siente más ligera que nunca. Entra en la habitación, apenas hay luz, la lámpara no funciona y la claridad del exterior es prácticamente inexistente. Saca el diario de cajón y con mucho esfuerzo por la oscuridad lee lo que sintió su hijo los últimos días.

DÍA 2:

Hoy llevo dos días sin salir, el teléfono ha sonado, era mi agente y no he respondido. No quiero ver a nadie, ni familia ni amigos, a nadie. Necesito desconectar, he comprado comida suficiente para varios días, no necesito nada, solamente estar solo y volver a encontrarme.

DÍA 3:

He dormido más de doce horas, todo un lujo. Tras despertarme he realizado unos ejercicios con las pesas, debo mantenerme en forma. Empiezo a sentirme más relajado, hoy llamaré a casa de mi madre y le diré que estoy bien, pero que necesito tiempo. No es nada en contra suyo, lo ha de entender.

DÍA 4:

Ayer noche al acostarme noté una presencia extraña en la habitación, quizás estaba medio dormido y me lo imaginé, no quiero darle más importancia.

De nuevo al mediodía, en la cocina mientras me preparaba algo para comer, he sentido esa extraña presencia y puedo asegurar que estaba bien despierto.

Es hora de irme a dormir, pero estoy intranquilo, durante toda la tarde me he sentido acompañado.

DÍA 5:

Al acostarme estaba de nuevo allí, puedo sentir su presencia, no sé quién es, pero hay alguien, incluso he podido oír un susurro que pronunciaba mi nombre.

Puede que no haya sido buena idea encerrarme en casa solo, no estoy acostumbrado, la soledad nunca me ha gustado. Llamaré a casa de nuevo y hablaré con mi madre, no le explicaré nada.

DÍA 6:

La tranquilidad regresó ayer noche, todo habían sido imaginaciones mías. Los nervios de los últimos meses me han jugado una mala pasada.

Hoy he estado todo el día leyendo y viendo viejas películas, el próximo fin de semana haré una excepción en mis planes y saldré a comer con mi madre.

DÍA 10:

Total normalidad, cada segundo que pasa voy recuperándome a mí mismo, la comida con mi madre ha sido un éxito y me he puesto las pilas.

*DÍA 11:*

*Alguna cosa extraña me ocurre, llevo dos días sin afeitarme y la barba no me ha crecido. De nuevo la presencia me acompaña y mientras comía alguien me ha acariciado la espalda. ¿Me estaré volviendo loco?*

*La casa se ha llenado de un perfume de mujer desconocido para mí, la presencia es agradable y en algunos momentos oigo una voz. No tengo miedo y me dejo llevar.*

*DÍA 12:*

*La barba no me crece, ya es definitivo, o estoy loco o me he convertido en uno de mis personajes. Ya no puedo estar sin ese olor que lo envuelve todo, cuando desaparece la tristeza y el desamparo se apoderan de mí.*

*En el lavabo, a través del espejo, la he visto. Llevaba su vestido blanco, como en el libro, se ha paseado por detrás mío y ha desaparecido. Mi historia está cobrando vida.*

*DÍA 14:*

*Ayer noche vino a verme, es maravillosa. Cuando nos acostamos ya no era yo, no sé en qué momento se apoderó de mi alma, pero no me importa. He entregado lo que me hacía diferente a cambio de poder estar con ella y ver su mundo. Sé que puede ser el final de todo, pero aquí nada me retiene, quiero estar a su lado. He intentado mirarme en el espejo y mi reflejo ha desaparecido.*

*Al dormirme en sus brazos soñé con sus ojos y pude ver en ellos cómo el mundo se paraba y un silencio mortal nos envolvía.*

*Ahora ya formo parte del sueño.*

—Podrás esta con tu hijo para siempre, toda la eternidad.

—Mi hijo murió la noche que estuvo contigo. Mi lugar es éste y aquí me quedaré.

—Si es lo que quieres.

*Oscuridad y silencio envuelven ya completamente el interior de la casa tal como hace unos minutos ha sucedido en el exterior. La única cosa que Alejandra siente es su respiración que poco a poco va siendo más agitada y los latidos del corazón que también se aceleran. La sangre bombea sus sienas como si alguien con un martillo la estuviera golpeando, provocándole un dolor que se dirige a lo más profundo de su cerebro. Se sujeta las manos, las nota muy frías, como si estuviera tocando a un muerto, en cambio su frente arde, y la fiebre va bajando hasta el resto del cuerpo. La camisa se le pega al cuerpo y las finas medias se funden con su piel, pero las manos siguen estando a una temperatura tan baja que pronto no las va a sentir. Intenta moverlas para tocarse la cara y quitarse la desagradable sensación febril que la consume, pero no lo logra. Lo mismo sucede con sus piernas inmóviles, todo su cuerpo queda rígido, no es capaz ni de mover los labios.*

*Así, en aquella oscuridad silenciosa, pasa un tiempo indeterminado y se refugia en su memoria intentando recordar a su hijo y a su marido, pero los únicos recuerdos que se le presentan son tristes y amargos. Eduardo ingresado en aquella planta de hospital llena de puertas de seguridad para que los enfermos no puedan escapar y quizás también para invitar a los visitantes a no estar allí dentro demasiado tiempo. Tanta seguridad les hace ser conscientes que entre la cordura y la demencia hay una línea tan fina que no es difícil traspasarla.*

*El cáncer de su marido, las eternas horas en la sala de quimioterapia, sus últimas horas, puede verlo apagándose por momentos envuelto en un dolor que ninguna droga podía calmar. ¿Dónde están escondidos los recuerdos de los buenos momentos? Su feliz infancia, el día de su boda, el nacimiento de su hijo, los veranos al lado del mar.*

*La cara de su marido se le aparece, un rostro consumido que le grita pidiéndole ayuda y después su mente queda en blanco.*

*Su memoria se llena de un vacío espeso y asfixiante, sólo recuerda su nombre, nada más. Oye una voz en su interior que susurra su nombre.*

—Alejandra, abre los ojos.

*Se concentra, necesita de todas sus fuerzas para abrirlos, un gesto tan fácil y básico es casi incapaz de realizarlo y en ningún momento ha sido consciente de haberlos cerrado. En esa situación vuelve de nuevo a permanecer otro rato imposible una vez más de cronometrar. Los tristes y amargos recuerdos desaparecen lentamente dando paso a una agradable paz que la envuelve, la temperatura corporal desciende y se nota ligera, los latidos del corazón y el ritmo de la respiración se normalizan. El constante martilleo que golpeaba sus sienas se convierte en un suave y agradable masaje producido por unas manos invisibles que le traen una sensación de calma.*

*Ve a sus padres, jóvenes, paseando con ella por el jardín de la vieja y acogedora casa de sus abuelos maternos. Ella corre y se cae, una pequeña brecha en su ceja hace que brote la sangre, llora, pero no mucho, su padre la abraza y la consuela, no es nada le dice, puede que necesites unos puntos, pero eres una chica valiente y no has de llorar. Con un movimiento torpe la Alejandra adulta se toca la ceja, nunca ha tenido ninguna cicatriz, ni recuerda haberse caído*

*en aquel lugar.*

*Vuelven las imágenes, lleva tapada la herida cosida y sonriente presume delante de sus abuelos de que ha sido una niña valiente y no ha llorado. Su abuelo la abraza y su abuela la besa en la mejilla, un beso fuerte y seguro, nota su calor y la seguridad que siempre le había transmitido hace que se sienta fuerte. Se sientan a la mesa, una estupenda merienda espera, chocolate caliente, croissants y sus primos que llegan arrasando y revolucionándolo todo. Chicos salvajes y maravillosos a los que adora, olvida que le duele la herida y corre con ellos al jardín después de merendar. Sus primos son los hermanos que no ha tenido y con ellos juega al fútbol, se sube a los árboles y caza lagartijas, después no lo cuenta a sus amigas porque no la entienden.*

*Las imágenes se suceden igual que en una película, fotograma a fotograma, su vida pasa, reconoce a las personas, los lugares, pero hay cosas cambiadas.*

*Juegan juntos en el lago, uno de ellos es dos años mayor que ella, ya ha cumplido lo diez y el pequeño de seis la busca constantemente para que cuide de él. Se bañan vestidos sabiendo que cuando salgan estarán esperándolos con ropa seca, se abraza a sus padres y los siente más cerca que nunca. Puede notar la fuerte colonia con olor a madera de su padre, su incipiente barba que le hace cosquillas en la cara contrasta con el suave perfume de su madre y su piel delicada.*

*Se ha convertido en una espectadora de su vida, ve pasar su infancia, con sus juegos, sus estudios, cosas que recuerda y otras que sabe que son totalmente diferentes, llega a la juventud, conoce a su marido, nace su hijo, todo pasa delante de sus ojos mientras ella impassible lo observa.*

*—Una realidad paralela, es eso en lo que estás pensando— le dice la voz.*

*—Es extraño, es mi vida, pero con detalles diferentes—sus palabras apenas pueden oírse.*

*—La memoria nos traiciona.*

*—No tengo ninguna cicatriz en la ceja, no me caí como esa niña.*

*—Entonces quizás tengas razón en lo que piensas y en otro lugar tienes otra vida y quizás allí tu marido siga vivo y tu hijo se encuentre bien.*

*—Es absurdo.*

*—¿Por? Yo vengo de otro lugar, no es tan extraño. Te propongo un cambio, te dejo pasar a esa realidad y vives esa vida, ¿qué te parece?*

*—Ellos no son mi familia.*

*—Sí que lo son, yo me llevaría a la otra Alejandra y te daría su vida, ellos no notarían el cambio. Recuperarías a tu marido y a tu hijo y tendrías mucho tiempo por delante.*

*—Quiero quedarme en mi mundo, aunque sea sola.*

*—Ya no hay nada, solo oscuridad. No tienes donde ir. Escoge ella o tú.*

*Alejandra consigue moverse y se acerca a la puerta de la casa, con esfuerzo la abre y nota como Emma la acompaña, aunque no puede verla. Quiere mirar qué hay fuera y tal como le ha dicho, sólo hay oscuridad. Observa personas caminar perdidas de un lado a otro de la calle, otras están sentadas y algunos niños pequeños se han acurrucado en los bancos sin que nadie se preocupe por ellos. Todo es gris, la oscuridad está vestida de una ceniza invisible que flota y lo cubre todo, a las personas, las casas, los árboles.*

*—Es lo que queda de tu mundo, ya no hay marcha atrás— Eduardo cruzó una línea peligrosa, jugué con él y no supo parar. Existe una realidad paralela a la tuya, ya la has visto, mucho habéis escrito sobre ella, habéis imaginado pasos como los que escribió tu hijo, otros miran a través del espejo y allí encuentran su otro yo. Llamadlo como queráis, escribid los libros que*

*queráis y haced todas las películas que queráis. Tanto una realidad como la otra las controlamos nosotros y no tenéis nada que hacer. Te doy la oportunidad de hacer un intercambio, te doy una nueva vida.*

*—¿Y todos ellos?*

*—No hay vuelta atrás, ya te lo he dicho.*

*—Mi hijo....*

*—Eduardo hace tiempo que ya no es él, ningún médico del mundo hubiera podido curarlo.*

*Alejandra permanece en silencio, hubiera deseado terminar como las personas que están en la calle, sin elección. Pero allí está, frente a la presencia invisible de aquel extraño ser que le ofrece una nueva oportunidad y desmonta todas sus creencias. Ellos han controlado su mundo, su realidad y otra en la que ella también existe, con otra vida, con un marido vivo y un hijo cuerdo.*

*—Es duro, pero más duro es ver como desperdiciáis vuestra vida, sois seres crueles que no respetáis nada. Lo teníais todo y aun así queríais más y más y ahora ya no os queda nada. Todas esas personas que ves ahí fuera están atrapadas en sus cuerpos y son conscientes de lo que les sucede, así que no pienses que sería mejor estar como ellos. Te estoy ofreciendo el mejor regalo que nadie puede darte, te devuelvo tu vida, a tu marido y a tu hijo. Lo único que tienes que hacer es sacrificar a tu otro yo.*

*Entra de nuevo en la casa, la oscuridad anterior va dando paso a una tenue luz que agradece y que la envuelve abrazándola. Piensa en el ofrecimiento que le hace, recuperar su vida o debería decir robarle la vida a otra persona que físicamente es igual. Ese regalo que le está haciendo está envenenado, una prueba más para demostrar su egoísmo, su disconformidad con la muerte de su marido y la enfermedad de su hijo. En ese otro lugar ellos están sanos y a salvo.*

*La voz va cogiendo forma, su rostro dulce como el de un ángel le sonríe y le tiende la mano, ella se la da y siente un calor entrañable que le da una confianza que nunca ha sentido, con una voz suave le repite la propuesta, tentándola.*

*—¿Qué le sucederá a ella?*

*—Ocupará tu lugar aquí.*

*—¿Mi familia notará el cambio?*

*—No. ¿Serás capaz de vivir con ello?*

*Las imágenes regresan, ve la casa de sus abuelos y allí están su marido y su hijo, a lo lejos divisa a una anciana que es llevada en silla de ruedas. Esa mujer va acercándose lentamente y reconoce el rostro de su madre, ahora tendría unos noventa años, puede oírla hablar sin dificultad y con una energía envidiable. Parece que el único problema que tiene está en las piernas que le impiden caminar. Siente caer las lágrimas y sujeta con fuerza la mano de Emma que le confirma que su madre está allí.*

*Alejandra tiene la decisión tomada, pero su voz se niega a verbalizarla, quiere, pero no puede. Emma la mira fijamente a los ojos y ella asiente con la cabeza.*

## BIOGRAFÍA

Margarita Soto Soto (Barcelona, 1967). Apasionada de los libros, el cine y los viajes, es autora del cuento "LA AVENTURA DE PATRICIA" publicado en 2016. "SOMBRAS PERDIDAS" es su segundo libro. También es autora de poemas, relatos y microrelatos que se pueden leer en:

<https://www.margasbooks.com/>

<https://www.falsaria.com/miembros/margaritasotosoto/profile/>

<http://megustaescribir.com/autor/49103/marga-soto-soto>.

Más información de publicaciones y libros en:

[amazon.com/author/margaritasotosoto](https://amazon.com/author/margaritasotosoto)